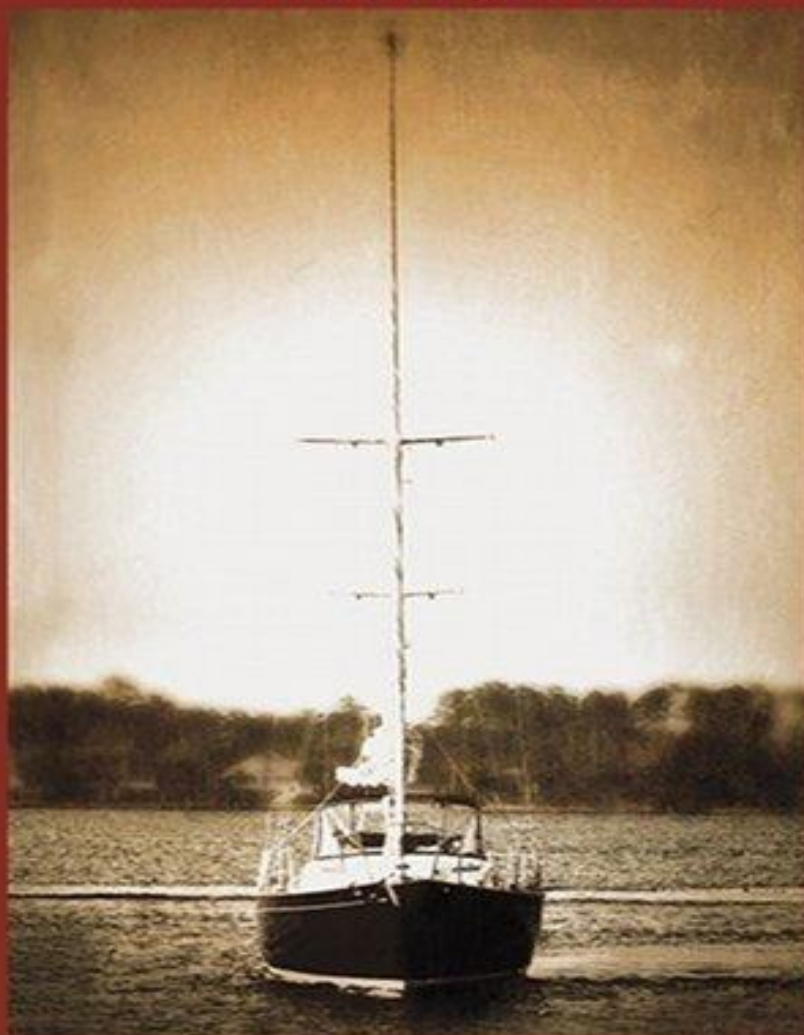


LA EDAD DE LA DUDA

ANDREA CAMILLERI



Un mundo de novela
www.miscolecciones.org



Con las primeras luces del alba, el comisario Salvo Montalbano se despierta sobresaltado por una pesadilla angustiada. En ella, la capilla ardiente de su propio funeral se instala en su despacho y todos sus compañeros de trabajo le dan las condolencias por su reciente fallecimiento. Y lo peor es que Livia le comunica que no tiene intención de asistir al entierro, pues aunque lo ha amado tanto en vida, no puede «desaprovechar esa oportunidad».

Pero las zozobras íntimas del comisario quedan en segundo plano cuando la llegada al puerto de Vigàta de un misterioso velero de lujo coincide con el hallazgo de un cadáver con el rostro desfigurado. Montalbano se pone manos a la obra y pronto se verá inmerso en una investigación de muy hondo calado, en la que el tráfico de diamantes africanos desempeña un papel fundamental. En palabras del propio autor, esta no solo es la aventura más «marina» del comisario, sino que por primera vez trabaja codo a codo con una mujer policía. ¡Y qué mujer! La joven teniente Laura Belladonna es de una simpatía irresistible y una belleza magnética. Igual que Petrarca, para Montalbano Laura es el «dulce error», el deseo nunca consumado, aunque sí correspondido, que lo situará frente a frente con su conciencia. La proverbial lucidez de Salvo no le bastará esta vez para librarse de algunos de los fantasmas que lo atenazan, por lo que deberá acudir en busca de consuelo a la trattoria de Enzo, quizá con más frecuencia de la habitual.

Andrea Camilleri

La edad de la duda

Comisario Montalbano - 14

Título original: *L'età del dubbio*

Andrea Camilleri, 2008

Traducción: Teresa Clavel Lledó

Editor digital: Titivillus

Ilustración de la cubierta: Diane Kerpan



Uno

Acababa de conciliar el sueño después de una noche horrenda —pocas había pasado en su vida peor que esa— cuando, de pronto, lo despertó un trueno que sonó como un cañonazo disparado a cinco centímetros de su oreja. Alarmado, saltó en la cama soltando tacos. Y vio clarísimo que era inútil quedarse acostado porque no volvería a dormirse.

Se levantó, se acercó a la ventana y miró al exterior. Se había desatado un temporal en toda regla: cielo uniformemente negro, relámpagos escalofriantes y olas de cuatro metros que se aproximaban sacudiendo su gran crin blanca. El agua se había comido la playa y llegaba hasta la galería. Miró el reloj: apenas eran las seis de la mañana.

Fue a la cocina, preparó café y, mientras esperaba que escampase, se sentó. Poco a poco rememoró el sueño que había tenido. ¡Qué latazo! ¿Por qué desde hacía unos años le había dado por acordarse de todas las chorradas que soñaba? Por lo que él sabía, no todo el mundo recordaba los sueños que tenía. Abrían los ojos y lo sucedido en sueños, agradable o desagradable, desaparecía. No era ese su caso. Y para colmo se trataba de sueños problemáticos, que le suscitaban interminables preguntas a la mayoría de las cuales no sabía dar respuesta. Y eso acababa poniéndolo de los nervios.

La noche anterior se había acostado de buen humor. Desde hacía una semana, en la comisaría no ocurría nada importante y él estaba planeando aprovechar esa circunstancia para darle una sorpresa a Livia presentándose de improviso en Boccadasse. Apagó la luz, buscó una posición cómoda y se durmió casi enseguida. E inmediatamente empezó a soñar.

—Catarè, esta tarde me voy a Boccadasse —decía, entrando en la comisaría.

—¡Yo también voy!

—No, tú no.

—Pero ¿por qué?

—¡Porque no!

Entonces intervenía Fazio:

—*Dottore*, perdone, pero piense que usía no puede ir a Boccadasse.

—¿Por qué?

Fazio parecía un poco renuente.

—Pero, *dottore*, ¿no se acuerda?

—¿De qué?

—De que usía murió ayer por la mañana a las siete y cuarto en punto. —

Y sacaba un papel del bolsillo—. Usía es Montalbano, Salvo...

—¡Deja en paz el registro civil! ¿De verdad he muerto? ¿Y cómo ha sido?

—Le dio una apoplejía.

—¿Y dónde ocurrió?

—Aquí, en la comisaría.

—¿Cuándo?

—Mientras hablaba por teléfono con el *siñor jefe superior* —precisaba Catarella.

Por lo visto, el cabronazo de Bonetti-Alderighi lo había cabreado hasta el punto de...

—Si quiere venir a verse... —decía Fazio—. Hemos instalado la capilla ardiente en su despacho.

Habían hecho sitio entre las montañas de papeles acumulados sobre la mesa para poner encima el ataúd abierto. Se miraba. No tenía aspecto de muerto. Pero enseguida llegaba al convencimiento de que aquel cadáver era el suyo.

—¿Habéis avisado a Livia?

—Sí —respondía Mimì Augello, acercándose. Acto seguido lo abrazaba y añadía, llorando desconsoladamente—: Te acompaño en el sentimiento.

Y una especie de coro repetía:

—Lo acompañamos en el sentimiento.

El coro lo formaban Bonetti-Alderighi, su jefe de gabinete el *dottor* Lattes, Jacomuzzi, el director Burgio y dos sepultureros.

—Gracias —decía él.

Entonces se acercaba el doctor Pasquano.

—¿Cómo he muerto? —le preguntaba Montalbano.

Pasquano se ponía hecho un basilisco:

—¿Hasta muerto tiene que tocarme los cojones? ¡Espere los resultados de la autopsia!

—Pero ¿no puede adelantarme nada?

—Se diría que ha sido un derrame cerebral fulminante, pero hay algunos elementos que no me conven...

—¡Ah, no! —intervenía el jefe superior de policía—. ¡El *dottor* Montalbano no puede investigar su propia muerte!

—¿Por qué?

—No sería correcto. Está demasiado implicado personalmente. Además, esta circunstancia no está prevista en el reglamento. Lo siento. La investigación se halla en manos del nuevo jefe de la brigada.

En ese momento lo asaltaba un pensamiento y hacía un aparte con Mimì.

—¿Cuándo llega Livia?

Mimì parecía incómodo.

—Dice que...

—Habla.

Mimì se miraba la punta de los zapatos.

—Ha dicho que no sabe.

—¿Que no sabe qué?

—Si podrá llegar a tiempo al funeral.

Entonces él salía furioso del despacho, iba al patio, donde, entre montones de coronas de flores, estaba preparado el coche fúnebre, y sacaba el móvil.

—¿Livia? Soy Salvo.

—Hola, ¿cómo estás? Uy, perdona, no quería...

—¿Qué es eso de que no sabes si podrás llegar a tiempo a...?

—Mira, Salvo, si hubieras vivido, yo habría intentado por todos los medios seguir contigo. Quizá hasta me habría casado. Claro que, a mi edad y después de haber perdido la vida pendiente de ti, ¿qué otra cosa podría haber hecho? Pero, puesto que se me presenta inesperadamente esta oportunidad única, comprenderás que...

Montalbano apagaba el móvil y volvía adentro. Allí se encontraba con que ya habían puesto la tapa del ataúd y el cortejo empezaba a avanzar.

—¿Viene? —le preguntaba Bonetti-Alderighi.

—Sí, claro —respondía él.

Pero, nada más llegar al patio, uno de los porteadores se caía, y la caja iba a parar al suelo armando un estruendo que lo despertó.

Y ya no había conseguido conciliar el sueño de nuevo, asediado por infinidad de preguntas. Lo martilleaba una en especial: ¿qué significaba la frase de Livia de que quería aprovechar aquella oportunidad? Significaba simplemente que su muerte constituía para ella una especie de liberación. Y entonces la pregunta siguiente solo podía ser esta: ¿cuánto de verdad hay en un sueño? En este caso concreto, había verdad para dar y vender.

Porque sin duda Livia no solo tenía que estar de él hasta la coronilla, sino que estaría hasta los mismísimos cojones en caso de que los tuviese. Pero ¿era posible que su conciencia se manifestase solamente en sueños? ¡Menudas noches le hacía pasar! En cualquier caso, el hecho de que Livia no pensara asistir a su funeral, pese a todas las razones que pudiera alegar, no decía nada bueno de ella; era de todas todas una mala acción.

* * *

Cuando salió hacia el coche para ir a comisaría, descubrió que el mar había llegado a medio metro de la explanada que había delante de su casa; nunca lo había visto subir tanto. La playa había desaparecido, era toda una extensión de agua.

El motor tardó un cuarto de hora largo y un par de centenares de juramentos en avenirse a cumplir con su deber, lo cual, naturalmente, no hizo sino empeorar el estado de sus nervios, destrozados ya por las asquerosas condiciones del día.

Antes de haber recorrido cincuenta metros tuvo que parar: una caravana de vehículos se extendía hasta perderse de vista, o sea, era todo lo larga que permitía ver el parabrisas, al que las escobillas no lograban mantener libre del agua de lluvia.

Estaba formada por coches que iban hacia Vigàta; por el otro carril, en cambio, no se veía pasar ni un ciclomotor.

Al cabo de unos diez minutos decidió abandonar la fila, ir en dirección contraria hasta el desvío de Montereale y, desde allí, tomar una carretera más larga pero que le permitiría llegar a su destino. Pero no pudo moverse, porque el morro de su coche estaba pegado al parachoques trasero del que tenía delante, y lo mismo le pasaba al coche de detrás.

No había otra; tenía que quedarse allí. Estaba encajonado, atrapado. Y lo que más rabia le daba era que no comprendía qué coño había pasado.

Perdida por completo la paciencia tras otros veinte minutos de espera, abrió la puerta y bajó. En un santiamén se le empararon hasta los calzoncillos. Echó a correr hacia la cabeza de la caravana, y no tardó en alcanzar el punto donde se producía el atasco, cuya causa fue evidente de inmediato: el mar se había llevado la carretera. Completamente. Los dos carriles habían desaparecido, y en su lugar había un precipicio cuyo fondo no era de tierra, sino de agua amarillenta y espumeante. El primer coche de la caravana tenía el morro justo en el borde; treinta centímetros más y habría caído. Sin embargo, el comisario vio que se hallaba en peligro, porque la carretera, aunque con extrema lentitud, seguía desmoronándose. Ese vehículo estaba destinado a ser engullido por el precipicio en los próximos veinte minutos. El diluvio impedía ver quién había dentro.

Se acercó y golpeó la ventanilla con los nudillos. La bajó a duras penas una joven de poco más de treinta años, con gafas de culo de botella y aspecto de estar realmente aterrada.

Era la única ocupante del vehículo.

—Tiene que bajar.

—¿Por qué?

—Verá, me temo que si los servicios de emergencia no llegan enseguida, dentro de muy poco su coche va a despeñarse.

Ella puso cara de niña a punto de echarse a llorar.

—¿Y adónde voy? —preguntó.

—Coja lo que tenga que coger y venga a mi coche.

La joven lo miró. Montalbano comprendió que no se fiaba de un desconocido.

—Oiga, soy comisario de policía.

Quizá fue la forma en que lo dijo lo que la convenció y animó a bajar, después de haber recogido una especie de bolsa.

Echaron a correr pegados uno a otro, y Montalbano la hizo subir a su coche. Llevaban la ropa tan mojada que, cuando se sentaron, los vaqueros de ella y los pantalones de él anegaron los asientos.

—Me llamo Montalbano.

La chica lo examinó acercando la cabeza.

—Ah, sí, ahora lo reconozco. Lo he visto en la televisión.

Tuvo un acceso de estornudos. Cuando por fin se le pasó, tenía los ojos llorosos. Se quitó las gafas, las secó y se las puso de nuevo.

—Yo me llamo Vanna. Vanna Digiulio.

—Está pillando un buen resfriado.

—Eso parece.

—¿Quiere venir a mi casa? Allí hay ropa de mi novia; podrá cambiarse y poner la suya a secar.

—No sé si es oportuno —objetó circunspecta.

—¿El qué?

—Que vaya a su casa.

Pero ¿qué se imaginaba? ¿Que le estaba echando los tejos nada más conocerla? ¿Daba la impresión de ser un tipo de esa clase? Además, ¿ella se había mirado al espejo?

—Oiga, si no...

—¿Y cómo vamos a llegar a su casa?

—Andando. No está a más de cincuenta metros. Total, pasarán horas antes de que alguien nos saque de aquí.

* * *

Mientras Montalbano, después de haberse cambiado, preparaba un café con leche para ella y uno solo para él, Vanna se duchó, se puso un vestido de Livia que le estaba más bien ancho y se presentó en la cocina, tropezando primero con el marco de la puerta y luego con una silla. ¡Era increíble que con esa vista le hubieran dado el carnet de conducir! Y la pobre era un rato fea. Con los vaqueros resultaba imposible, pero ahora que con el vestido de Livia se le veían las piernas, Montalbano observó que las tenía torcidas y

musculosas. Eran unas piernas más de hombre que de mujer. Tetas, ni rastro; tez cenicienta, andares desgarbados.

—¿Dónde ha dejado su ropa?

—He visto un calefactor en el cuarto de baño. Lo he encendido y he puesto delante los vaqueros, la blusa y la chaqueta.

El comisario le ofreció asiento y le sirvió el café con leche, acompañado de unas galletas que Adelina acostumbraba comprar y que él acostumbraba no comer.

—Disculpe —dijo Montalbano cuando hubo bebido la primera taza de café.

Se levantó y fue a telefonar a la comisaría.

—¡Ay, *dottori, dottori!* ¡Ay, *dottori!*

—¿Qué pasa, Catarè?

—¡Esto es el *apocalipsis!*

—Pero ¿se puede saber qué ocurre?

—¡El viento se ha llevado las *tijas* del *tijado* y ha entrado agua en todos los despachos!

—¿Ha causado daños?

—Sí, *signor*. Por ejemplo, todos los papeles que estaban encima de su mesa en espera de que usía estampara la firma, se han mojado tanto que se han convertido en una pasta.

Un himno de júbilo, en escarnio de la burocracia, se elevó glorioso en el corazón de Montalbano.

—Oye, Catarè, estoy en casa; la carretera se ha hundido.

—Y entonces por eso está imposibilitado.

—A menos que Gallo encuentre una manera de venir a recogerme...

—Espere que se lo paso, está a mi lado.

—Dígame, *dottore*.

—Oye, Gallo, iba para la comisaría y a unos cincuenta metros de casa me he encontrado con una caravana porque las olas se han llevado la carretera. He tenido que dejar el coche allí porque no puedo moverlo. Estoy atrapado en casa. Si pudieras encontrar...

Gallo no le dio tiempo de terminar la frase.

—Dentro de media hora como máximo estoy ahí.

Montalbano volvió a la cocina, se sentó y encendió un cigarrillo.

—¿Fuma?

—Sí, pero mis cigarrillos se han mojado.

—Coja uno de los míos.

Vanna aceptó y él le dio fuego.

—Siento mucho las molestias que le...

—No es ninguna molestia. Dentro de una media hora vendrán a buscarme. ¿Usted iba a Vigàta?

—Sí. Había quedado a las diez en el puerto. He venido expresamente desde Palermo. Mi tía llegaba a esa hora, pero no creo que con este tiempo... Me parece que en el mejor de los casos atracará por la tarde.

—Le advierto que a las diez de la mañana no llegan ni correos ni transbordadores.

—Lo sé, pero mi tía viene con su barca.

La palabra «barca» le molestó. Hoy en día, la gente te dice «ven a ver mi barca» y luego te encuentras con un señor barco de cuarenta metros.

—¿De remos? —preguntó el comisario con cara de ingenuidad.

—Es una barca que tiene un capitán y una tripulación de cuatro hombres —contestó ella, sin advertir que Montalbano estaba tomándole el pelo—. Y mi tía viaja constantemente. Sola. Hace años que no la veo.

—¿Y adónde va?

—A ninguna parte.

—No comprendo.

—A mi tía le gusta estar en el mar. Puede permitírselo, pues es muy rica. Al morir, tío Arturo le dejó una herencia considerable y un criado tunecino, Zizi.

—Y con la herencia, su tía se compró la barca.

—La barca ya la tenía tío Arturo; él también estaba siempre navegando. No trabajaba, pero estaba forrado. No se sabe qué hacía para ganar tanto dinero. Parece que estaba asociado con un banquero, un tal Ricca.

—Y usted, si me permite la pregunta, ¿a qué se dedica?

—¿Yo? —Pareció dudar un momento. Como si tuviera que elegir entre las innumerables cosas que hacía—. Estudio.

* * *

En la media hora siguiente, Montalbano se enteró de que la chica, que vivía en Palermo y era huérfana, estudiaba arquitectura, no tenía pareja y —consciente de no ser una belleza— tampoco esperaba tenerla, le gustaba leer y escuchar música, no usaba perfume, ocupaba un piso de su propiedad con un gato llamado Eleuterio, y prefería ir al cine a sentarse delante del televisor. Luego Vanna se calló de golpe, miró al comisario y dijo:

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por haberme escuchado. No es muy habitual que un hombre me escuche tanto rato.

A Montalbano le dio un poco de pena.

Gallo llegó en ese momento.

—La carretera aún está cortada, pero los bomberos y los de Obras Públicas ya están trabajando. De todos modos, tardarán horas en solucionar el problema.

Vanna se levantó.

—Voy a cambiarme.

Cuando salieron, todavía diluviaba más. Gallo tomó la dirección de Montereale, giró en el cruce hacia Montelusa y al cabo de otra media hora larga llegaron a Vigàta.

—Acompañemos a la señorita a la Capitanía del puerto.

Cuando Gallo detuvo el coche, Montalbano le dijo a la joven:

—Vaya a preguntar si tienen noticias. La esperamos.

Vanna regresó al cabo de diez minutos.

—Me han dicho que desde la barca de mi tía han comunicado que avanzan despacio, que no necesitan ayuda y que estarán en el puerto hacia las cuatro de la tarde.

—¿Y usted qué piensa hacer?

—¿Qué quiere que haga? Esperar.

—¿Dónde?

—Pues no sé, no conozco la ciudad. Iré a un bar.

—Véngase con nosotros a la comisaría. Estará más cómoda que en un bar.

* * *

Había una sala de espera. Montalbano le ofreció asiento a Vanna y, como el día anterior había comprado una novela titulada *La soledad de los números primos*, se la llevó.

—¡Estupendo! Quería leerla. He oído hablar muy bien de ella.

—Si necesita alguna cosa, diríjase a Catarella, el recepcionista.

—Gracias, es usted un verdadero...

—¿Cómo se llama la barca de su tía?

—Como yo: Vanna.

Antes de salir, Montalbano la miró. Parecía un perro mojado; la ropa no se le había secado del todo y estaba arrugadísima, el moño se le había deshecho y el cabello negro le tapaba media cara. Además, tenía una manera de estar sentada que el comisario había observado en algunos prófugos: preparados para dejar por siempre la silla o para ocuparla toda la eternidad.

* * *

Pasó por el cuartito de Catarella.

—Llama a Capitanía. Diles que si el Vanna se pone en contacto con ellos, hagan el favor de comunicarme las novedades que haya.

Catarella se quedó mirándolo pasmado.

—¿Qué te ocurre?

—¿Y qué contesto cuando me pregunten quién es la susodicha Silvana que tiene que ponerse en contacto con Capitanía, si yo no sé quién es esa susodicha Silvana?

—Déjalo, ya me ocupo yo —respondió Montalbano, resignado.

Dos

Su despacho era inaccesible; el agua caía del techo como de una decena de cañerías reventadas. Puesto que esa mañana Mimì Augello no tenía que ir, tomó posesión de su despacho.

Hacia la una, cuando se disponía a ir a comer, sonó el teléfono.

—*Dottori*, está al *tilífono* la Capitanía. Pero ándese con ojo que el que habla no es un capitán, sino un *tiniente* que se llama... ¡maldita sea, se me ha olvidado!

—Catarè, en Capitanía no tienen que ser todos forzosamente capitanes.

—¿Ah, no? ¿Y entonces por qué se llama así?

—Después te lo explico. Pásamelo.

—Buenos días, comisario. Soy el teniente Matticca.

—Buenos días.

—Acabamos de tener noticias del Vanna. Estarán dentro de poco en aguas del puerto. Pero en vista de que continúa haciendo mal tiempo, estiman que podrán atracar hacia las diecisiete horas, porque deben alejarse de nuevo de la costa y hacer una ruta que...

—Gracias.

—También nos han dicho otra cosa.

—¿Qué?

—Verá, había muchas interferencias y no lo hemos entendido bien, pero por lo visto llevan un muerto a bordo.

—¿Alguien de la tripulación?

—No, no. Cuando nos han llamado acababan de rescatarlo de una zódiac que milagrosamente no se había hundido.

—Quizá se trate de un náufrago.

—Creemos haber entendido que no... Pero será mejor esperar a que atraquen, ¿no le parece?

* * *

¡Ya lo creo que le parecía!

Pero casi seguro —pondría incluso la mano en el fuego— que se trataba de un desdichado que había muerto de hambre y sed tras un puñado de días de agonía. Siempre expiran sin llegar a ver el humo de un vapor o la simple silueta de un pesquero.

Mejor no pensar en esas cosas, porque lo que contaban los pescadores era terrible; a menudo recogían en las redes cadáveres o trozos de cadáveres que arrojaban de nuevo al mar. Restos de cientos y cientos de hombres, mujeres y niños que habían esperado llegar, después de un viaje infernal a través de desiertos y lugares miserables que habían acabado con ellos, a un país donde podrían ganarse un mendrugo de pan.

Para realizar ese viaje se deshacían de sus pertenencias, lo vendían todo, alma y cuerpo, para así pagar por adelantado a los negreros que comerciaban con carne humana y que no vacilaban en dejarlos morir, echándolos al agua a la menor señal de peligro. Y a los supervivientes que conseguían tocar tierra, ¡menudo recibimiento les dispensaban en el país! Los metían en centros de acogida; así los llamaban, cuando en muchos casos eran auténticos campos de concentración.

Y había personas, llamadas vete tú a saber por qué honorables, que, no contentas con eso, querrían verlos muertos; decían que nuestros marinos deberían emprenderla a cañonazos contra sus barcas porque, según ellos, todos eran delincuentes, holgazanes, y transmitían enfermedades. Exactamente lo mismo que les había sucedido a los italianos en América. Pero ahora todo el mundo había olvidado eso.

Cuando pensaba en ello, Montalbano estaba más que seguro de que, con la ley Cozzi-Pini y gilipolleces parecidas, allí nadie habría ayudado a san José y la Virgen María a llegar al portal.

Fue a informar a la chica de la llamada.

—Han telefoneado de Capitanía; dicen que el Vanna estará en el puerto hacia las cinco.

—Paciencia. ¿Puedo seguir esperando aquí? —Acompañó la pregunta con un gesto esperanzado de la mano, como si pidiera limosna.

A un perro mojado no puedes echarlo de un refugio provisional.

—Claro que sí.

Ella le dirigió una sonrisa de agradecimiento, y a Montalbano le dio tanta pena que las palabras le salieron solas:

—¿Quiere comer conmigo?

Vanna aceptó de inmediato. Los acompañó Gallo en coche porque seguía lloviendo, aunque con menos intensidad.

* * *

Daba gusto ver comer a la chica. Parecía llevar dos días de ayuno. El comisario no le dijo nada del cadáver del Vanna; le habría estropeado el sabor de los crujientes salmonetes fritos que engullía con evidente placer.

Cuando salieron de la *trattoria* ya no llovía. Mirando el cielo, el comisario llegó a la conclusión de que no se trataba de una pausa momentánea, sino de que el tiempo empezaba a mejorar. No era cuestión de telefonar a Gallo para que fuese a buscarlos; volvieron a pie pese a que la calle era más barro y agua que asfalto.

* * *

Nada más llegar a comisaría, encontraron a Gallo esperándolos.

—Han tendido un puente provisional. Hay que ir enseguida a retirar los vehículos.

Tardaron una hora, pero al final Vanna y Montalbano pudieron regresar a Vigàta cada uno en su propio coche.

—¡Ah, *dottori*! ¡Acaban de llamar de Capitanía! ¡Dicen que la tal Silvana está entrando!

Montalbano miró el reloj: las cuatro y media.

—¿Sabe cómo llegar al puerto? —le preguntó a la chica.

—Sí, no se preocupe. Muchísimas gracias por su exquisita cortesía, comisario. —Sacó la novela de la bolsa y se la tendió.

—¿Ha terminado de leerla?

—Me faltan unas diez páginas.

—Quédesela.

—Gracias —dijo Vanna, ofreciéndole la mano.

El comisario se la estrechó. Ella se quedó parada un momento mirándolo; luego, siguiendo un impulso, le rodeó el cuello con los brazos y le dio un beso.

Fuera no llovía, pero dentro del despacho sí. Todavía chorreaba agua del techo; la cámara de aire debía de haberse convertido en una cisterna con varios escapes. Montalbano se instaló de nuevo en el despacho de Augello. Al cabo de un momento llamaron a la puerta. Era Fazio.

—Los albañiles vendrán mañana por la mañana a reparar el tejado. Después vendrán también las mujeres de la limpieza. He mirado los papeles que había encima de su mesa. Están para la basura.

—Pues tíralos.

—*Dottore*, pero ¿cómo nos las arreglaremos después?

—¿Para qué?

—Son documentos a los que había que dar respuesta, pero ahora ya no sabemos cuáles eran las preguntas.

—¿Y a ti qué más te da?

—A mí, nada. Pero ¿qué va a contarle usted al jefe superior cuando empiece a preguntarle por qué no tramita los expedientes?

Era verdad.

—Oye, ¿han quedado expedientes intactos?

—Sí, señor.

—¿Cuántos?

—Unos treinta.

—Cógelos, ponlos debajo de un grifo y deja correr el agua un par de horas.

—¡*Dottore*, pero se estropearán!

—Eso es lo que quiero. Cuando estén bien empapados, los colocas junto con los ya inservibles. Y sobre todo, no los tires; los necesitamos como prueba de los daños que hemos sufrido. No debemos desaprovechar esta ocasión.

—Pero...

—Espera; no he acabado. Después coges una silla, te subes y echas veinte cubos de agua encima del archivador, pero sin abrirlo.

—¿De manera que dé la impresión de que el agua ha caído del techo?

—Exacto.

—*Dottore*, el archivador es de hierro. No entra ni una gota.

Montalbano pareció desilusionado.

—¡Qué le vamos a hacer! Olvidemos el archivador.

Fazio lo miró con cara de lelo.

—¿Me explica la razón de todo esto?

—Pero, hombre, está claro: antes de que consigan averiguar qué expedientes han quedado destruidos y los instruyan de nuevo, pasará, tirando por lo bajo, un mes. ¿No te parece una suerte estar un mes sin estampar firmas en documentos tan atrasados como inútiles?

—Si usía lo dice... —repuso Fazio, saliendo.

—Catarè, llama al *dottor* Lattes.

Le contaría que tenían que desplazarse en bote por la comisaría y que todos los papeles habían quedado ilegibles. Y aprovecharía para exponerle también una duda: un aguacero semejante, ¿no sería la señal de un inminente diluvio universal? Al oír sus palabras, a un burócrata y beato como Lattes igual le daba un síncope.

* * *

—*Dottori*, disculpe, pero ¿es posible que alguien se llame de apellido Maricca?

—Hombre, no creo.

—Pues hay un *tiniente* de Capitanía al teléfono que dice que se llama exactamente así, Maricca. A lo mejor es extranjero.

—¿Por qué?

—Porque igual en el extranjero no comprenden el significado de esa palabrota, *dottori*.

—Tranquilo, Catarè. El teniente se llama Matticca, con doble te.

—¡Virgen santísima, qué preocupación que me quita de encima!

—¿Por qué te preocupaba?

—Me daba *virgüenza* llamar marica a un *tiniente*.

—Pásamelo.

—¿Comisario Montalbano? Soy Matticca.

—Dígame, teniente.

—Tenemos un problema: el muerto.

Dicen que en muchos casos la muerte es una liberación. Para quien muere, naturalmente, porque para quien sigue vivo casi siempre es una complicación de cojones.

—Explíquese.

—El doctor Raccuglia nos ha aconsejado vivamente que le pidamos que se acerque hasta aquí.

Raccuglia era el médico de los servicios portuarios, una persona seria y apreciada. Además, al comisario le caía bien. Lo cual era un motivo para acceder a la petición del teniente.

—De acuerdo, ahora voy.

* * *

Nada más salir advirtió que el cielo estaba absolutamente sereno; solo los charcos de agua reluciente que constelaban la calle atestiguaban lo sucedido unas horas antes. El sol empezaba a ponerse, pero era suficiente para dar calor. «Ahora resulta que estamos como en una isla tropical —pensó el comisario—, donde en un mismo día llueve y deja de llover sin solución de continuidad. Con la diferencia de que en esos sitios, a juzgar por lo que se ve en las películas americanas, comen, viven y se ponen el mundo por montera, mientras que aquí comemos lo que nos permite el médico, vivimos lo que nos permite el hígado y siempre hay alguien que nos toca los cojones. ¡Y no es poca diferencia!».

* * *

La barca era un velero bastante grande y elegante; había atracado en el embarcadero central. Llevaba bandera, cómo no, panameña. Al pie de la escalerilla lo esperaban un teniente de la Marina, que resultó ser Matticca, y el doctor Raccuglia.

A poca distancia, un marinero de Capitanía montaba guardia junto a un bote hinchable que descansaba en tierra firme.

A bordo del velero no se veía a nadie. La propietaria y la tripulación debían de estar bajo la cubierta.

—¿Qué ocurre, doctor?

—He tenido que molestarlo antes de que llegue la ambulancia que trasladará el cadáver a Montelusa para practicar la autopsia. Querría que usted lo viese.

—¿Por qué?

—Porque el cadáver presenta...

—Doctor, no me he explicado bien. ¿Por qué cree que el caso es de mi competencia? El cuerpo no ha sido encontrado en aguas...

El teniente lo interrumpió:

—El bote con el cadáver ha sido interceptado prácticamente en la bocana del puerto, no en aguas extraterritoriales.

—¡Ah! —Montalbano había intentado librarse de la investigación y le había salido mal la jugada, pero aún podía tratar de alejar el amargo cáliz... ¡Joder con las frases hechas!—. Pero es posible que el bote, arrastrado por las corrientes, muy fuertes dadas las condiciones del...

Matticca sonrió ante esa última y penosa tentativa.

—Comisario, es una faena, lo entiendo, pero no cabe duda de que el bote, precisamente a causa de esas corrientes, apenas había salido de este puerto — replicó, recalcando la palabra «este»—, ¿me explico?

Montalbano izó la bandera blanca.

—Bien, veamos. ¿Dónde está?

—Sígame —contestó el teniente—. Por aquí.

* * *

En la cubierta no había ni un alma. Bajaron a la sala común. El cadáver estaba encima de la mesa, situada en el centro y cubierta con un hule.

Montalbano se lo había imaginado distinto, pero se encontró delante de un tío cuarentón y musculoso, completamente desnudo. Dejando aparte la cara, la parte frontal del cuerpo no presentaba heridas ni cicatrices. La cara, en cambio, había sido reducida a un amasijo de huesos y carne irreconocible.

—¿Lo han desnudado o estaba...?

—Me han dicho que ya estaba así en la zódiac, desnudo —respondió Matticca.

—¿En la espalda tampoco...?

—Ningún indicio de herida.

En el aire flotaba un olor dulzón. No era un muerto reciente. El comisario se disponía a hacer una pregunta cuando por una puerta apareció una mujer, vestida con un mono manchado de grasa y limpiándose las manos con un trozo de tela ya sucio.

—¿Cuánto tiempo van a tenerlo todavía aquí? —preguntó con malos modos.

Abrió la puerta de uno de los dos camarotes a los que se accedía desde la sala común, entró y cerró.

Inmediatamente después llegó un hombre de unos cincuenta años, enjuto y quemado por el sol, con perilla, vestido con unos pantalones de un blanco immaculado y sin una arruga, una chaqueta azul con botones plateados y, en la cabeza, una especie de gorra militar.

—Buenas tardes, soy el capitán Sperli —se presentó a Montalbano.

Era evidente que ya había hablado con los demás. Por su acento, seguro que era genovés.

—¿Tienen a una mujer de mecánico? —preguntó el comisario.

El capitán soltó una risita.

—No; esa es la propietaria. El motor auxiliar no funciona bien y por eso hemos llegado con tanto retraso; la señora ha querido revisarlo personalmente.

—¿Y entiende de esas cosas?

—Entiende, entiende —respondió Sperli. Y bajando la voz añadió—: Más que el propio mecánico.

En ese momento oyeron una voz en la cubierta:

—¿Hay alguien?

—Ya voy —dijo el capitán.

Al cabo de un momento bajaron dos hombres con bata blanca, cogieron el hule con el cadáver dentro y se lo llevaron.

—En su opinión, doctor, ¿cuánto tiempo...?

La pregunta de Montalbano fue interrumpida por la reaparición del capitán. Lo seguía un marinero con un jersey de lana negro con la inscripción «Vanna». Llevaba una botella de alcohol y un paño. Limpió la superficie de la mesa y a continuación puso un mantel blanco que sacó de una taquilla.

—Siéntense. ¿Quieren tomar algo? —preguntó Sperli.

Nadie rechazó la invitación.

—En su opinión, doctor, ¿cuánto tiempo...? —empezó de nuevo el comisario, después de haber probado un *whisky* que no conocía y que le pareció el mejor que había bebido en su vida.

La puerta del camarote volvió a abrirse y reapareció la mujer. Se había cambiado; ahora llevaba vaqueros y una blusa. No lucía ninguna joya. Era alta, morena, atractiva, elegante, de unos cincuenta años, pero con el cuerpo de una mujer de cuarenta. Se acercó a la taquilla, cogió un vaso y se lo tendió sin decir palabra al capitán, quien se lo llenó de *whisky* casi hasta el borde. Sin sentarse, se lo llevó a los labios y se bebió la mitad de un trago. Luego se secó la boca con el dorso de la mano y le dijo al capitán:

—Sperli, mañana por la mañana nos vamos de aquí. Así que prepare...

—Un momento —intervino Montalbano. La mujer lo miró como si acabara de percatarse de su presencia. Y en vez de hablar directamente con él, se dirigió al capitán:

—¿Quién es?

—El comisario Montalbano.

—¿Comisario de qué?

—De policía —respondió Sperli un tanto incómodo.

La mujer, tras haberlo examinado, se dignó preguntarle directamente:

—¿Qué quería decir?

—Que dudo mucho que mañana por la mañana pueda salir del puerto.

—¿Y se puede saber por qué?

—Porque habrá que hacer indagaciones sobre el muerto. Tendrán que declarar ante el magistrado y...

—¿Qué le había dicho, Sperli? —lo interrumpió la mujer.

—Vale, vale, dejemos eso ahora —repuso el capitán.

—Oiga, señora, dígame a mí lo que le dijo —pidió Montalbano.

—Simplemente le he aconsejado que nos olvidáramos del bote, que no rescatáramos el cuerpo porque seguramente nos ocasionaría complicaciones, pero él...

—Yo soy un hombre de mar —se justificó el capitán.

—Mire, señora... —empezó el teniente.

—No necesito mirar nada —lo cortó ella, nerviosa—. Comisario —añadió, dejando el vaso vacío encima de la mesa—, ¿hasta cuándo cree usted que estaremos retenidos?

—En la hipótesis más favorable, no menos de una semana.

—¿Me volveré loca! ¿Qué voy a hacer una semana en este agujero?

Aquella mujer, pese a la bastedad que quería demostrar con sus palabras y su actitud, no conseguía resultarle antipática a Montalbano.

—Puede ir a ver los templos de Montelusa —sugirió, en parte en serio y en parte para tomarle el pelo.

—¿Y luego?

—Al museo.

—¿Y luego?

—No lo sé; visitar algún pueblo de los alrededores. Fiacca, por ejemplo, donde hacen una *pizza* llamada *tabisca* que...

—Necesitaré un coche.

—¿No tiene el de su sobrina?

Ella lo miró sorprendida.

—¿Qué sobrina?

Tres

«Quizá tenga más de una», pensó el comisario.

—Su sobrina Vanna.

La mujer lo miró como si desvariara.

—¿Vanna?!

—Sí, una joven de unos treinta años, con gafas, pelo negro, que vive en Palermo y se apellida... espere, sí, ya me acuerdo: Digiulio.

—Ah, sí. Se ha marchado.

Montalbano advirtió que, antes de responder, había cruzado una rápida mirada con el capitán. Comprendió que en ese momento no era oportuno insistir en el asunto.

—Podría alquilar un coche con o sin chófer —sugirió el doctor Raccuglia.

—Ya veremos —dijo ella—. Discúlpeme —añadió, antes de retirarse de nuevo a su camarote.

—Menudo carácter —comentó el teniente.

El capitán Sperli alzó los ojos al techo, como para expresar cuánto tenía que soportar, y abrió los brazos.

—Creo que usted quería preguntarme algo —le dijo el doctor a Montalbano.

—Ya no tiene importancia.

Tenía otra cosa en que pensar.

* * *

Cuando subieron a cubierta, el comisario reparó en que al lado del velero había atracado un yate enorme, prácticamente igual que uno que había visto

en una película de James Bond. Y, cómo no, llevaba bandera de Panamá.

—¿Ha llegado ahora? —le preguntó al teniente.

—No; esta embarcación lleva cinco días en el puerto. Habrá estado probando los motores. No funcionaban bien y llamaron a un técnico de Ámsterdam.

Desde el embarcadero, el comisario pudo leer el nombre del barco: As de corazones. El doctor Raccuglia se despidió y se alejó hacia su coche.

—Quisiera hacerle una pregunta —dijo el teniente.

—Adelante.

—¿Por qué se interesaba tanto por el Vanna antes de que nos comunicaran que habían encontrado la zódiac con el muerto?

Inteligente pregunta, digna de un policía, que por un momento puso en dificultades al comisario. Decidió contarle de la misa la mitad.

—Esa sobrina a la que he aludido, esa que, como ha dicho la señora, se ha marchado enseguida, se había dirigido a la comisaría porque...

—Ya, ahora lo entiendo —dijo Matticca.

—Creo que no tardaré mucho en venir a verlo de nuevo —repuso Montalbano.

—Estoy a su disposición.

Se dieron la mano.

* * *

Siguió al coche del teniente a cierta distancia, esperó a que aparcara, bajara y entrara en Capitanía, dejó pasar cinco minutos, y entonces lo imitó.

—¿Qué desea? —le preguntó el marino de guardia.

—Una información sobre los llamamientos a filas.

—La primera puerta a la derecha.

Detrás de una ventanilla estaba sentado un viejo suboficial con una revista de pasatiempos.

—Buenas tardes. Soy el comisario Montalbano.

—Usted dirá.

—¿Esta mañana estaba usted aquí de servicio?

—Sí.

—¿Se acuerda de una joven de unos treinta años, con gafas, que ha venido a preguntarle si tenía noticias de un velero, el Vanna, que...?

—Un momento —lo interrumpió el suboficial—. Me acuerdo perfectamente de la joven, pero no me ha preguntado por ningún velero.

—¿Está seguro?

—Mire, comisario, usted es la cuarta persona que entra desde esta mañana en este despacho. Tres hombres, incluido usted, y una chica. ¿Cómo quiere que me equivoque?

—¿Y qué le ha preguntado?

—Si estaba aquí, en Capitanía, un marino que se llama... espere que lo miro, porque lo he preguntado también a la Guardia Costera... Aquí está. Angelo Spitaleri. Al parecer es primo suyo.

—¿Y estaba?

—No.

* * *

Aquella joven, que a saber cómo se llamaba realmente, le había tomado el pelo a base de bien; de eso no cabía duda.

¡Un pobre perro mojado le había parecido! ¡Pena le había dado! Debía de ser una actriz como la copa de un pino. ¡Y quién sabe lo que se habría reído para sus adentros de aquel comisario al que manejaba como un títere!

Pero ¿por qué le había contado aquellos embustes? Debía de tener una finalidad, eso seguro, pero ¿cuál?

* * *

A pesar de que era tarde, volvió a la comisaría. Gallo todavía estaba allí.

—Oye, ¿te acuerdas de la matrícula del coche de esa chica que ha pasado el día con nosotros?

—No me he fijado, *dottore*. Sé que era un Panda azul y nada más.

—Entonces, ¿no hay manera de identificarlo?

—No creo, *dottore*.

El comisario llamó a Catarella.

—La chica de esta mañana...

—¿La que *isperaba* en la sala de *ispera*?

—Esa misma. ¿Fue a verte? ¿Te preguntó algo?

—Vino una vez, *dottori*.

—¿Qué quería?

—Saber dónde estaba el servicio.

—¿Y fue?

—Sí, *siñor dottori*. Yo la acompañé.

—¿Hizo algo extraño?

Catarella se sonrojó.

—No lo sé.

—¿Qué significa «no lo sé»? ¡O sí o no!

—*Dottori*, pero ¿cómo puedo saber yo lo que la *siñurita* hizo dentro del servicio? Oí que tiraba de la cadena, pero...

—¡No hablo de lo que hizo dentro del servicio, sino de si hizo algo mientras tú la acompañabas!

—No recuerdo, *dottori*.

—Está bien; vete.

—A menos que usía se refiera al ruido.

—¿Qué ruido?

—Como la susodicha llevaba una especie de bolsa de tela, la susodicha bolsa, al entrar la susodicha chica, chocó con el marco de la puerta y produjo el susodicho ruido.

Montalbano consiguió reprimir a duras penas las ganas de levantarse y soltarle una hostia.

—¿Y de qué era el susodicho ruido?

—De algo metálico y pesado. Tanto que me pregunté qué podía ser lo que ocasionaba ese ruido. ¿Una barra de hierro? ¿Una herradura de caballo? ¿Una figurita de bronce? ¿Una...?

El comisario interrumpió la letanía.

—¿Tal vez un arma?

—¿Un puñal?

—O un revólver, una pistola...

Catarella se quedó un momento pensativo.

—Igual sí.

—Está bien, ve y tráeme la guía telefónica de Palermo.

Era algo que tenía que hacer para quedarse tranquilo. Buscó Digiulio, Vanna, pensando que no encontraría nada, pero resultó que el nombre figuraba en el listín.

Marcó el número y le contestó una voz femenina, aunque bastante distinta de la de la chica que él había conocido.

—Soy el *dottore* Panzica, quería hablar con Vanna.

—¿Con Vanna? ¿Con Vanna Digiulio?

¿Por qué le sorprendía tanto?

—Exacto.

—¡Pero si hace años que murió!

—Lo siento; no lo sabía.

—Perdone, ¿usted quién es?

—Fabio Panzica, soy notario. Llamo por un asunto relacionado con una herencia.

Al oír la palabra «herencia», la gente casi siempre pica con más facilidad que un banco de peces hambrientos. Y en efecto, la mujer dijo:

—Quizá debería darme más detalles.

—Con mucho gusto. Perdone, ¿usted quién es?

—Matilde Mauro, su mejor amiga; me dejó el piso en herencia.

Y tan seguro como la muerte, la tal Matilde esperaba recibir ahora un suplemento de herencia.

—Señora Mauro, ¿le importaría decirme cómo murió Vanna?

—Durante una misión. El helicóptero en que viajaba se estrelló. Ella salió indemne, pero la apresaron y, como creyeron que era una espía, la torturaron y mataron.

Montalbano se mostró perplejo.

—Pero ¿cuándo? ¿Dónde?

—En Irak. Dos meses antes del atentado de Nassiriya.

—¿Y cómo es que no se supo nada?

—Era una misión secreta. No puedo decirle más.

Y él tampoco quería saber más. El asunto era interesante, pero, en lo que a él respectaba, estaba perdiendo el tiempo.

—Señora, le agradezco su amabilidad. ¿No conocerá usted por casualidad a otra Vanna Digiulio?

—No; lo siento.

* * *

Quedaba descartado comer en la galería porque, aunque había escampado hacía unas horas, había demasiada humedad. Puso la mesa en la cocina, pero no tenía mucho apetito. Se sentía humillado por haber quedado como un completo idiota ante la chica.

Se levantó, cogió un bolígrafo y una hoja de papel, y empezó a escribirse una carta.

Querido Montalbano:

Dejando a un lado el papel de gilipollas integral que la supuesta Vanna Digiulio (porque está claro que se trata de un nombre falso) te ha hecho hacer, me siento en la obligación de señalarte lo siguiente:

1. El encuentro con Vanna ha sido totalmente casual. Pero en cuanto ella se ha enterado de que su rescatador era un conocido comisario de policía, ha sabido aprovechar la ocasión con gran habilidad y lucidez. ¿Qué se deduce de esto? Que Vanna es una persona dotada de rapidez de reflejos y una gran capacidad para adaptarse a las situaciones imprevistas y extraer el máximo beneficio. Por consiguiente, la actitud humilde, de perro mojado, que tanto te ha conmovido, era puro teatro, una actuación no de aficionada, sino de profesional, para embaucar a un bobalicón (que, dicho sea de paso, rima con huevón) como tú.
2. No cabe duda de que Vanna estaba al corriente de la llegada del Vanna.
3. No cabe duda de que Vanna no es sobrina de la propietaria.
4. No cabe duda, sin embargo, de que, en cualquier caso y por alguna razón desconocida, la propietaria y el capitán Sperli saben quién es la chica (la mirada que han cruzado ha sido bastante elocuente).
5. No cabe duda de que Vanna no ha llegado a subir a bordo del Vanna.
6. No cabe duda de que diciendo que la chica se había ido, y zanjando de ese modo el asunto, la propietaria pretendía no despertar sospechas en ti, querido comisario.
7. No cabe duda de que, a fuerza de no tener dudas, siempre acabas encontrándote sin ninguna duda con la mierda hasta el cuello.

Así que quizá sea preferible que tengas alguna duda.

Pensándolo bien, mientras se tomaba el café con leche, Vanna te ha dicho algunas cosas sobre su presunta tía que no tenía absolutamente ninguna razón para decirte. Pero aun así te las ha dicho.

Algunos ejemplos:

1. Que el marido de su tía, Arturo, era riquísimo.

2. Que él había comprado el Vanna y se lo había dejado en herencia a su mujer.
3. Que estaba siempre navegando (como la viuda, por cierto).
4. Que nadie sabía cómo ganaba todo el dinero que tenía. En otras palabras: con esta última frase, Vanna dejaba campo libre a todas las hipótesis, incluidas las peores.

¿Por qué ha querido sembrar en ti esa duda? Podía habérselo ahorrado. Pero no lo ha hecho.

Piensa en ello. Un afectuoso abrazo.

Como todavía era demasiado pronto para irse a dormir, se sentó en la butaca y encendió el televisor. En la cadena Retelibera, su amigo el periodista Nicolò Zito estaba entrevistando a un cincuentón con barba que resultó ser el capitán Zurlo, práctico del puerto.

Evidentemente hablaban del tema del día, el descubrimiento de la zódiac por parte del Vanna. Las preguntas de Zito eran, como de costumbre, inteligentes.

«Capitán Zurlo, ¿a qué distancia de la bocana del puerto dicen los del Vanna que se cruzaron con el bote?».

«A poco más de una milla italiana».

«¿Por qué dice italiana? ¿No es igual para todos?».

«Teóricamente la milla marina, puesto que es la sexagésima parte del grado de un meridiano, debería corresponder a mil ochocientos cincuenta y dos metros. Pero en realidad en Italia equivale a mil ochocientos cincuenta y un metros y ochenta y cinco centímetros; en Inglaterra, a mil ochocientos cincuenta y tres metros y dieciocho centímetros; en Estados Unidos, a...».

«¿Cuál es la razón de esas diferencias?».

«Complicarnos la vida».

«Comprendo. Entonces, ¿podríamos decir que el bote con el cadáver estaba muy cerca del puerto?».

«Desde luego».

«¿Quiere explicarnos por qué el Vanna, después de rescatar bote y cadáver, ha tardado horas en entrar en el puerto? ¿Por el temporal?».

El práctico sonrió.

«No era un temporal. Era bastante menos».

«¿Ah, no? ¿Y qué era?».

«Técnicamente se llama borrasca fuerte. Significa viento nueve en la escala Beaufort...».

«Es decir...».

«Que la velocidad del viento se acerca a los ochenta kilómetros por hora y que las olas pueden alcanzar una altura de seis metros. El Vanna corría peligro de chocar contra el malecón de levante. El motor auxiliar no funcionaba bien y, por lo tanto, ha tenido que hacerse de nuevo mar adentro y colocarse en una posición más favorable».

«¿Cómo es que el bote no naufragó?».

«Por casualidad, o quizá permanecía en equilibrio sobre un entramado de corrientes opuestas».

«Ahora llegamos a la pregunta más importante. En su opinión, basándose en su larga experiencia, ¿el bote estaba saliendo del puerto empujado por las corrientes o se dirigía hacia el puerto a causa de las corrientes?».

Montalbano aguzó el oído.

«Es un poco difícil decirlo con exactitud. Verá, hay una corriente permanente de salida, pero también es cierto que, dadas las condiciones meteorológicas, esa corriente quedaba, cómo le diría, anulada por las corrientes más fuertes del sudeste».

«Pero ¿cuál es su opinión personal?».

«No me atrevería a ponerlo en un informe pericial, pero yo diría que el bote era transportado por la corriente de salida».

«Por lo tanto, ¿provenía del interior del puerto?».

«¿Qué entiende por interior?».

«El muelle central, por ejemplo».

«No; si el bote hubiera partido de ahí, habría ido a parar contra el malecón de levante».

«Entonces, ¿de dónde provenía, según usted?».

«De un punto bastante más cercano a la bocana».

«Muchas gracias, capitán».

* * *

Montalbano se fue a la cama con una idea en la cabeza, pero eso no le impidió dormir a pierna suelta.

Cuando llegó a Vigàta, casi a las nueve de la mañana, en vez de ir a la comisaría se detuvo en Capitanía.

—¿Qué desea? —le preguntó el acostumbrado centinela.

—Hablar con el teniente Matticca.

—Pregunte en Información.

El suboficial parecía no haberse movido desde el día anterior. Estaba exactamente en la misma posición y tenía en las manos la misma revista de pasatiempos. A lo mejor no se iba a dormir. Por la noche, un marinero le ponía una lona sobre la cabeza, apagaba la luz y cerraba la puerta. Por la mañana, los encargados de la limpieza retiraban la lona, le quitaban el polvo con un plumero, y el suboficial se incorporaba al servicio.

—El teniente Matticca...

—No está.

—¿Hay alguien que lo sustituya?

—Sí. El teniente Belladonna.

—Quisiera...

—Un momento. Si no recuerdo mal, usted es el comisario Montalbano.

El suboficial levantó el auricular del teléfono, marcó un número, dijo algo y colgó.

—Belladonna lo espera. Primer piso, segunda puerta a la derecha.

La puerta estaba abierta y Montalbano, instintivamente, miró al interior. Pensó que se había equivocado de despacho y llamó a la puerta siguiente.

—Adelante.

Abrió y entró. El oficial sentado detrás de la mesa se levantó. Montalbano advirtió que se había equivocado otra vez; aquel tenía el grado de capitán.

—Busco al teniente Belladonna.

—La puerta anterior a esta.

Entonces no se había equivocado. El teniente Belladonna era una mujer.

—¿Se puede? Soy el comisario...

—Pase, siéntese —dijo ella, levantándose y yendo a su encuentro.

La realidad no solo se correspondía con su apellido, sino que lo superaba. Era guapísima. Por un instante, Montalbano se quedó sin respiración. Un palmo más alta que él, morena, grandes ojos brillantes, labios rojos sin necesidad de carmín y, sobre todo, simpatiquísima.

—Estoy a su completa disposición.

«¡Ojalá!», pensó el comisario.

—No sé si está al corriente del descubrimiento de un cadáver por parte de un velero que...

—Lo sé todo.

—Me interesa una cosa. Una embarcación que quiera hacer escala en nuestro puerto, ¿debe comunicar previamente su llegada?

—Desde luego.

—¿Y también la hora prevista?

—Eso en particular.

—¿Por qué?

—Por una larga serie de motivos: maniobras dentro del puerto por parte de otros barcos, amarres ocupados, disponibilidad de los prácticos...

—Comprendo. Si no es mucha molestia, ¿podría saber con cuánto tiempo de antelación les informó el Vanna de que haría escala aquí?

—Puedo decírselo. Acompañeme.

Mientras la seguía, Montalbano quedó hechizado por el movimiento ondeante que la mujer imprimía a la falda al caminar. Pasaron por delante de una máquina de bebidas calientes.

—¿Tomamos un café?

—Con mucho gusto.

Montalbano dejó que ella manejara la máquina; él era totalmente incapaz de hacerlo. Siempre se equivocaba de botón, y en vez de café le salía cortado, té o chocolate. El café estaba bueno.

—Espéreme aquí, por favor.

La teniente abrió una puerta sobre la cual ponía «Prohibida la entrada al personal no autorizado» y entró. Salió al cabo de cinco minutos.

—La llegada no estaba prevista. A las seis de la mañana contactaron con nosotros para decir que se veían obligados a poner rumbo hacia nuestro puerto a causa de las pésimas condiciones atmosféricas.

Era la confirmación que Montalbano buscaba a la idea que había tenido antes de dormirse. ¿Cómo se había enterado la supuesta Vanna de que el velero llegaría por la mañana? Tenía que haber recibido una información muy temprano, de madrugada.

Y esa información, ¿se la había proporcionado alguien de Capitanía o del propio velero? Dio las gracias y se despidió.

—Bajo con usted —dijo la teniente—. Voy a salir a fumar un cigarrillo.

Fumaron juntos. Ella dijo que se llamaba Laura. Y como simpatizaron enseguida, se fumaron otro cigarrillo y mientras tanto se dijeron unas cuantas cosas personales. Cuando se separaron, estaba claro que habrían querido fumarse juntos un paquete entero.

Cuatro

Al bajar del coche, vio que en el tejado de la comisaría había dos albañiles reparándolo. Mirarlos y empezar a preocuparse fue todo uno.

—Mándame a Fazio —le dijo a Catarella.

Habían limpiado su despacho, pero el techo estaba lleno de manchas de humedad. Cuando se secan, habría que darle una mano de pintura. No obstante, observó con satisfacción que encima de la mesa no había ni un documento para firmar.

—Buenos días, *dottore*.

—Oye, Fazio, ¿qué protección llevan esos albañiles? No quisiera que nuestra comisaría contribuyese a aumentar el porcentaje de asesinatos en el trabajo.

Desde hacía años los llamaba así, asesinatos, en vez de accidentes de trabajo con resultado de muerte, porque estaba convencido de que el noventa por ciento de los mismos se producía por culpa de los empresarios.

—Tranquilo, *dottore*, llevan arnés de seguridad. No lo habrá visto.

—Más vale. Fazio, necesito que hagas una cosa de esas en las que eres un maestro.

—Usted dirá.

—Con la excusa, qué sé yo, de que debes preparar la lista completa de las citaciones para el fiscal, sube a bordo del Vanna y recoge todos los datos, de registro civil o no, referentes a la propietaria, el capitán y los cuatro tripulantes.

Fazio compuso una expresión interrogativa.

—*Dottore*, disculpe, pero ¿qué tienen que ver esos datos con el hallazgo del cadáver?

Buena pregunta, dictada por el hecho de que Fazio no sabía nada de las novedades relacionadas con la supuesta sobrina Vanna.

—Es por curiosidad.

Fazio lo miró todavía más dubitativo.

—¿Y qué entiende por datos de registro civil o no? —preguntó al cabo de un momento.

—Qué ambiente se respira a bordo, cómo son las relaciones entre ellos... Ya sabes: las personas que pasan tanto tiempo juntas en unos pocos metros, mañana, tarde y noche, suelen acabar odiándose, no se soportan... Basta media palabra para que salgan a relucir los trapos sucios.

Aunque a todas luces no le convenció la explicación, Fazio no se atrevió a hacer más preguntas.

* * *

A última hora de la mañana el comisario decidió llamar al forense. Quizá era demasiado pronto, pero no perdía nada por intentarlo.

—Soy Montalbano. Quiero hablar con el doctor Pasquano.

—El doctor está ocupado —contestó el telefonista.

—¿Le importa hacerme un favor?

—Si está en mi mano...

—¿Puede preguntarle a su ayudante cuándo tiene previsto el doctor hacer la autopsia al cadáver encontrado ayer en el mar?

—Un momento.

Cuando el telefonista se puso de nuevo al aparato, Montalbano había terminado de repasar las tablas del siete y el ocho. Era un buen sistema para pasar el tiempo de espera.

—Comisario, es justo la que está haciendo ahora.

* * *

—*Dottore*, lo siento —dijo Enzo abriendo los brazos en cuanto lo vio entrar en la *trattoria*.

—¿Qué es lo que sientes?

—No tengo pescado fresco. Con el mal tiempo que hizo ayer...

—¿Qué puedes darme?

—Un entrante de *caponatina* hecha por mi mujer, de primero pasta a la Norma o con brócoli, y de segundo unas berenjenas a la parmesana que están para chuparse los dedos.

Tenía razón. Pero en vez de chuparse los dedos o relamerse, el comisario prefirió pedir otra ración de berenjenas.

* * *

En cuanto salió a la calle, notó que necesitaba dar su largo paseo meditativo-digestivo hasta el faro; se había puesto las botas comiendo. Pero hizo un recorrido un poco más largo del habitual para pasar por delante del Vanna y el As de corazones, atracado al lado.

En las respectivas cubiertas no había nadie, lo que quizá indicaba que para ellos era la hora de comer.

Llegó al final del muelle y se sentó sobre la roca plana de siempre. Desde allí, la silueta del velero y del yate se veían bien.

Cuando iba por la mitad del cigarrillo, advirtió que en el agua, junto al As de corazones, flotaba una caja de madera de las que se utilizan para el pescado. Recordó las palabras del práctico Zurlo, y se quedó mirando cómo se desplazaba llevada por la corriente.

Metió una mano en el bolsillo y contó los cigarrillos que llevaba: diez; serían suficientes.

Después de una hora larga, la caja encalló entre los bloques de protección del malecón. El capitán Zurlo tenía razón: la corriente de salida, que partía del embarcadero, llevaba cualquier cosa que flotara a estrellarse forzosamente contra el muelle de levante, el que estaba más arriba de donde se encontraba él.

Tuvo una idea. Caminando sobre los bloques, resbalando y maldiciendo, consiguió alcanzar la caja. La cogió, se la llevó a la roca plana y desde allí la arrojó de nuevo al agua.

Esta vez no tardó ni media hora en ver cómo la caja se dirigía decididamente hacia la salida del puerto.

* * *

Subió al coche y tomó el camino de Montelusa para ir a hablar con Pasquano.

—El doctor está en su despacho —le dijo el telefonista-conserje.

Llegó ante la puerta y llamó. Ninguna respuesta. Llamó de nuevo. Nada. Entonces accionó la manija y entró.

Pasquano, sentado a la mesa, estaba concentrado escribiendo y ni siquiera levantó los ojos para ver quién era.

—Me juego las pelotas a que en este momento ha entrado el escasamente educado comisario Montalbano.

—Sus pelotas están a salvo, doctor. Ha acertado.

—A salvo por el momento, porque estoy segurísimo de que ahora va a tocármelas bien tocadas.

—Ha vuelto a acertar.

—¡Ojalá acertara así en el póquer!

—¿Qué tal le fue anoche en el Círculo?

—¡No me hable! Me encuentro entre las manos un trío servido, pido dos cartas y... Dejémoslo. ¿Qué quiere?

—Lo sabe perfectamente.

—Edad, algo más de cuarenta; complexión atlética, cuerpo cuidadísimo, piel blanca, ninguna marca de operaciones, dientes que no han necesitado dentista, corazón y pulmones perfectos; no llevaba ni gafas ni lentillas. ¿Tiene bastante?

—Como vivo, sí. ¿Y como muerto?

—Digamos que, cuando lo encontraron, llevaba por lo menos tres días fallecido.

—¿Lo hicieron fallecer destrozándole la cara de ese modo?

—No —respondió el doctor, negando con la cabeza.

—¿Heridas de arma blanca o de fuego?

—No.

—¿Estrangulamiento?

—No.

—Doctor, ¿por qué no jugamos a frío o caliente? ¡Por lo menos así tendré una ayudita!

—¡Envenenado, amigo mío!

—¿Con qué?

—Veneno común para ratas.

Montalbano se quedó tan atónito que Pasquano se percató.

—¿Le desconcierta?

—Sí; el veneno ya no...

—¿Ya no está de moda?

—Bueno...

—Pues mire, yo se lo aconsejaría vivamente a los aspirantes a asesino. Un disparo produce tal estruendo que los vecinos podrían oírlo; una cuchillada lo mancha todo de sangre, el suelo, la ropa... mientras que el veneno... ¿No le parece?

—¿Y la cara?

—Se la partieron *post mortem*.

—Evidentemente, para dificultar la identificación.

—Observo con placer, comisario, que pese a su edad considerablemente avanzada todavía conserva cierto grado de lucidez.

Montalbano decidió hacer caso omiso de la provocación.

—¿Las yemas de los dedos cómo estaban?

—En consonancia con el estado del cuerpo.

—Por consiguiente, sus huellas no figuran en los ficheros.

—Una conclusión impecable, de extremo rigor lógico; lo felicito. Y ahora, si ha acabado de tocarme los cojones...

—Una última pregunta. ¿Estaba casado?

—¿A mí me lo pregunta? Solo sé que en los dedos no había marcas de anillos. Pero eso no significa nada.

—Una cosa más. ¿Puede decirme si...?

—¡Ah, no, amigo mío! Usted ha dicho que la pregunta sobre el eventual matrimonio era la última. ¡Sea un hombre de palabra por una vez en la vida!

* * *

Ya que estaba allí, fue a la Jefatura para hablar con alguien de la Científica. Sabía que el jefe Vanni Arquà, que le caía fatal, estaba de vacaciones y lo sustituía el subjefe Cusumano.

—¿Qué me dices?

—¿Empezando por dónde?

—Por el bote.

—Un pequeño bote inflable de remos...

—¿Estaban los remos? Yo no los vi.

—No. O se perdieron en el mar o alguien remolcó el bote. Continúo. De fabricación inglesa, hay muchos como ese en circulación. Ninguna huella dactilar; utilizaron guantes en todo momento. El cuerpo fue depositado en el bote poco antes de ser encontrado.

—Gracias.

—Hay una cosa más referente a la embarcación. No tenía señales de haber sido usada con anterioridad.

—Es decir...

—Que, a nuestro entender, la desembalaron e hincharon para la ocasión. En la parte interior aún tenía pegados trocitos del celofán en que la había envuelto el fabricante.

—¿Algo sobre el cadáver?

—Nada. Estaba completamente desnudo. Pero...

—Dime.

—Ten en cuenta que es una impresión personal.

—Dímelo de todos modos.

—Antes de rescatar el cuerpo, el capitán mandó hacer unas fotografías que nos ha entregado. ¿Quieres verlas?

—No. Dime cuál es tu impresión.

—Dentro de la zódiac, la blancura del cuerpo destacaba más. Desde luego, el muerto no era un hombre de mar.

* * *

—¡Ah, *dottori*! ¡Fazio me dijo que le dijera que en cuanto usía llegara yo debía *dicírselo* a Fazio!

—Pues díselo.

Fazio llegó dos minutos después con cara de preocupación y se quedó plantado delante del comisario.

—*Dottore*, antes que nada hemos de hacer un trato.

—Tú dirás.

—Usted no se cabreará ni me pondrá de vuelta y media si de vez en cuando necesito mirar mis notas.

—Siempre y cuando no sean datos del registro civil, como nombre del padre, la madre...

—De acuerdo.

Fazio se sentó en la silla delante de la mesa.

—¿Por dónde empiezo?

—Por la propietaria.

—La cual es una mujer con un carácter que...

—La conozco, sigue.

—Se llama Livia...

Montalbano, vete a saber por qué, se sobresaltó. Fazio lo miró perplejo.

—*Dottore*, su novia no tiene la exclusiva del nombre. Livia Acciai, livornesa, cincuenta y dos años recién cumplidos, aunque no los aparenta en absoluto. De joven, según ella, era modelo, mientras que según Maurilio Álvarez era puta.

—¿Y quién es ese Álvarez?

—El mecánico, pero después sigo con él. A los treinta y cinco años esta Livia conoce, en Forte dei Marmi, al *ingigneri* Arturo Giovannini, hombre rico que se enamora de ella. Se casan. El matrimonio dura solo diez años porque el *ingigneri* muere.

—¿De viejo?

—*Dottore*, eran coetáneos. El pobrecillo cayó de la barca durante un temporal y...

—No la llames barca.

—¿Y cómo debo llamarla?

—Velero.

—Bien, pues cayó al mar y no lograron rescatar el cuerpo.

—¿Y quién te ha contado esa historia?

—La viuda.

—¿Maurilio coincide con ella?

—Con Álvarez no he hablado de la desgracia. En cualquier caso, ella hereda la barca y continúa navegando por los mares, como, por lo demás, ya hacía el *ingigneri*.

—¿Y de qué vivía?

—¿El *ingigneri*? De una herencia.

—¿Y la viuda?

—De la herencia de la herencia.

—¿Te cuadra?

—No, señor. Esto es todo acerca de la propietaria. El capitán se llama Nicola Sperli, genovés, cincuenta y cinco años, y en los tiempos del *ingigneri* era ayudante del capitán de entonces, que se llamaba... —Sacó del bolsillo un papelito y lo miró—: Filippo Giannitrapani. Después lo sustituyó.

—¿Giannitrapani se fue?

—No, señor; la señora lo despidió nada más convertirse en propietaria.

—¿Por qué?

—Según Sperli, era imposible que esos dos se llevaran bien, pues el capitán Giannitrapani tenía un carácter todavía peor que el de ella.

—¿Y qué dice Maurilio al respecto?

—Maurilio dice que Sperli y la señora eran amantes antes de que el marido muriese.

—A ver si ahora va a resultar que la desaparición del marido en el mar... —empezó Montalbano.

—No, señor *dottore*. Si lo tiraron al mar, no fue por ese motivo.

—Explícate.

—Parece que la señora, tras unos dos años de matrimonio, empezó a pasarse por la piedra a la tripulación por turnos y...

—¿Cómo que por turnos?

—Maurilio dice que disfrutaba de un marinero durante una semana y luego pasaba al siguiente. Cuando acababa la ronda, volvía a empezar desde el principio. Hasta más adelante no se estabilizó con el capitán Sperli. Y el *ingigneri* conocía todo ese trasiego, pero no decía nada; se la traía floja. Hasta el punto de que algunas noches se iba a dormir a un camarote vacío.

—¿Todo esto te lo ha contado Maurilio?

—Sí, señor.

—¿La señora también se lo pasó a él por la piedra?

—Sí, señor.

—¿Y no puede ser que Maurilio hable mal de ella porque quería la exclusiva?

—¡Quién sabe! Pero yo estoy convencido de que Maurilio no la traga porque no para de tocarle las pelotas; baja a la sala de máquinas, lo incordia diciéndole que ella entiende más de motores que él y lo abronca a la menor ocasión.

—¿Y el resto de la tripulación?

—Maurilio, que es español, está en el Vanna desde que el *ingigneri* lo compró, como Sperli. Los tres marineros actuales fueron contratados después de que Sperli se deshiciera de la antigua tripulación porque le recordaba demasiado las experiencias de la señora.

—A ver si lo entiendo. ¿Se deshizo de todos menos de Maurilio?

—Sí, señor. Porque Maurilio está protegido.

—¿Protegido por qué?

—Por el testamento del *ingigneri*, donde se decía que Maurilio debía permanecer a bordo mientras quisiera.

—¿Y cómo explica Maurilio esa cláusula?

—No la explica; dice que sentía un gran afecto por el *ingigneri*.

—Afecto que, sin embargo, no le impedía aceptar que la señora se lo pasase por la piedra.

Fazio abrió los brazos.

—Ánimo. ¿Quiénes son los otros tres?

Fazio tuvo que consultar otra vez el papelito.

—Ahmed Chaikri, magrebí, veintiocho años; Stefano Ricca, natural de Yiareggio, treinta y dos años; y Mario Digiulio, natural de Palermo...

¡Digiulio! ¡El apellido que le había dado Vanna! ¿Se trataba de una coincidencia? Lo mejor era comprobarlo.

—¡Para! Ahora es tarde, pero mañana por la mañana coges a ese tal Digiulio y me lo traes aquí.

Fazio lo miró desconcertado.

—¿Qué ha hecho?

—No ha hecho nada; me interesa conocerlo mejor. Busca una excusa cualquiera, pero a las nueve lo quiero en comisaría.

* * *

Montalbano estaba a punto de irse a Marinella cuando sonó el teléfono.

—*Dottori*, hay una señora que es hembra pero tiene nombre de varón, dice que se llama Giovannino y quiere hablar con usía personalmente en persona.

—Hazla pasar.

Era Livia Giovannini, la propietaria del velero. Entró desplegando una amplia sonrisa. Iba vestida de noche, bastante elegante.

—Comisario, disculpe si lo molesto.

—Por favor, señora, siéntese.

—Ayer estaba un poco alterada y olvidé preguntarle una cosa. ¿Puedo preguntársela ahora?

Era de una amabilidad exquisita. Puro teatro, estaba claro.

—¡Faltaría más!

—¿Cómo es que sabía que tengo una sobrina?

Debía de haberse devanado los sesos para encontrar una explicación; seguramente le había pedido consejo a Sperli y al final había decidido preguntárselo directamente. Lo que significaba que el asunto de la seud sobrina era importante. Pero ¿por qué?

—Ayer diluviaba y la carretera de la costa que va a Vigàta se hundió — empezó Montalbano, y le contó toda la historia.

—¿Le dijo algo de mí?

—Solo me dijo el nombre de su marido, pero no el apellido. Ah, ahora que me acuerdo, dijo también que es usted muy rica y que le gusta viajar por mar. Nada más.

La mujer se mostró aliviada.

—¡Menos mal!

—¿Por qué?

—Porque a veces a la pobre se le va la cabeza y dice disparates, se inventa historias inverosímiles... Estaba preocupada pensando que quizá le había...

—Comprendo. Pero le aseguro que no me contó nada raro.

—Gracias —repuso ella, levantándose con una sonrisa radiante.

—De nada —contestó Montalbano, levantándose también con una sonrisa más radiante todavía.

Cinco

En Marinella oyó el teléfono mientras abría la puerta, pero cuando levantó el auricular era demasiado tarde; al otro lado de la línea ya no había nadie. Miró el reloj: las ocho y treinta y cinco.

Se desahogó soltando unos cuantos improperios contra la propietaria del velero por haberle hecho perder tiempo.

Le había dado a Laura el número de Marinella y habían quedado en que lo llamaría a las ocho y media. Por eso él no le había pedido su número. ¿Y ahora qué? ¿Telefoneaba a Capitanía o esperaba un poco, confiando en que volviera a llamarlo? Decidió esperar.

Se cambió de traje y fue a abrir el horno. Adelina, la asistenta, le había preparado una fuente de pasta *'ncasciata* suficiente para cuatro. En el frigorífico, por si tenía más apetito, cosa difícil, había un plato de *nervetti all'acìto*, trochos de cabeza y cartílago de ternera hervidos y aliñados con cebolla y encurtidos.

El teléfono sonó de nuevo. Era Laura.

—He llamado hace un rato, pero...

—Disculpe, pero me he entretenido en la comisaría y...

—¿Dónde nos vemos?

—En Marinella hay un bar...

—No me apetece.

—¿El qué?

—Que nos veamos ahí. No me gustan los bares.

—En tal caso, podríamos...

—¿Me explica cómo se va a su casa? —preguntó ella sin rodeos.

En el fondo, era lo más sencillo, y Laura debía de ser una chica práctica. Montalbano se lo explicó.

—Entonces quedamos así: yo voy a su casa y, mientras tomamos un aperitivo, decidimos adónde vamos a cenar.

—Sí, mi teniente.

* * *

Laura se presentó media hora más tarde. Se había quitado el uniforme y ahora llevaba una falda por encima de la rodilla, una blusa blanca y una especie de chaleco grueso. El pelo, suelto, le caía sobre los hombros. Guapísima, vital y simpática.

—¡Qué bonito es esto!

Montalbano abrió la cristalera de la galería, y ella salió y se quedó embelesada.

—¿Qué quiere tomar?

—Vino blanco, si tiene.

El comisario tenía siempre una botella en la nevera. La sacó y metió otra.

—¿Podemos sentarnos aquí? —preguntó Laura.

—Claro.

Bebieron el vino sentados uno al lado del otro en el banco. Pero hacía demasiado fresco, y al terminar la copa tuvieron que entrar.

—¿Adónde va a llevarme?

—Hay dos posibilidades: o vamos a un restaurante cerca de Montereale, pero para eso tenemos que coger el coche... o nos quedamos aquí.

Ella se mostró dubitativa y Montalbano la malinterpretó.

—Usted apenas me conoce, pero le aseguro que...

Laura rompió a reír con una risa cristalina.

—¡No, no! Ni se me ha ocurrido pensar que quiera...

Montalbano sintió una punzada de melancolía. ¿Lo veía tan viejo como para no tener ya deseos? Afortunadamente, ella continuó:

—... pero debo confesarle que tengo un hambre canina; hoy no he podido comer a mediodía.

—Venga conmigo.

La guio hasta la cocina, abrió el horno y sacó la fuente. Laura aspiró el aroma, suspiró y cerró un instante los ojos.

—¿Qué me dice? ¿No le parece una buena propuesta?

—Quedémonos.

* * *

Se conocieron más a fondo. Ella le contó que había elegido la carrera militar porque su padre era almirante —ya próximo a la jubilación—, que había estudiado en la Academia de Livorno, que había estado embarcada en el *Vespucci*, que su tío se llamaba Gianni y también era oficial de la Marina —destinado en un crucero—, que tenía treinta y tres años, que vivía en Vigàta desde hacía apenas tres meses y que aún no había tenido tiempo de hacer amistades. Era la primera vez, desde que estaba en Vigàta, que quedaba para comer con un hombre. Montalbano, en cambio, le habló largo y tendido de Livia. Laura se comió también los *nervetti*. Tenía buen paladar.

—¿Quieres...? Disculpe, ¿quiere...? —empezó Montalbano.

—¿Te molesta tutearme?

—En absoluto. ¿Quieres un café, un *whisky*...?

—¿Queda más vino de este?

* * *

—¿Habéis conseguido identificar al muerto? —preguntó Laura en un momento dado.

—Todavía no. Creo que la identificación será larga y difícil.

—Me han dicho que lo mataron destrozándole la cara.

—No; se la destrozaron después. Murió envenenado.

—Entonces... —Laura se interrumpió—. No, nada; me había formado una idea... Pero es ridículo hablar de esto contigo. Me he informado, ¿sabes? Me han dicho que en tu campo eres más que bueno, excepcional.

Montalbano se sonrojó y ella volvió a reír.

—¡Qué maravilla! ¡Todavía existe un hombre capaz de sonrojarse!

—¡Anda, para ya! Dime cuál es tu idea.

—Había pensado en un robo que se complica. Ese hombre está dando un paseo por el muelle, alguien quiere arrebatarle su cartera, él planta cara, el otro lo golpea con una piedra y se lo carga. Después lo mete en un bote... por

esa parte hay muchos anclados, y... ¿Habéis comprobado a quién pertenece la embarcación?

Montalbano consiguió no sonrojarse otra vez de milagro. No se le había ocurrido. Y era lo primero en que debería haber pensado. Estaba perdiendo facultades; no tenía vuelta de hoja.

—No —respondió—, porque la Científica opina que no había sido utilizada antes de poner dentro el cadáver.

Laura arrugó la nariz.

—Aun así, yo haría una pequeña comprobación.

Más valía cambiar de tema; si no, acabaría quedando mal.

—Oye, quizá puedas darme una respuesta. Que tú sepas, ¿hay mucha gente rica que se pasa todo el año en el mar, yendo de un puerto a otro sin hacer otra cosa?

—¿Te refieres a Livia Giovannini?

—¿La conoces?

—El Vanna atracó en el puerto tres días después de que yo me incorporara al servicio en Vigàta. Subí a bordo para hacer un trámite y así nos conocimos. En aquella ocasión venía de Tánger, pero había zarpado meses antes de Alexander Bay.

—¿Dónde cae eso? —preguntó Montalbano, sorprendido.

—Es un pequeño puerto de Sudáfrica.

—¿Y ahora de dónde ha venido?

—De Rétino, y...

—¿Rétino? ¿Dónde está?

—En la isla de Creta, y se dirigía a Orán, pero tuvo que cambiar de ruta a causa del mal tiempo.

El comisario estaba atónito.

—¿Te sorprende? —inquirió Laura.

—Pues sí. No digo que el Vanna sea una embarcación pequeña, pero...

—Ten en cuenta que es uno de los mejores veleros del mundo. Además, el marido de la señora Giovannini modificó totalmente la distribución y los motores.

—Sperli dijo que llevan un motor auxiliar que no funciona bien.

—¡Y un cuerno! Creo que las velas las usan solo de adorno. Es una bestia de veintiséis metros, originalmente con veinticuatro plazas para dormir. También ampliaron y modificaron los camarotes, de forma que ahora las plazas para dormir han quedado reducidas a media docena, pero en compensación han ganado mucho espacio y otro saloncito.

—El yate que está al lado tampoco se queda corto.

—¿El As de corazones? Ese es un Baglietto de dieciocho con sesenta y tres metros, dotado de dos potentes motores GM, y tiene nueve plazas para dormir. Va a donde quiere.

—Veo que entiendes de esto.

—Mi interés es por puro entretenimiento personal.

—Oye, volviendo a lo de antes, te preguntaba si hay mucha gente rica que...

—¿... que se pasa la vida en el mar? No creo.

—Entonces, ¿cómo te lo explicas?

—No me lo explico. Quizá sea una manía que tenía el marido y contagió a su mujer.

Montalbano se quedó pensativo. Al cabo de un momento preguntó:

—¿Cómo se podría averiguar cuántos puertos ha tocado el Vanna en el último año?

—Revisando el cuaderno de bitácora del capitán.

—¿Y cómo se le podría echar un vistazo?

—El único que puede hacerlo es el fiscal. Pero debe encontrar una excusa ingeniosa. ¿Vas a explicarme por qué te interesa tanto el Vanna? En el fondo, se cruzó con la zódiac por pura casualidad.

—No sé decirte por qué, pero... tengo curiosidad... No sé... hay algo que no me convence.

No podía decirle que lo que había despertado sus sospechas era el encuentro con la chica que decía llamarse Vanna, como el propio velero.

* * *

Laura se fue pasada la medianoche, con la promesa de que al día siguiente se llamarían.

Él se quedó un rato despierto pensando en el hombre asesinado. Si, como afirmaba Pasquano, lo habían dejado irreconocible a propósito, eso significaba que alguien podía reconocerlo. A primera vista, un razonamiento como ese parecía digno de Catarella o de Perogrullo. Pero era un punto de partida.

En nuestros días, un pobre diablo asesinado así no es noticia, como dicen los periodistas. La prensa nacional puede dedicarle como máximo cinco líneas; la local, media columna. Las cadenas de televisión nacionales ni siquiera lo mencionarían; las del lugar del suceso, en cambio, sí.

Por eso la persona capaz de reconocer al muerto, en caso de que le hubieran dejado intacta la cara, no podía sino encontrarse en las inmediaciones de Vigàta. Por consiguiente, el eventual reconocimiento habría llevado directamente al asesino. ¿Por qué?

Por una razón sencillísima: porque el hombre había sido envenenado. Para matar así a alguien, hay que poner el veneno en algo de comer o de uso personal; no hay otra. Por tanto, el muerto tenía que conocer a su asesino forzosamente.

Igual lo había invitado a tomar un aperitivo o a cenar, como había hecho él con Laura, y mientras el pobre miraba hacia otro lado...

¡Laura! ¡Madre mía, qué guapa era esa mujer! Pero ¿qué le pasaba? ¿Qué se le estaba metiendo en la cabeza? No iría a imaginarse que a su edad... Pero ¡qué ojos tenía! ¡Y cómo lo miraba! No consiguió seguir razonando, y llegó a la conclusión de que lo único que podía hacer era irse a la cama.

* * *

—¿Está Fazio? —fue lo primero que preguntó al entrar en la comisaría.

—Sí, *signor dottori*. Y lo acompaña otra persona que está a su lado con él.

—Dile a Fazio que venga a mi despacho él solo.

Acababa de sentarse cuando entró Fazio.

—¿Cómo es Digiulio?

—¿Y cómo quiere que sea? Un palermitano que...

—Quiero saber si cuando le has dicho que tenía que venir a la comisaría se ha puesto nervioso.

—No, señor. Se ha quedado tan tranquilo. Es más, ha dicho que se lo esperaba.

—¿Se lo esperaba?!

—Eso ha dicho.

—Hazlo pasar.

—¿Puedo estar presente?

—No.

Fazio salió ofendido.

Mario Digiulio era un tipo de unos cuarenta años, con una de esas caras que se olvidan un segundo después de haberlas visto. Llevaba un jersey negro de cuello vuelto y unos vaqueros sucios. Era totalmente distinto de como se lo había imaginado Montalbano. Tal como había dicho Fazio, no estaba nada impresionado. Inesperadamente, en cuanto el comisario le dijo que se sentara, fue el primero en hablar.

—Ha llegado la denuncia, ¿eh?

Montalbano hizo un gesto vago que podía significar todo y nada.

—¡Esos cabrones! —Digiulio hizo una pausa—. ¡Menudos hijos de puta!

Una vez enterado de la gran consideración en que Digiulio tenía a quienes lo habían denunciado, el comisario decidió averiguar algo más.

—Cuénteme su versión de los hechos.

—En Rétino, Zizì y yo fuimos a beber a una taberna, y allí había dos griegos que...

—... los provocaron.

—Exacto. Zizì reaccionó y yo no me quedé atrás. Se organizó una pelea y...

—Destrozaron el local.

—¿Destrozar? ¡Ni de coña! Zizì rompió dos o tres sillas y...

Zizì. ¿Dónde había oído nombrar a ese tal Zizì? Alguien se lo había mencionado de pasada, pero ¿quién? ¿Y cuándo?

—Disculpe, pero ¿Zizì es alguien del lugar?

Digiulio lo miró perplejo.

—No; es uno de la tripulación.

—Pero no figura entre los...

—Ah, perdone, nosotros lo llamamos Zizì, pero su nombre es Ahmed Chaikri; es magrebí.

En ese momento a Montalbano se le encendió la bombilla.

—¿Era criado del antiguo propietario?

La perplejidad de Digiulio aumentó.

—¿Criado del antiguo...? ¡Ni de coña! ¡Pero si no hace ni tres meses que Zizì embarcó!

El cerebro de Montalbano era ahora un motor a pleno rendimiento.

—¿Me repite el nombre de los otros miembros de la tripulación?

—Pero si ellos no estuvieron en la pelea...

—Dígame los de todos modos.

—Maurilio Álvarez, que es el mecánico; Stefano Ricca, que es...

Montalbano dejó de escucharlo. ¡Ricca! Lo recordó todo. Vanna le había dicho que Ricca era un banquero, socio de su tío Arturo. Ella se llamaba Vanna como el velero, mientras que Digiulio, Zizì y Ricca eran tres tripulantes...

¡Qué astuta había sido la chica! ¡Una verdadera artista! Había que quitarse el sombrero.

A ver si iba a resultar que lo que él consideraba una tomadura de pelo por parte de Vanna tenía, en cambio, un objetivo preciso. En cualquier caso, ahora lo más urgente era desembarazarse del marino.

—Oiga, ¿usted tiene por casualidad una hermana que se llama Vanna?

—¿Yo? No. Yo tengo un hermano que se llama Antonio.

—Está bien, puede irse.

El hombre no entendía nada.

—¿Y la denuncia?

—¿Cuál?

—La del propietario de la taberna.

—No ha llegado.

—Y entonces ¿por qué me ha hecho venir?

—Por otra denuncia.

—¿Hay otra?

—Sí, de una tal Vanna Digiulio contra su hermano Mario. Pero, puesto que usted asegura que no tiene hermanas...

—No es que lo asegure, ¿es que no las tengo!
—Entonces es un caso evidente de homonimia. Adiós, amigo.

* * *

Estaba seguro: no era Digiulio quien había avisado a Vanna del cambio de ruta del velero. Era absolutamente preciso hablar con los otros miembros de la tripulación. Llamó a Fazio, que se presentó todavía con cara de ofendido por la exclusión.

—Siéntate.

Montalbano se quedó un momento mirándolo. ¿Debía contarle la historia de Vanna o no? Ahora que el asunto parecía tener otro significado, ¿no era mejor contar con un aliado como Fazio?

—¿Recuerdas que el otro día llovió tanto que la carretera se hundió?

—Sí, señor.

—¿Recuerdas que traje a la comisaría a una pobre chica que se llamaba Vanna Digiulio?

—Sí, señor.

—¿Quieres saber una cosa? No se llamaba ni Vanna ni Digiulio, y no era una pobre chica, sino una grandísima hija de puta que me tomó por un idiota de marca mayor.

Fazio se quedó boquiabierto.

—¿En serio?

Y Montalbano se lo contó todo.

* * *

—¿Y usía qué piensa del asunto? —preguntó al final Fazio.

—Yo me he formado una idea precisa sobre unos pocos hechos. Que la chica (sigamos llamándola Vanna por comodidad), en cuanto me presenté como el comisario Montalbano, se puso a estornudar sin parar.

Fazio se quedó pasmado.

—Disculpe, pero ¿qué tiene eso que ver?

—Lo tiene, lo tiene. Me juego las pelotas a que eran estornudos fingidos. Lo hacía para ganar tiempo y decidir si debía decirme lo que quería decirme.

Y de inmediato me puso, indirectamente, sobre la pista del velero.

—¿Y por qué?

—Puedo aventurar una hipótesis. Lo hizo para que fuese un recuerdo de futuro.

—Explíquese mejor.

—Si a ella le ocurría algo malo, me había dado suficientes datos sobre a quién debía interrogar.

—Pero ¡la chica no llegó a ver a los del velero!

—En efecto. Porque, en mi opinión, sucedió un imprevisto.

—¿Qué imprevisto?

—Que el velero atracó con un muerto a bordo. Lo que significaba la presencia de la policía, Capitanía, el forense, la Científica... demasiada gente. Prefirió desaparecer. ¿Te cuadra?

—Sí, señor. Pero seguimos sin saber qué había venido a hacer.

—Y por eso es importante descubrir quién está en contacto con ella. ¿Alguien de Capitanía? No lo creo posible. Digiulio no; estoy seguro. Así que ahora necesito contar con tu habilidad.

—¿Qué quiere decir?

—Con los otros miembros de la tripulación no podemos utilizar el mismo sistema que con Digiulio. Es preciso que encuentres una manera de aproximarte al magrebí, ¿cómo se llama...?

—Chaikri.

—Sí, pero para los amigos es Zizì. Intenta enterarte de alguna cosa, que se emborrache... ¿Bajan a tierra?

—¡Ya lo creo! No hacen otra cosa que andar de aquí para allá.

—Pues encuentra el mejor modo de hacerte amigo suyo.

En ese momento apareció Mimì Augello, elegantísimo y sonriente.

—¿Dónde has estado?

—Pero ¿cómo? ¿Catarella no te lo ha dicho? Llevé a Beba con el niño a casa de sus padres. ¿No ves qué cara tengo? ¡Esta noche he dormido por fin como un rey!

Montalbano se quedó mirándolo en silencio.

—¿Qué pasa? —preguntó Augello.

—Mimì, se me está ocurriendo una idea.

—¡Qué buena noticia! ¿Tiene alguna relación conmigo?

—Claro. ¿Te sientes capaz de hacerle la corte a una mujer de cincuenta años que aparenta cuarenta?

Mimì no lo dudó ni un segundo.

—Puedo intentarlo.

Seis

Fue a comer a la *trattoria* de Enzo sintiéndose bastante satisfecho; pensaba que había encontrado el camino correcto para entender algo sobre el comportamiento de la chica conocida como Vanna. Ahora estaba casi seguro de que ella había actuado siguiendo un plan preciso, trazado mentalmente en cuanto se enteró de que él era el comisario Montalbano.

O sea, que no se había tratado de una broma, sino de una cosa seria, y muy seria.

En cualquier caso sentía, aunque no comprendía la causa precisa, que estaba comportándose como ella habría querido que lo hiciera.

En cambio, en lo que se refería al muerto de la lancha, no tenía nada por lo que felicitarse; el caso estaba estancado prácticamente desde el principio. El hecho de no poder identificarlo lo paralizaba todo. Quien le había destrozado la cara había logrado su objetivo.

Por otro lado, si se trataba de un forastero, era inútil recorrer los hoteles y pensiones de Vigàta, Montelusa y alrededores. Aparte de que habría sido una tarea larga, el problema seguía siendo el mismo: ¿cómo se reconoce a alguien que ya no tiene cara y va indocumentado? Y si por casualidad era alguien del lugar, ¿cómo es que no se había presentado ninguna denuncia de desaparición?

En la *trattoria* encontró consuelo: el pescado había vuelto al menú de Enzo y, para resarcirse de la abstinencia forzosa del día anterior, se dio un atracón. Pidió una fritura de salmonetes y calamares que habría quitado el hambre a media comisaría.

Por consiguiente, el paseo por el muelle hasta el faro se impuso como una necesidad absoluta. Esta vez hizo también el recorrido largo, pasando por delante del Vanna y el As de corazones, que seguían cabeceando juntos.

Acababa de pasar ante las dos embarcaciones cuando oyó a su espalda risas y voces. Se giró sin dejar de andar.

Livia Giovannini, la propietaria del Vanna, y el capitán Sperli estaban bajando en ese momento por la pasarela del As de corazones, mientras desde la cubierta un hombre de considerable corpulencia, un hércules de un metro noventa como mínimo, espaldas como un armario y pelirrojo, les decía adiós con la mano. El barco era enorme, pero aquel hombre por fuerza tendría que andar inclinado por el interior. Después, la señora y el capitán empezaron a subir por la pasarela del Vanna.

Al llegar a la roca plana, Montalbano se sentó, encendió un cigarrillo y empezó a pensar en lo que acababa de ver.

¿Por qué la propietaria y el capitán del Vanna habían subido al As de corazones?

¿Se trataba de una simple visita de cortesía, de un gesto de buena vecindad? ¿Era costumbre entre aquella gente actuar así? Teniendo en cuenta la hora, también era probable que los del Vanna hubieran sido invitados a comer, cosa muy natural. ¿O bien ya se conocían? ¿Mantendrían viejas relaciones de amistad, de negocios u otro tipo?

Solo se podía hacer una cosa, e inmediatamente: averiguar más cosas sobre el As de corazones.

Pero de ese modo la investigación, en vez de empezar a reducirse, se ampliaría aún más al implicar a otras personas. Y eso es lo peor que puede suceder en el transcurso de una investigación.

Fuera como fuese, la única manera de obtener información sobre el As de corazones era preguntarle a Laura, a la cual tenía que preguntarle otra cosa lo antes posible.

¡Laura! ¡Madre mía, qué guapa era!

Y de nuevo se perdió en sus pensamientos sobre la joven teniente. No le gustaba ser incapaz de concentrarse en ninguna otra cosa en cuanto pensaba en ella. Solo la tenía a ella en la cabeza; cómo andaba, cómo reía... En el fondo, le daba un poco de vergüenza. No le parecía serio en un hombre de su edad. Pero no podía remediarlo.

Cuando subió al coche, en lugar de ir a la comisaría, tomó la carretera de Montelusa. Se detuvo delante del Instituto Médico Forense, bajó y entró.

—¿Está Pasquano?

—Estar, está. —Lo que, traducido, significaba: está, pero no es aconsejable ir a molestarlo.

—Verá, solo necesito copiar la ficha que ha cumplimentado el doctor después de la autopsia del cadáver desfigurado.

—Podría facilitársela yo, pero usted no puede llevársela.

—La quiero solo para copiar algunos datos aquí mismo, delante de usted. Hágame ese favor.

—Está bien, pero no se lo diga al doctor.

* * *

Una media hora más tarde aparcó delante de Retelibera, una de las dos cadenas de televisión locales.

—¿Está Zito?

—Está en su despacho —dijo la secretaria, que lo conocía perfectamente.

El comisario y el periodista se abrazaron; eran viejos amigos y se alegraban mucho siempre que se veían.

Montalbano le pasó los datos que había copiado: estatura, peso, color del pelo, anchura de hombros, longitud de las piernas, dentadura... Zito le prometió que daría la noticia en los dos siguientes telediarios, el de las ocho y el de medianoche. A los que llamaran, les dirían que se pusieran en contacto directamente con la comisaría.

* * *

En la oficina encontró a Fazio esperándolo con cara de perro apaleado.

—¿Qué pasa?

—¡*Dottore*, estamos jodidos!

—¿Y te parece que eso es una novedad? No sé qué le ves de sorprendente. Yo tengo clarísimo que he estado jodido desde el momento de nacer, así que, jodienda más o jodienda menos... A ver, ¿de qué se trata?

—De Chaikri.

—Desembucha.

—*Dottori*, casualmente, mientras iba a comer, al pasar por delante de la taberna de Giacomino he visto que entraban Digiulio, Ricca y Álvarez. Así que al cabo de un momento he entrado yo también y me he sentado cerca de ellos. Al oír que hablaban de Zizì he puesto la antena. ¿Quiere saber una cosa?

—Si es mala, no quiero saberla, pero tú dímela igualmente.

—Anoche detuvieron a Zizì.

Montalbano soltó un taco.

—¿Quién? —preguntó.

—Los carabinieri.

—¿Y por qué?

—Parece que anoche, cuando volvía al barco, vio un coche de los carabinieri parado junto al puerto. Zizì había bebido bastante, así que se acercó al vehículo, se desabrochó la bragueta y se puso a mear encima.

—Pero ¿está mal de la cabeza o qué? ¿Y los carabinieri estaban dentro del coche?

—Sí, señor.

—¿Y qué pasó?

—Pasó que, cuando estaban arrestándolo, le arreó un mamporro a uno de los carabinieri.

Montalbano soltó otro exabrupto.

—¿Qué hacemos? —preguntó Fazio.

—¿Qué quieres que hagamos? ¡No puedo telefonar a los carabinieri y decirles que lo pongan en libertad porque a mí me va bien! Intenta acercarte a Ricca; es el único movimiento posible.

* * *

La noche anterior había quedado con Laura en que ella le telefonaría a las siete, pero ya eran casi las ocho y aún no había dado señales de vida.

Como le había pedido a Laura el número de su móvil, después de un ratito de tira y afloja consigo mismo decidió llamarla.

—Soy Montalbano.

—Te he reconocido por la voz. —Frase dicha sin ningún entusiasmo.

—Se te ha olvidado que...

—No se me ha olvidado.
¡Coño, sí que estaba comunicativa!
—¿Mucho trabajo?
—No.
—Entonces, ¿por qué no...?
—Había decidido no llamarte.
—Ah.

Se hizo el silencio. A Montalbano lo asaltó el pánico del corte de línea. Era una cosa de lo más idiota, y sin embargo no podía remediarlo; le entraba un miedo insoportable, de niño abandonado en una nave en medio del espacio.

—¿Diga? ¿Diga? —se puso a berrear.
—¡No grites! ¡Estoy aquí!
—¿Puedes explicarme por qué no...?
—Por teléfono no me siento cómoda.
—Inténtalo.
—Te he dicho que no.

—Entonces, veámonos, por favor. Tengo que preguntarte también una cosa sobre el Vanna.

Otra pausa. Pero esta vez Montalbano la oía respirar.

—¿Quieres que vayamos a cenar? —preguntó ella.
—Sí.

—Pero a tu casa no.

—De acuerdo. A donde tú quieras.

—Vayamos a ese restaurante de Montereale del que me hablaste.

—Muy bien. Ven tú aquí, a la comisaría, cogemos mi coche y...

—No. Dime cómo se va a esa *trattoria*. Nos vemos directamente allí. Pero dentro de una hora, que tengo que cambiarme.

¿Qué le pasaba? ¿Por qué había cambiado tanto de actitud? No lo entendía.

* * *

Al cabo de diez minutos sonó el teléfono.

—¡Ah, *dottori, dottori!* ¡Ah, *dottori!*

Mala señal. Cuando Catarella empezaba lamentándose así, significaba que telefoneaba al *signor jefe superior*, como lo llamaba reverentemente.

—¿El jefe superior pregunta por mí?

—¡Sí, *signor dottori*! ¡Es urgentísimo!

—Dile que no estoy en la comisaría.

Igual era para pedirle que fuera a Montelusa y le impedía acudir a la cita con Laura.

—¡Virgen santísima, *dottori*! —exclamó Catarella.

—¿Qué te ocurre?

—¡Me ocurre que cuando tengo que decir un embuste al *signor jefe superior* me parece que cometo un pecado mortal!

—¡Pues ve a confesarte!

Pasados tres cuartos de hora, se disponía a levantarse para salir cuando se presentó Fazio.

—*Dottore*, como tengo un amigo muy querido que es carabinero, me he permitido...

—¿Qué has hecho?

—Le he preguntado qué intenciones tenían con Chaikri.

—¿Y cómo has justificado tu interés?

—Le he dicho que es amigo mío, que cuando bebe no sabe lo que se hace, y me he disculpado en su nombre.

—¿Y qué te ha contestado?

—Lo han soltado esta misma tarde, a las cinco. Han presentado una denuncia contra él por agresión y resistencia. ¿Qué hago? ¿Voy a buscarlo a la taberna de Giacomino?

—Ve ahora mismo y deja estar a Ricca por el momento.

* * *

Ya se había puesto de pie cuando sonó el teléfono directo. ¿Contestar o no contestar? Esa era la cuestión. La prudencia sugería no contestar, pero como le había dado precisamente ese número a Laura, pensó que podía ser ella para decirle que había cambiado de idea. Levantó el auricular.

—¿Sí?

—¿Qué suerte haberlo encontrado, *dottor* Montalbano! ¿Acaba de regresar a la sede?

—En este preciso momento.

Era el pelmazo del jefe de gabinete del jefe superior de policía, el *dottor* Lattes, apodado «leches y mieles», y empeñado, entre otras cosas, en que Montalbano tenía mujer e hijos.

—Queridísimo amigo, el jefe superior ha salido y me ha dejado el encargo de que lo localice.

—Dígame, *dottore*.

—Verá, urge confirmar qué expedientes son los que quedaron destruidos por esa especie de inundación que sufrieron el otro día.

—Comprendo.

—¿Tendría disponible una horita o una horita y media?

—¿Cuándo?

—Ahora. Podemos hacerlo por teléfono. Basta con que tenga delante la lista de los expedientes perdidos. Hagamos de momento una comprobación rápida, aunque necesaria para...

Montalbano se vio perdido. ¿Debía anular la cena con Laura? No, no cedería a la venganza de la burocracia. Pero ¿qué podía hacer? ¿Cómo iba a escabullirse? Quizá solo podía salvarlo una buena representación improvisada. Así pues, dio rienda suelta a sus dotes de actor trágico.

—¡Ay, pobre de mí! ¡No puedo, no puedo! ¡Por desgracia, no tengo tiempo! —exclamó con voz desesperada.

Lattes quedó impresionado.

—¡Dios santo! ¿Qué le ocurre?

—¡Acaba de telefonar ahora mismo mi esposa!

—¿Y qué?

—¡Llamaba desde el hospital! ¡Ay, qué desgracia!

—Pero ¿qué ha pasado?

—Mi hijo pequeño, Gianfrancesco, está muy mal, y tengo que ir sin falta...

El *dottor* Lattes no titubeó.

—¡Por lo que más quiera, Montalbano! ¡Vaya enseguida, corra! Rezaré a la Virgen por su... ¿Cómo ha dicho que se llama?

Montalbano ya no se acordaba del nombre que había dicho. Soltó uno al azar.

—Gianantonio.

—Pero ¿no ha dicho Gianfrancesco?

—¿Lo ve? ¡No sé dónde tengo la cabeza! Gianantonio es el mayor, que está bien, gracias a Dios.

—¡Vaya, vaya! ¡No pierda más tiempo! Le deseo que todo salga bien. Y mañana deme noticias, se lo ruego.

* * *

Montalbano salió disparado para Montereale.

Y al cabo de menos de dos kilómetros el coche se paró. En el depósito no quedaba ni una gota de gasolina. Sabía que a unos doscientos metros había un surtidor.

Bajó, cogió una lata, fue corriendo hasta el surtidor, llenó la lata, pagó, volvió al coche, arrancó, paró de nuevo en el surtidor, llenó el depósito y salió pitando. Todo eso sin dejar de soltar palabrotas ni un momento.

Y cuando llegó al restaurante, sudando y jadeando, Laura ya estaba sentada a una mesa y lo esperaba nerviosa.

—Si tardas cinco minutos más, no me encuentras —dijo, fría como un témpano.

Quizá fue por los contratiempos que se habían interpuesto en su camino e impedido que llegara a tiempo por lo que, al oír esas palabras, Montalbano perdió los nervios. No pudo controlarse y se le escapó una frase que jamás habría pensado que diría:

—En ese caso, me voy yo.

Dio media vuelta, salió del restaurante, cogió el coche y se dirigió a Marinella.

* * *

Solo tenía ganas de meterse en la ducha y quedarse bajo el chorro de agua el mayor tiempo posible para que se le calmaran los nervios.

Veinte minutos después, mientras se secaba, reflexionó, con la mente fría, sobre lo que había hecho y le pareció una tontería como una casa. Porque él necesitaba a Laura para llevar adelante la investigación: Mimì Augello solo podría contactar con la señora Giovannini a través de Laura.

Eso era lo que ocurría cuando se mezclaban los asuntos personales con los del trabajo. Decidió que lo primero que haría a la mañana siguiente sería telefonar a Laura para pedirle disculpas.

De momento no tenía hambre; quizá le entrara con un rato en la galería respirando el aire del mar. Mientras volvía del restaurante, se había dado cuenta de que, al contrario que la noche anterior, no hacía fresco y no corría ni un soplo de aire. Así que se quedó en calzoncillos. Encendió la luz de la galería desde dentro, cogió el tabaco y el encendedor y abrió la cristalera.

E inmediatamente se quedó helado.

No por el frío que no hacía, sino porque frente a él, callada, con la mirada gacha, estaba Laura.

Al parecer había llamado; él no la había oído porque estaba en la ducha, y entonces ella, como sabía a ciencia cierta que se encontraba en casa, había dado la vuelta para presentarse por la parte trasera.

—Perdona —dijo muy seria. Levantó los ojos, y de pronto se le escapó la risa.

Y justo en ese momento, casi viéndose reflejado en sus ojos, Montalbano cayó en la cuenta de que iba en calzoncillos.

—¡Aaahhh! —gritó, y echó a correr hacia el cuarto de baño como en una escena cómica de cine mudo.

Estaba tan alterado y confundido que la escena cómica continuó cuando, al ponerse los pantalones, resbaló en el suelo mojado y cayó de culo.

Cuando por fin se encontró en condiciones de razonar mínimamente, salió y fue a la galería. Laura se había sentado en el banco y estaba fumando un cigarrillo.

—Por lo que parece, hemos discutido —dijo ella.

—Sí. Te pido disculpas, pero es que...

—Dejemos de pedirnos disculpas. Te debo una explicación.

—No tienes por qué dárme la.

—Voy a hacerlo porque me parece necesario. ¿Te queda un poco de aquel vino?

—Claro.

Montalbano entró en casa. Volvió con una botella recién abierta y dos copas. Laura se bebió una entera antes de empezar a hablar.

—No tenía ninguna intención de llamarte y me había jurado que, si me telefoneabas tú, te diría que no podía verte.

—¿Por qué?

—Déjame hablar.

Pero él insistió.

—Mira, Laura, si ayer te sentiste ofendida por algún motivo que todavía no...

—No me ofendiste; al contrario.

¿Qué significaba aquel «al contrario»? Lo mejor era quedarse callado y dejarla hablar.

—No quería verte porque tengo miedo de hacer el ridículo. Y además, no sería justo.

Montalbano no salía de su asombro. Y se temió que metería la pata dijera lo que dijera. Pero la verdad es que no entendía nada.

—Por lo tanto —continuó Laura—, me dije que sería un error seguir viéndote. Es la primera vez en la vida que me pasa una cosa así. Es muy humillante, muy deprimente, porque te vuelves completamente pasiva; no puedes hacer absolutamente nada, tu voluntad no cuenta. De hecho, cuando me has llamado, no he sido capaz... Ayúdame.

Se interrumpió, se sirvió otra copa y se bebió la mitad. Mientras se la acercaba a los labios, Montalbano vio cómo brillaban sus ojos, en los que se agolpaban las lágrimas.

Siete

«Ayúdame». Pero ¿a qué? ¿Y por qué lloraba? ¿Cómo podía ayudarla, si no tenía la menor idea de lo que le pasaba?

De repente, Montalbano lo entendió. Aunque, de buenas a primeras, se negó a creer lo que había entendido. ¿Sería posible que a ella le estuviera sucediendo exactamente lo mismo que a él? ¿Sería posible que entre los dos se hubiera producido el clásico flechazo?

Se enfadó consigo mismo por recurrir a una frase hecha, pero no le acudieron a la mente otras más originales. Notó que se le aflojaban las piernas, se sintió perplejo, feliz y asustado a un tiempo.

«Ayúdame tú», pensó decirle. Pero, mientras pedía ayuda en silencio, habría querido abrazarla y estrecharla contra sí. Y para contenerse tuvo que hacer tal esfuerzo que le aparecieron unas gotas de sudor en la frente.

Entonces hizo lo único que podía hacer si realmente era el hombre que creía ser, aunque fuese a costa de sentir un verdadero dolor físico, una especie de cuchilla clavada en el pecho.

—Puesto que nos hemos visto —dijo indiferente, como si no hubiera comprendido en absoluto sus palabras y el sufrimiento que encerraban—, aprovecho para pedirte un favor, siempre y cuando puedas hacérmelo.

—Dime.

Le pareció que ella se sentía desilusionada y contenta al mismo tiempo.

—El subcomisario, que se llama Mimì Augello, además de ser un policía excepcional, es un hombre muy atractivo que sabe tratar a las mujeres.

—¿Y...? —repuso Laura, un tanto sorprendida por ese preámbulo.

—Creo que podría resultar bastante útil que conociera a la propietaria del velero.

—Ya. Crees que si traban amistad, tu hombre conseguirá sonsacarle alguna información.

—Exacto.

—¿Te importa decirme por qué tienes los ojos puestos en ese velero? He sabido que la Policía Fiscal lo ha sometido a numerosos controles y nunca ha encontrado nada anormal.

—Eso tal vez no signifique nada.

—Explícate mejor.

—No puedo más de lo que lo he hecho; créeme. Es simplemente, cómo te diría, una impresión, una sensación... —¡Mierda! ¡Tenía que hacer de perro de caza que olfatea una pista en vez de contarle todo el episodio de Vanna!

—¿Y esas sensaciones tuyas dan siempre en el clavo? —preguntó Laura en tono irónico.

—Para ti, entonces, ¿se trata de una viuda rica cuya única distracción es navegar de vez en cuando y acabar en la cama del capitán?

—¿Por qué no? ¿Qué te parece tan raro?

—Está bien. En tal caso, dejémoslo.

—Perdona, que yo tenga una opinión distinta de la tuya no significa que no quiera ayudarte. Dime cómo puedo serte útil.

—Tendrías que hacer algo para que Augello conociera a la señora Giovannini.

Laura se quedó callada.

—Si no te sientes capaz... —empezó Montalbano.

—No, no. Pero, antes que nada, ¿estás seguro de que los del velero no saben quién es Augello?

—Segurísimo.

—Entonces el problema es cómo hacer que se conozcan. No es fácil, ¿sabes? Tendría que llevarlo al velero, pero para eso debo encontrar una buena excusa para ir yo.

—Había pensado que podrías presentárselo como alguien encargado de algo y que en calidad de tal tenga que subir a bordo.

Laura se echó a reír.

—¡Me parece una sugerencia clarísima!

—Disculpa, pero no consigo...

—Déjame pensar; seguro que se me ocurre algo.

Se dispuso a beberse otra copa, pero Montalbano la detuvo.

—¿No te parece demasiado con el estómago vacío? ¿Quieres comer algo?

—Sí —dijo ella. Y añadió—: No. Me voy.

Se levantó.

—Venga, no seas así... —pidió Montalbano.

Laura se sentó. Se levantó de nuevo.

—Me voy.

—Por favor...

Ella volvió a sentarse. Parecía una marioneta movida por hilos invisibles.

Montalbano fue a la cocina y abrió el horno. En una fuente había cuatro enormes salmonetes hechos con una salsa especial inventada por Adelina. Encendió el horno con el grill para que se calentaran bien.

Luego abrió el frigorífico, metió otra botella de vino y cogió un plato de aceitunas, queso y anchoas. Después sacó de un cajón el mantel, las servilletas y los cubiertos, y los dejó encima de la mesa para llevarlo todo a la galería y cenar allí.

Para asegurarse de que los salmonetes no se quemaban, abrió el horno y cogió la fuente, y mientras estaba inclinado notó el peso de Laura, que se apoyaba en su espalda y, en silencio, lo abrazaba cruzando las manos sobre su pecho.

Se quedó paralizado, medio agachado y sintiendo que la sangre le corría cada vez más deprisa, temiendo que los latidos de su corazón se oyeran en la habitación como un martillo neumático. Ni siquiera notaba el calor insoportable de las asas de la fuente, que le estaba achicharrando los dedos.

—Perdóname —dijo Laura.

Y su cuerpo se apartó mientras sus manos lo soltaban lentísimamente; se retiraron como haciéndole una larga caricia.

La oyó salir de la cocina.

Montalbano, hechizado, desconcertado, perplejo, dejó la fuente en la encimera y puso los dedos quemados bajo el chorro de agua fría antes de salir con el mantel y los cubiertos para poner la mesa.

Pero al llegar a la puerta se detuvo.

Solo debía dar cinco o seis pasos para llegar a la galería, y quizá encontrar allí la felicidad. Sin embargo, tenía miedo; esos pocos metros eran peor que una travesía transoceánica, lo llevarían muy lejos de la existencia vivida hasta entonces, sin duda cambiarían por completo su rutina. ¿Sería capaz a su edad?

No, no era momento de hacerse preguntas. Fuera las dudas, oídos sordos a la conciencia y la razón. Cerró los ojos como si se dispusiera a saltar al vacío y echó a andar.

Laura ya no estaba en la galería.

En ese momento oyó, muy cerca, un coche que se alejaba.

Laura se había ido por el mismo camino que había llegado.

Montalbano se dejó caer en el banco. El nudo que tenía en la garganta casi le impedía respirar.

* * *

Consiguió adormecerse hacia las cuatro de la madrugada; desde que se había metido en la cama, todo había sido dar vueltas y más vueltas, un continuo levantarse y volver a acostarse. Dicen que la cama es una gran cosa, porque en ella o duermes o reposas. Pero a él aquella noche no le había proporcionado sueño ni reposo; solo había sido causa de malestar, le había llenado el corazón a ratos de melancolía y a ratos de autocompasión. «Ocasión perdida no vuelve más en la vida», reza el refrán. Y estaba convencido de que era cierto. Recordó un poema de Saba. En general, la poesía lo ayudaba a pasar los momentos sombríos. Esta vez, en cambio, hurgó en su herida. El poeta se comparaba con un perro que persigue la sombra de una mariposa; como el perro, tendrá que conformarse con la sombra de una muchacha de la que está enamorado. Porque sabía, desconsolada tristeza, que era prudencia humana. Pero ¿era correcto, era honrado ser prudente ante la riqueza del amor?

Una hora después de haber conseguido cerrar los ojos ya los tenía otra vez abiertos. Al despertar, se convenció por un momento de que había soñado la escena entre Laura y él delante del horno, pero el dolor de los dedos quemados le confirmó que había ocurrido realmente.

Laura había sido más prudente que él.

¿Más prudente o más temerosa?

En cualquier caso, la escapada, la huida ante la realidad, no borraba la realidad; la dejaba intacta. De hecho, la volvía más consistente que antes, porque ahora eran plenamente conscientes de ella.

¿Y cómo se las arreglarían, cuando estuvieran delante de los demás, para ocultar lo que sentían? ¿Debía evitar verla por todos los medios? Era una posibilidad, aunque exigía abandonar la investigación. Pero ese precio era demasiado alto; no se sentía capaz de pagarlo.

* * *

Alrededor de las nueve de la mañana, Montalbano estaba en su despacho hacía media hora. El teléfono sonó.

Estaba de mal humor y no tenía ganas de hacer nada. Miraba las manchas de humedad del techo tratando de reconocer alguna cara o algún animal, pero aquella mañana la imaginación lo había abandonado y las manchas seguían siendo manchas.

—¡Ah, *dottori*! Hay un hombre que dice que se llama Fiorentino.

¿Sería posible que Catarella dijera por fin un apellido correctamente?

—¿Te ha dicho qué quiere?

—Sí, señor. Quiere hablar con usía personalmente en persona.

—Pásamelo.

—No se lo puedo pasar porque se *incuentra*...

—¿Aquí?

—Sí, *signor*.

—Dile que entre.

Transcurrieron cinco minutos y no apareció nadie. Llamó a Catarella.

—¿Y ese tal Fiorentino? ¿Dónde se ha metido?

—Le he hecho entrar.

—¡Pues aquí no ha llegado!

—No ha podido llegar, *dottori*, porque, como usía mi ha ordenado, lo he hecho entrar en la sala de espera.

—¡Dile que entre en mi despacho!

—Ahora mismo, *dottori*.

Se presentó un cincuentón bajito, bien vestido, con gafas.

—Siéntese, señor Fiorentino.

El hombre pareció un tanto sorprendido.

—Me llamo Toscano.

Catarella se perfeccionaba cada vez más en el arte de deformar los apellidos.

—Disculpe. Siéntese y dígame qué desea.

—Soy el propietario del hotel Bellavista.

Montalbano lo conocía; era un hotel de reciente construcción que estaba nada más salir del pueblo, en la carretera de Montereale.

—Hace unos días llegó un cliente, dijo que estaría un día y una noche, subió a la habitación, bajó, mandó llamar un taxi, se fue y desde entonces no hemos vuelto a verlo.

—¿Lo recibió usted?

—No; yo paso por el hotel una vez al día. Mi actividad principal es la venta de muebles. Anoche, cuando me iba a dormir, me llamó el recepcionista del turno de noche para decirme que acababa de oír en Retelibera una noticia sobre un desconocido al que han encontrado muerto. Según él, la descripción coincide con la de nuestro cliente. He venido para decírselo.

—Gracias, señor Toscano. Entonces, en el registro de su hotel estarán todos los datos de ese hombre.

—Desde luego.

—¿Me acompaña?

—A su disposición. He organizado las cosas para que el recepcionista de noche continúe de servicio.

* * *

El documento que el cliente le había dejado al recepcionista y que no había podido recoger no era de gran ayuda. Se trataba de un pasaporte de la Unión Europea expedido por la República Francesa y renovado hacía dos años, el cual informaba de que su tenedor se llamaba Émile Lannec y había nacido en Ruán el 3 de septiembre de 1965. La diminuta fotografía mostraba el rostro anónimo de un hombre de unos cuarenta años, rubio y de espaldas anchas. A

Montalbano le pareció que había oído antes aquel nombre. Pero ¿cuándo? ¿En qué ocasión? Hizo un esfuerzo por recordar, en vano.

El pasaporte presentaba la peculiaridad de tener todas las páginas repletas de timbres y visados de entrada y salida de países orientales y africanos. ¡Pues no había viajado nada en dos años! ¡Ese hombre daba más vueltas que un trompo!

Émile Lannec. No conseguía quitárselo de la cabeza. Y de repente asoció aquel nombre con el mar. Lannec tenía algo que ver con el mar. No le extrañaría que lo hubiera conocido aquella vez que Livia se empeñó en ir a Saint-Tropez y a él le entraban ganas de pegarse un tiro a cada momento de la rabia que le daba encontrarse metido en un lugar tan vulgar.

—Esto me lo llevo —dijo, guardándose el pasaporte en el bolsillo.

En cambio, resultó de grandísima ayuda Gaetano Scimè, el cuarentón y experto recepcionista de noche.

—¿Fue usted quien registró al cliente?

—Sí, señor.

—¿Qué horario hace?

—De las diez de la noche a las siete de la mañana.

—¿A qué hora llegó este señor?

—Sobre las nueve y media de la mañana.

—¿Cómo es que todavía estaba usted de servicio?

Scimè abrió los brazos.

—Por casualidad. Mi compañero, el que hace el turno de día, es amigo mío. Tenía que acompañar a su mujer al hospital y me pidió que lo sustituyera hasta mediodía. De vez en cuando nos hacemos favores de ese tipo.

—¿Qué aspecto tenía el cliente?

—Exactamente como lo han descrito en la televisión. Tuve oportunidad de observarlo detenidamente cuando bajó para...

—Procedamos con orden, por favor. Cuando lo vio la primera vez, ¿qué le pareció?

El recepcionista lo miró con expresión de desconcierto.

—Perdone, pero ¿en qué sentido?

—¿Estaba nervioso, preocupado...?

—A mí me pareció de lo más normal.

—¿Cómo llegó?

—Creo que en taxi.

—¿Qué significa «creo»?

—Que desde aquí no veo la explanada y por lo tanto no pude ver el taxi. Pero, cuando entró, el cliente todavía llevaba la cartera en las manos, como si acabara de pagar la carrera. Y oí que se alejaba un coche.

—En su opinión, ¿de dónde venía?

—De Punta Raisi, del aeropuerto —respondió sin dudar. Y previendo la siguiente pregunta del comisario, añadió—: A las siete aterriza el avión de Roma. De hecho, una media hora después que él llegaron tres clientes de Roma. Por lo visto, el francés había salido del aeropuerto antes que los otros.

—¿Y cómo explica eso?

—Verá, solo llevaba una bolsa para un viaje de un día, equipaje de mano, mientras que los clientes que llegaron después llevaban maletas y por eso perdieron más tiempo esperando para recogerlas.

—Continúe.

—El francés estuvo aproximadamente una hora en la habitación y luego bajó.

—¿Hizo llamadas?

—A través de la centralita, no.

—¿Desde las habitaciones se puede llamar directamente, sin pasar por la centralita?

—Sí. Pero en ese caso las llamadas se cargan en la cuenta, y no hay ningún cargo en la de esa habitación.

—¿Sabe si llevaba teléfono móvil?

—No, no lo sé.

—Continúe.

—Como le decía, bajó y me dijo que le pidiera un taxi. Como estamos un poquito a desmano, el coche tardó unos veinte minutos en llegar.

—Y en ese tiempo, ¿qué hizo él?

—Se sentó a hojear una revista. Estaba... —Se interrumpió—. No, nada; disculpe.

—No lo disculpo. Termine la frase.

—Cuando bajó, me pareció que había cambiado ligeramente de humor.
—¿Cómo estaba?
—Pues... más alegre. Canturreaba.
—¿Como si hubiera recibido una buena noticia?
—Algo así.
—Debería haberse hecho usted policía.
—Gracias.
—¿Hablabas italiano?
—Se hacía entender. Luego llegó el taxi y el cliente se fue.
—¿Y desde entonces no ha dado señales de vida de ninguna forma?
—No, ni una llamada.
—¿Había hecho una reserva?
—No.
—Según usted, ¿cómo es que conocía este hotel?
—Hacemos mucha publicidad —respondió el director—. También en el extranjero.
—¿Ha habido llamadas para él estos días?
—Ninguna.
—¿Descarta que se haya alojado anteriormente en este hotel?
—Yo nunca lo había visto.
—¿Conoce al taxista que vino a recogerlo?
—Claro. Pippino Madonia, número catorce de la cooperativa.
—¿Dónde está la bolsa de viaje?
—Sigue en la habitación —contestó el director.
—Deme la llave.
—¿Quiere que lo acompañe?
—No, gracias.
Émile Lannec y el mar.

* * *

La habitación, en el tercer piso, estaba en perfecto orden. El baño también. Tenía un balcón desde el que se veía el mar y, a la izquierda, medio puerto. Estaba tan limpia que parecía que nadie la hubiera ocupado nunca. La bolsa, cuyo tamaño era más para un fin de semana que para un día, estaba cerrada

sobre un mueble. Montalbano la abrió. Una camisa, un par de calzoncillos y un par de calcetines limpios; en otro compartimento estaba la ropa sucia que Lannec se había quitado.

Pero lo que Montalbano no esperaba encontrar eran unos grandes prismáticos. Los cogió y los observó detenidamente antes de salir al balcón, apuntar con ellos hacia una barca de remos que era apenas un puntito, y enfocar. Aquellos prismáticos debían de tener un extraordinario aumento, porque el puntito se transformó en la cara de uno de los dos pescadores que iban en la barca.

Luego desplazó la mirada hacia el puerto.

En un primer momento no comprendió lo que estaba viendo; después se dio cuenta de que era la cubierta del Vanna, concretamente la abertura que conducía a la zona inferior.

Volvió dentro y vació la bolsa encima de la cama. Ni un papel, ni un documento, ni un billete, nada de nada. Lo guardó todo, incluidos los prismáticos, cerró la bolsa, la cogió, bajó al vestíbulo y se la dio al director.

—Esto guárdelo usted en depósito.

Ocho

En la cooperativa, en cuanto se identificó, lo enviaron al despacho del señor Incardona, el secretario. Un tipo con cara de funeral, perilla caprina y expresión antipática.

—Necesitaría hablar urgentemente con uno de sus socios, Madonia, el del taxi número catorce.

—Pippino es un hombre de bien —replicó Incardona a la defensiva.

—No lo pongo en duda, pero...

—¿No puede hablar conmigo?

—No.

—A estas horas seguro que está trabajando, y no me parece oportuno molestarlo.

—A mí, en cambio, sí me lo parece —repuso Montalbano, que empezaba a sentir que aquel sujeto estaba tocándole las narices—. ¿Lo dejamos aquí o vamos a hablar del asunto a la comisaría?

—Dígame.

—¿Tienen contacto con él?

—¡Naturalmente!

—Vaya a informarse y dígame dónde se encuentra ahora.

Lo dijo en un tono tal que el tipo se levantó sin rechistar y salió del despacho. Volvió al cabo de un momento.

—Ahora mismo está en la parada al lado del bar Vigàta.

—Dígale que me espere allí.

—¿Y si mientras tanto llega un cliente?

—Que se considere ocupado. Yo le pagaré la carrera que pierda.

* * *

En la parada había cuatro taxis. Y en cuanto Montalbano llegó, los cuatro taxistas, que estaban charlando, se volvieron a mirarlo con curiosidad. Por lo visto, el 14 les había hablado a sus colegas de él.

—¿Quién es Madonia? —preguntó asomándose por la ventanilla.

—Yo —dijo un cincuentón robusto sin un solo pelo en la cabeza.

Montalbano aparcó el coche con toda tranquilidad en uno de los sitios reservados para los taxis.

—Ahí no puede dejarlo —dijo un taxista.

—¡No me diga! —exclamó el comisario, poniendo cara de asombro.

Abrió la portezuela del taxi 14 y se sentó en el asiento del acompañante. El taxista, desconcertado, subió y ocupó el suyo.

—Arranque y vayámonos.

—¿Adónde?

—Se lo diré por el camino.

En cuanto se alejaron de la parada, Montalbano empezó a hablar.

—¿Recuerda que hace unos días lo llamaron por la mañana del hotel Bellavista para que recogiera a un cliente?

—¡Comisario, no pasa una mañana sin que me llamen!

—Era un hombre de unos cuarenta años, atlético, un buen mozo que... —
Se acordó de que llevaba el pasaporte en el bolsillo. Lo sacó y se lo enseñó.

—¡Un francés! —exclamó nada más ver la fotografía.

—¿Lo recuerda?

—¡Cómo no!

—¿Por qué?

—Porque no sabía adónde tenía que ir, o al menos eso me pareció a mí.

—Explíquese.

—Primero pidió que lo llevara al cementerio; bajó, entró, estuvo diez minutos y volvió. Después pidió que lo llevara a la entrada norte del puerto; bajó, desapareció diez minutos más y volvió. Luego me hizo ir a la estación; bajó, estuvo diez minutos y montó de nuevo en el coche. Finalmente dijo que lo llevara al restaurante Pez de Oro, donde se apeó y me pagó.

—¿Vio si entraba en el restaurante?

—No, señor; yo lo dejé allí parado, mirando alrededor.

—¿Qué hora era?

—Las doce y media pasadas.

—Muy bien. Repita exactamente el recorrido que hizo aquella mañana y después déjeme en el Pez de Oro. O mejor volvamos a la parada; yo cojo mi coche y lo sigo.

* * *

Pagó la carrera, aparcó su coche y regresó a donde el taxista había dejado a Lannec. Montalbano estaba convencido de que todas las vueltas que el francés le había hecho dar tenían un objetivo preciso: el de no revelar adónde pretendía ir realmente. Desde la puerta del restaurante un camarero le dirigió una mirada invitadora. Y Montalbano se dejó tentar.

Entró. El local estaba vacío; quizá era demasiado pronto. Se sentó en la primera mesa que encontró y abrió la carta. Prometía buenos platos, pero una cosa es escribir y otra hacer.

El camarero se acercó.

—¿Ya ha elegido?

—Sí. Pero antes debo pedirle una información.

Sacó del bolsillo el pasaporte y se lo tendió. El camarero miró largamente la fotografía.

—¿Qué quiere saber? —preguntó.

—Si hace unos días vino a comer aquí.

—No, no entró. Pero lo vi.

—Dígame todo.

—Perdone, pero ¿por qué? —La sonrisa le había desaparecido de la cara.

—Soy Montalbano, comisario de...

—¡Virgen santísima, es verdad! ¡Ahora lo reconozco!

—Entonces, dígame.

—Yo estaba fuera, como hace un momento, cuando llegó un taxi y bajó este señor. El taxi se fue y el pasajero se quedó parado delante de la acera. Parecía no saber adónde ir. Entonces me acerqué a preguntarle si podía ayudarlo en algo. ¿Y sabe qué me contestó?

—No.

—Exacto. Me dijo que no. Al cabo de un ratito echó a andar, giró a la derecha y dejé de verlo. Eso es todo. ¿Qué le traigo?

* * *

¡Maldita la hora en que había decidido comer en aquel restaurante asqueroso!
¡Y encima carísimo! En la cocina debía de haber un drogadicto en fase terminal o un criminal sádico con vocación de exterminador. Lo que no estaba recocado estaba quemado, desabrido o demasiado salado; el cocinero no acertaba una ni por equivocación.

Una pobre pareja que había entrado después que él empezó a mostrar signos de malestar después del primer plato: ella corrió al servicio, quizá a enjuagarse la boca, y él se bebió dos copas de vino para matar los sabores.

Una vez fuera, Montalbano giró a la derecha como había hecho Lannec, siguió recto y al poco, por una bocacalle, vio a lo lejos la entrada norte del puerto.

Se dirigió hacia allí. Nada más cruzar la barrera, se encontró frente al As de corazones y el Vanna.

Lannec y el mar.

Tuvo la absoluta certeza de que el francés había ido al puerto para encontrarse con alguien. Ignorando que iba a encontrar la muerte. Había hecho un viaje para llegar a la última cita de su vida.

De repente la comida le subió a la garganta en una regurgitación ácida y abrasadora. Solo había una solución. Fue hasta una pila de cajas de madera, se escondió detrás, se metió dos dedos en el gaznate y vomitó.

Salió nuevamente del puerto, deshizo el camino andado, subió al coche y se dirigió hacia la *trattoria* de Enzo. Fue al lavabo, se enjuagó la boca y se sentó.

—¿Qué le traigo? —le preguntó Enzo.

—Lo mejor.

* * *

—¡Ah, *dottori*! ¡Ah, *dottori*, *dottori*! ¡El *signor* y *dottori* Lattes ha *tilifoneado* cuatro veces preguntando por usía!

Otra vez con ese rollo de la identificación de los papeles destruidos.

—No he vuelto todavía. ¿Está Augello?

—No está aquí.

—¿Y Fazio?

—Sí, *signor*.

—Envíalo a mi despacho.

Al ver a Fazio, lo primero que el comisario advirtió fue que tenía un ojo morado.

—¿Qué te ha pasado?

—Un puñetazo.

—¿Y quién te lo ha dado?

—Nuestro amigo Zizì, ayer por la noche.

—Siéntate y cuéntame.

—*Dottore*, anoche, pasadas las nueve, me aposté en las proximidades de la taberna de Giacomino esperando que llegaran los del Vanna. Se presentaron pasadas las once.

—¿Quiénes eran?

—La tripulación en pleno: Álvarez, Ricca, Digiulio y Zizì. Yo entré al cabo de media hora. Ellos hablaban, reían, comían y bebían. El que más bebía era Zizì. En cierto momento se levantó y fue hacia mi mesa. Digiulio intentó detenerlo, pero él lo apartó de un empujón. Yo lo miraba. Se plantó delante de mí con las piernas abiertas y me dijo: «¿Qué cojones buscas, poli de mierda?». Habla bien el italiano. Es de esos que buscan camorra.

—¿Y tú qué hiciste?

—¿Qué podía hacer, *dottore* de mi alma? No podía hacerme el longuis; todos los de la taberna lo habían oído. No era cuestión de escurrir el bulto. Apenas había tenido tiempo de levantarme cuando el magrebí me estampó un puñetazo tal que fui a dar contra la pared. Esa vez fue Ricca el que intentó detenerlo, pero Zizì le propinó otro puñetazo a él. Ese tipo es un toro. De todos modos, yo aproveché su momento de distracción para darle una patada en los huevos. Zizì cayó al suelo retorciéndose de dolor y lo esposé.

—¿Y qué hiciste con él?

—Lo traje aquí y lo metí en un calabozo.

—¿Y ahora dónde está?

—Pues en el calabozo.

—¿Y qué hace?

—Duerme.

—Déjalo. Cuando despierte, me lo traes aquí. Quiero enseñarte una cosa.
Cogió el pasaporte y se lo pasó a Fazio, que lo ojeó.

—¿Quién es este Lannec?

—Hay un noventa y nueve por ciento de posibilidades de que sea el muerto de la zódiac.

Y se lo contó todo, empezando por la visita que le había hecho al doctor Pasquano y pasando por la siguiente a Zito, para terminar con la comida de pesadilla en el Pez de Oro.

Fazio tuvo una de sus rarísimas salidas ingeniosas:

—*Dottore*, ¿y no será que ese desgraciado comió en el Pez de Oro y ellos lo niegan porque lo envenenaron?

—Oye, ¿recuerdas si hemos tenido alguna relación con el tal Lannec?

—No, señor. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque no me resulta un nombre desconocido.

—Puede haberlo conocido en cualquier sitio, pero estoy seguro de que no ha sido aquí.

* * *

—¡Ah, *dottori, dottori!* ¡Madre mía, *dottori!* ¡Virgen santísima, *dottori*, qué cosas! ¡Me falta la respiración!

Catarella había llamado a la puerta a su estilo, o sea, prácticamente echando la puerta abajo, y ahora estaba delante del comisario atarantado a más no poder.

—¡Cálmate! ¿Qué ha pasado?

—¡Es el *tiniente* Sferlazza!

—¿Está al teléfono?

—¡No, *signor*; está aquí! Personalmente en persona.

—¿Qué quiere?

—Hablar con usía. Pero esté muy atento, *dottori*. ¡Los ojos bien abiertos, *dottori!*

—¿Por qué?

—No va vestido con el uniforme; ha venido de civil.

—¿Y qué quiere decir eso, según tú?

—¡Cuando el carabinero se presenta no uniformado, te hace pagar la cuenta por duplicado! ¡Eso es lo que se dice!

—No te preocupes. Hazlo pasar.

El teniente y Montalbano se conocían desde hacía tiempo. Y aunque no se lo decían, se tenían cierta simpatía. Se estrecharon la mano. Montalbano le ofreció asiento.

—Discúlpame si te molesto —dijo el teniente.

—¡Quita, hombre! Dime.

—He sabido que un tal Chaikri, de la tripulación del velero Vanna, ha agredido a uno de tus hombres y este lo ha arrestado. ¿Es así?

—Sí. Por otra parte, creo que vosotros también lo detuvisteis por orinar en un coche vuestro. —El comisario hizo una pausa—. Y lo soltasteis casi inmediatamente.

El teniente parecía un tanto incómodo.

—Esa es la cuestión. Poco después de encerrarlo, recibí una llamada del Mando Regional relativa precisamente a Chaikri.

—¿Qué querían?

—Saber si lo habíamos encerrado.

Montalbano se quedó perplejo.

—¿Y cómo se habían enterado en Palermo?

—Ni idea.

—No me parece un episodio que pueda interesar al Mando Regional.

—A mí tampoco.

—Continúa.

—Se lo confirmé, y ellos me dijeron que lo retuviera en el cuartel porque a la mañana siguiente vendría alguien de Palermo para interrogarlo.

—¿Por una meadita?

—Pues sí, yo también me quedé atónito, pero obedecí las órdenes.

—¿Y ese alguien llegó?

—Esa vez no. Me llamaron de nuevo para comunicarme que la persona que debía interrogar a Chaikri había sufrido un contratiempo, y me dijeron que me comportara con el detenido conforme a la ley. Así que fue denunciado y puesto en libertad.

—¿Y por qué has venido hoy aquí?

—Porque aquella persona ha llegado, está en el cuartel y quiere hablar con Chaikri.

—A ver si lo entiendo: ¿me estás pidiendo que te entregue al magrebí?

—Exacto.

—Ni hablar.

El teniente se mostró más incómodo.

—La persona que ha venido...

—¿Quién es?

—No lo sé; parece de las fuerzas antiterroristas. Como te decía, la persona que ha venido, al enterarse de que vosotros habíais arrestado a Chaikri, ha... cómo te diría... ha previsto que te negarías a entregármelo.

—No era muy difícil preverlo. ¿Y qué pretende hacer?

—Si te niegas, llamará al jefe superior.

—Y tú crees que el jefe superior...

—No creo que pueda decirle que no.

A Montalbano se le ocurrió entonces una idea.

—Podríamos llegar a un acuerdo.

—Dime.

—Yo os lo presto esta noche y mañana por la mañana me lo devolvéis.

—De acuerdo —accedió el teniente Sferlazza.

Montalbano levantó el auricular y le dijo a Fazio que fuera a su despacho.

Fazio entró y saludó al teniente sin manifestar sorpresa alguna. Seguro que Catarella le había contado a todo el mundo que había llegado un adversario al campo de Agramante.

—El teniente se llevará a Chaikri.

Fazio se quedó blanco como el papel.

—A sus órdenes —dijo en actitud militar.

Pero al cabo de cinco minutos se presentó de nuevo ante el comisario un poco nervioso.

—¿Quiere explicarme por qué...?

—No —respondió Montalbano cortante.

Fazio dio media vuelta y salió.

* * *

—Catarella, ¿ha vuelto el *dottor* Augello?

—Todavía no está aquí.

—Pero ¿esta mañana ha venido a la comisaría?

—Sí, *signor dottori*.

—¿Cuándo?

—Mientras usía estaba hablando con el *signor* Florentino.

—¿Y qué ha hecho luego?

—Yo le pasé a él una llamada para él, y él, o sea, el *dottori* Augello, al cabo de un ratito salió.

—¿Te acuerdas de quién era la llamada?

—El nombre se me ha olvidado, pero se trataba de un *tiniente* femenino de Capitanía.

Se le cayó el auricular de la mano.

¡Laura! ¡Se había puesto en contacto con Mimì Augello sin decirle nada! ¡Soslayándolo, como si él no existiera! ¡Como si jamás hubiera existido! Estaba enfadado, apenado, contrariado, dolido. ¿Por qué Laura actuaba tan mal? ¿No quería tener nada que ver con él? De repente la puerta pareció explotar: dio un golpetazo contra la pared e hizo saltar la pintura.

—Disculpe, *dottori*, dada la urgencia se me ha ido la mano.

—¿Qué quieres? —preguntó Montalbano, recobrando el aliento después del susto.

—En vista de que el *uricular* de su teléfono está fuera de su sitio y de que el *dottori* Augello ha llamado y no *si* lo podía pasar porque el *uricular* suyo de usted está fuera de su sitio y, por consiguiente, como daba el teléfono señal de ocupado a causa del *uricular* que está fuera de...

—¿Te ha dicho si volverá a llamar?

—Sí, *signor*. Dentro de cinco minutos.

Montalbano puso el auricular en su sitio.

* * *

—¿Salvo?

No respondió enseguida. Antes tenía que acabar de contar hasta mil para que se le calmaran los nervios y no agredirlo hablándole mal.

—¿Salvo?

—Dime, Mimì.

—Esta mañana me ha llamado de tu parte una...

—Lo sé todo.

No era verdad, no tenía ni puta idea, pero no quería que supiera que Laura lo había mantenido al margen.

—La chica, además de estar como está...

—¿Qué quieres decir?

—Dios mío, Salvo, pero ¿tú has visto qué maravilla?

—¿Tú crees? —Tono indiferente. Más aún, frunciendo la nariz con cara de asco.

—Salvo, no me digas que no...

—Sí, es mona; no te lo voy a discutir. Pero de ahí a llamarla maravilla hay una gran diferencia. En cualquier caso, ve al grano.

—Al grano iría yo con ella. Es más, creo que...

¡Y soltó una risita, el muy imbécil! Montalbano no podía dejarlo continuar; si no, empezaría a insultarlo.

—Dime qué se le ha ocurrido.

—Como ayer el Vanna repostó, Laura cree que podríamos presentarnos a bordo para realizar un control del carburante.

—No comprendo.

—Yo iría en calidad de representante de la empresa importadora. Encontraremos irregularidades, residuos que podrían comprometer el buen funcionamiento de los motores. Esa es la excusa.

—¿Y si te hacen hablar solo con el mecánico?

—Laura descarta esa posibilidad. Está segura de que en cuanto oiga hablar de los motores, la propietaria intervendrá.

—Pero ¿qué entiendes tú de carburantes?

—Hasta esta mañana, nada. Pero, comiendo, Laura me ha explicado unas cuantas cosas. Después de comer hemos ido a hablar con uno que es un verdadero experto, y esta noche Laura vendrá a mi casa y...

Montalbano no aguantó más; colgó de mala manera, se levantó y empezó a dar vueltas alrededor de la mesa soltando juramentos como un endemoniado.

¡Laura en casa de Mimì! ¡Y sin nadie más! ¡Ellos dos solos! ¡Y él le había dicho a Laura que Mimì era un hombre que sabía tratar a las mujeres! ¡Y seguro que eso había bastado para despertar su curiosidad, para que se sintiera tentada de ver si...! ¡No, más valía no pensar en las consecuencias, o estaría perdido! ¡Maldita la hora en que se le había ocurrido que la señora Giovannini y Mimì se conocieran!

¿Por qué se desesperaba de esa forma? ¡Él lo había querido! ¡Él mismo se lo había buscado! ¡Capullo, más que capullo! ¡Se la había servido a Mimì en bandeja de plata con sus propias manos!

Nueve

Llegó a Marinella después de una trifulca feroz con un automovilista que, al adelantarle, se había pegado tanto a él que había estado a punto de sacarlo de la carretera. Furioso, Montalbano lo había perseguido, alcanzado y adelantado, para acabar atravesado delante de él cerrándole el paso.

Bajó del coche con el pelo de punta y los ojos desorbitados y, gritando como un poseso, se abalanzó contra el desaprensivo conductor. Sin embargo, nada más verlo fuera del vehículo, el otro dio marcha atrás y acto seguido aceleró mientras él intentaba detenerlo manoteando. Por poco se cae al suelo.

Había quedado como el típico automovilista italiano, pero cuando le entró vergüenza por su comportamiento se justificó pensando que, si no para otra cosa, aquello le había servido para desahogarse.

Mientras abría la puerta, oyó sonar el teléfono. Fue a contestar convencido, vete a saber por qué, de que se trataba de una llamada de la comisaría.

—¿Sí?

—Perdone que lo moleste en casa —dijo una voz que sonaba como la de un cura—, pero como no he tenido noticias...

¿Quién era? No lo reconoció; esa voz le resultaba a la vez conocida y desconocida...

—Disculpe, pero ¿qué noticias quiere?

—¡Del niño, por supuesto!

—Oiga, creo que se ha equivocado de número. Esto no es el orfanato.

—¿No estoy hablando con el comisario Montalbano?

—Sí.

—Quería saber cómo está el pequeño, su hijo... ¿Cómo dijo que se llama?

¡Joder! ¡Era el peñazo de Lattes! Ya no se acordaba de que le había contado la trola del niño enfermo. ¿Y cómo puñetas le había dicho que se llamaba? Debía mantenerse en el terreno de las vaguedades.

—Ha habido una ligera mejoría, *dottore*. Gracias. Y disculpe por no haberlo reconocido enseguida, pero estoy tan preocupado, tan trastornado...

—Lo comprendo perfectamente, *dottor* Montalbano. Deseo de todo corazón que todo vaya bien, créame. Esperemos que la Virgen... Y manténgame informado, se lo ruego.

—No dejaré de hacerlo.

—En lo que se refiere a la revisión de aquellos expedientes...

El comisario cortó la comunicación. Por el momento no tenía ninguna gana de oír hablar de expedientes.

Antes de que tuviera tiempo de quitarse la chaqueta, el teléfono volvió a sonar. Seguro que Lattes pensaba que la línea se había cortado y llamaba otra vez.

Decidió ponerse en plan trágico para que dejara de tocarle los cojones durante algún tiempo.

Levantó el auricular y habló con voz alterada:

—Pero ¿cómo es posible? Mientras mi hijo, mi criatura, lucha entre la vida y la muerte en la cama de un hospital, ¿usted viene a hablarme de expedientes? Pero ¿es que no tiene corazón?

En el otro extremo de la línea hubo un silencio absoluto. Quizá se había propasado con el pobre Lattes. Sería mejor poner remedio.

—Perdone si he levantado la voz, pero debe comprender que con mi estado de ánimo... Mi pobre niño...

—¿Qué historia es esa? —lo interrumpió una voz femenina.

¡Livia!

Tuvo la impresión de que se le venía el mundo encima.

Colgó de inmediato. Estaba perdido. Acabado.

Livia no se creería que la historia del hijo era una solemne tontería inventada de cabo a rabo.

El teléfono volvió a sonar.

No, mientras no pusiera orden en su cabeza no podía hablar con ella. Se agachó y desenchufó la clavija.

Fue desnudándose y tirando la ropa al suelo mientras corría a meterse bajo la ducha. Necesitaba urgentemente refrescarse el cuerpo y la mente.

* * *

Cuando salió de la ducha, enchufó de nuevo la clavija. Ahora se sentía en condiciones de hablar con Livia sin dejarse llevar por los nervios. Le diría la verdad de forma sencilla, firme y clara. Y la convencería. Marcó el número.

—Livia, escúchame. Te juro que no tengo ningún hijo.

—De eso estoy convencida.

Montalbano no se esperaba esas palabras. Se sintió bastante aliviado. Así, todo sería más fácil.

—¿Cómo es que estás tan segura?

—No habrías sido capaz de mantener el secreto tanto tiempo. ¿Con quién creías que hablabas?

—Con el *dottor* Lattes. Verás, no sé si te lo había dicho, pero está empeñado en que estoy casado y tengo por lo menos dos hijos. No he logrado convencerlo de lo contrario. Así que le sigo la corriente. Y como quería endilgarme un muerto, me he inventado la historia de que uno de mis hijos está gravemente enfermo. Eso es todo.

—¿Eso es todo? —repitió Livia, gélida.

—Sí.

—¿Y no te da vergüenza?

—¡Dios mío, Livia! ¿El qué?

—Inventarte una grave enfermedad de tu hijo para...

—Pero ¿qué dices? ¡Tú misma acabas de decir que ese hijo no existe!

—Da igual. Para Lattes existe.

—¡Livia, estás diciendo disparates!

—No, cariño. Me parece despreciable que hayas usado a un niño enfermo como excusa para no hacer algo.

—Livia, intenta razonar. Ese niño es pura invención.

—¡Pero demuestra la calidad de tu alma!

—¿Qué significa eso?

—¡Significa que podrías haber buscado cientos de excusas, pero no esa! A mí, pese a que no soy madre, nunca me habría pasado por la cabeza.

Quizá Livia no anduviera tan errada. Es más, tenía toda la razón. Sobre los niños enfermos, aunque sean imaginarios, jamás hay que bromear. Pero Montalbano no quiso dar su brazo a torcer.

—Mira, no me parece que seas tú precisamente la más indicada para hablar de la calidad del alma.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—¡No viniste a mi funeral!

Livia se quedó sin respiración de golpe.

—¿Qué... qué dices? ¿Te has vuelto loco?

—No me he vuelto loco. Soñé que había muerto y que tú no habías querido venir desde Boccadasse.

—Pero ¡era un sueño!

—¿Y qué? ¡El niño también es fruto de la imaginación!

—¡Ah, no! ¡Hay una diferencia abismal entre una cosa y otra! Tú estabas muerto y tu alma descansaba en paz, mientras que a ese pobre niño lo estás haciendo sufrir y...

—Oye, dejémoslo correr. ¿Sabes qué voy a hacer? Mañana llamo a Lattes y lo aclaro todo.

—Haz lo que creas más conveniente, pero acaba con esa historia del niño. Y si tan importante es para ti, te pido disculpas por no haber ido a tu funeral. La próxima vez no faltaré.

Finalmente se echaron a reír.

—¿Cómo estás? —preguntó Montalbano.

—Bien. ¿Y tú?

—Ando liado con una investigación que... Por cierto, ¿tú conoces a un tal Émile Lannec?

—¿Con qué me sales ahora? ¿Es otra de tus bromitas?

—¿Lo conoces o no?

—Claro que sí. Lo conocimos juntos.

—¿Dónde?

—En Marinella.

No se acordaba en absoluto.

—¿En serio? ¿Y quién es?

—Se trata de... —Livia se interrumpió y soltó una risita—. Se trata de alguien exactamente igual a tu hijo.

—Venga, Livia, no...

Le había colgado. La llamó de nuevo, pero ella no respondió.

Ese era el castigo que le infligía por el asunto del niño inexistente. ¡Joder, esa mujer no le perdonaba una!

* * *

Como no tenía ni pizca de hambre, no fue a mirar el frigorífico ni el horno. En lugar de eso, cogió la botella de *whisky*, un vaso y el paquete de tabaco, y se sentó en la galería.

Émile Lannec.

Entró, cogió el pasaporte del francés y volvió a sentarse fuera.

Por lo que indicaban los visados, Lannec había estado tres veces en Sudáfrica, dos veces en Namibia, que no tenía ni idea de dónde se encontraba, cuatro veces en Botsuana, que tampoco sabía dónde estaba, además de en Marruecos, Argelia, Túnez, Libia, Egipto, el Líbano y Siria. Faltaba Israel para que hubiese recorrido todos los países de la costa mediterránea de África.

¿Qué negocios tenía el señor Lannec?

Terminó el primer *whisky*, se levantó, fue por un atlas y buscó Namibia y Botsuana. Eran dos países pegados al norte de Sudáfrica.

Y de repente ese nombre, Sudáfrica, le hizo recordar que el Vanna también había estado allí. Se lo había dicho Laura. Sintió que se le encogía el corazón.

¡Laura!

En esos momentos estaba a solas con Mimì. Seguro que ya habían acabado de cenar, ¡y figúrate si Mimì no iba a aprovechar la ocasión! ¿Hablar de carburantes? ¿Estudiar el camuflaje?... ¡Ja! ¡Ese era todo un donjuán! A esas horas igual estaba estrechándola entre sus brazos...

Para borrar la imagen, se acabó el vaso de un trago.

La única solución era concentrarse como un gurú indio en el caso Lannec. Lo consiguió con cierta dificultad.

¿Podía haber una conexión entre Lannec y el Vanna? Pero cuando el Vanna llegó al puerto, Lannec llevaba un montón de tiempo muerto. Además, la escala del Vanna no estaba prevista. ¿Entonces...? ¿A quién pretendía ver Lannec? ¿Sería posible que no se acordara de haberlo conocido precisamente en Marinella?

¿Qué le había dicho Livia?

Que Lannec era justo como el niño que él se había inventado. «Un momento, Montalbà, para. Céntrate, céntrate». Con esa frase, Livia le había dicho implícitamente que Lannec no existía en la realidad, que era imaginario.

Se le encendió una bombilla en la cabeza. ¡Un personaje inventado! ¡Un personaje de novela!

Se levantó de un salto, entró y se plantó delante de la librería. Tenía que tratarse de un libro que había leído a la vez que Livia.

Casi independientemente de su cerebro, su brazo derecho se levantó para coger un volumen de cubierta azul celeste: *Los Pitard*, de Georges Simenon, una obra maestra. Le había gustado mucho, tanto que la había leído otras dos veces por su cuenta. Lo abrió.

Ahí estaba, el protagonista de la novela, el capitán Émile Lannec de Ruán, propietario de un viejo vapor, el Rayo del cielo.

Hojeó el libro, del que ahora ya se acordaba. Contaba una historia maravillosa, pero no guardaba ninguna relación con la investigación que tenía entre manos.

¿Se trataría de una coincidencia que la víctima del asesinato se llamara justo igual que el personaje de Simenon? No; ¿cuántas probabilidades había? ¿Una entre mil millones?

¿O bien adoptar ese nombre que, total, nadie reconocería, había sido una broma del francés?

En cualquier caso, valía la pena comprobar la autenticidad del pasaporte. Pero ¿ninguno de los que habían puesto los visados había advertido que se trataba de un documento falso? En fin, era posible.

Volvió a sentarse en la galería y se sirvió otro *whisky*.

Pero, en resumidas cuentas, saber si el pasaporte era auténtico o falso, ¿qué importancia tenía? Que la víctima se llamara Lannec, Parbon o

Lapointe, ¿de qué servía a la investigación?

No; estaba equivocado: sí servía. Y mucho. Porque si los colegas franceses descubrían quién había falsificado el pasaporte, a partir de eso podrían llegar hasta la verdadera identidad de Lannec. Y a lo mejor se trataba de alguien que ellos conocían, y a lo mejor...

Llegado a ese punto fue incapaz de seguir razonando. Se sentía un poco borracho. Es más, no es que lo sintiera, sino que efectivamente lo estaba. Se levantó, notó un ligero mareo, volvió dentro, cerró la cristalera, se fue a la cama y al cabo de poco estaba profundamente dormido.

* * *

Hacia el amanecer tuvo un sueño.

Se encontraba en la azotea de una casa desconocida, de noche, con unos prismáticos que dirigía hacia una ventana iluminada que sabía era el dormitorio de Mimì Augello.

Acababa de enfocarlos cuando una sombra negra se interponía y tapaba por completo la luz de la ventana.

¿Qué podía ser? Mirando mejor, descubría que lo que obstaculizaba la visión era un ave de gran tamaño, una gaviota posada sobre una antena de televisión.

Cuando estaba perdiendo la esperanza, el ave echaba a volar, y de improviso aparecía ante él la ventana. No se veía la cama, pero proyectadas en las paredes de la habitación había dos sombras, una masculina y otra femenina, y estaban haciendo el amor... ¡Mimì y Laura!

Despertó de golpe.

Curiosamente, en vez de enfurecerse por la traición de la teniente, se quedó perplejo pensando en un detalle del sueño: el ave que, con su llegada, le había impedido ver más allá. ¿Qué significaba? Porque estaba seguro de que significaba algo.

Se levantó, abrió la cristalera y salió a la galería.

El día no podía presentarse con mejores intenciones: ni una nube, ni un soplo de viento. La barca del pescador matutino amigo suyo ya estaba mar adentro y, por unos instantes, un motopesquero que entraba en el puerto pasó

por delante y la hizo desaparecer. Al cabo de un momento, al desplazarse el motopesquero, apareció de nuevo.

Fue entonces cuando, en cuestión de segundos, Montalbano comprendió el significado del sueño. Se vio de pie, con los prismáticos de Lannec en la mano, mirando hacia el puerto.

¿Qué había visto? La escotilla de la cubierta del Vanna, desde la cual se bajaba a la sala común. Pero si el Vanna no hubiera estado, ¿qué habría visto? Habría visto al As de corazones. Y el día que Lannec llegó a Vigàta, el Vanna todavía no estaba en el puerto.

¿No cabía la posibilidad de que Lannec hubiera ido a verse con alguien del As de corazones? ¿Y de que mediante los prismáticos, sin necesidad de hacer llamadas siempre peligrosas, hubiera recibido instrucciones sobre la hora y el lugar del encuentro?

En cuanto fueron las seis y media, buscó en el listín telefónico el número del hotel Bellavista y llamó.

—¿Es usted el señor Scimè?

—Sí. ¿Quién llama?

—Soy Montalbano.

—Buenos días, comisario. Dígame.

—Disculpe si lo molesto, pero el otro día se me olvidó preguntarle una cosa.

—Usted dirá.

—Cuando Lannec llegó, ¿le pidió algo especial?

El recepcionista no contestó enseguida.

—¿No lo recuerda o no...?

—Verá, comisario, ha pasado un poco de tiempo y... ¡Sí, ya sé! Me pidió una habitación con vistas al mar.

—¿Dijo exactamente eso?

—Pues ahora que lo pienso... Me pidió una habitación con vistas al puerto.

¡Bingo!

* * *

Así pues, resumiendo, le indican a Lannec que cuando llegue a Vigàta, tiene que ir, provisto de unos potentes prismáticos, al hotel Bellavista y pedir una habitación con vistas al puerto. Desde el As de corazones, donde saben la hora aproximada de llegada del francés, ponen a alguien de guardia con otros prismáticos o un instrumento similar.

En cuanto Lannec aparece en el balcón, desde el As de corazones se comunican con él. ¿Cómo? ¿Con unos prismáticos como los que tiene el francés, desde el barco podrían darle instrucciones hasta escribiéndolas en una pizarra!

Lo citan delante del restaurante Pez de Oro. Lannec hace que el taxista dé unas cuantas vueltas para despistar, y llega al lugar establecido. Después echa a andar y gira a la derecha. En este punto de la reconstrucción de los hechos, al comisario no le cupo duda de que al doblar la esquina había un coche esperando a Lannec para llevarlo hasta el barco.

¿Por qué con un coche y no a pie, dado que está a cuatro pasos? Probablemente porque, como tenían que pasar por delante del policía de guardia en la entrada norte, dentro de un automóvil era más fácil pasar inadvertido, tapándose parcialmente la cara, por ejemplo, fingiendo dormir o leer un periódico...

El francés sube a bordo. Hablan de lo que tienen que hablar y probablemente no se ponen de acuerdo. Y entonces deciden quitarlo de en medio.

O bien el destino de Lannec ya estaba decidido antes de que partiera y el viaje solo sirvió para acabar en manos de sus verdugos. Estos lo invitan a comer y lo envenenan. Sin embargo, ¿por qué utilizar veneno para ratas?

Obviamente no podían dispararle. La detonación podría haber atraído la atención de alguien, un pescador, alguien que pasara en ese momento por el muelle. Pero ¿no habría sido más lógico acuchillarlo? No; eso habría dejado manchas de sangre por todas partes, manchas que se habrían encontrado en caso de haber una investigación. ¿Y estrangularlo? Un hércules como el que había visto a bordo del As de corazones habría podido hacerlo con una sola mano.

Lo del veneno era extraño. Había que pensarlo con más detenimiento.

En cualquier caso, una vez muerto, lo desnudan, le destrozan la cara y lo esconden en algún sitio. La mañana del temporal piensan que es la idónea para librarse del cadáver.

Ponen el barco en marcha y dan unas vueltas por el puerto. Entretanto hinchán un bote a estrenar, meten dentro el cuerpo y, cuando llegan al faro del muelle de levante, lo echan al mar, convencidos de que la corriente se lo llevará mar adentro.

Pero tienen la mala suerte de que el Vanna, que se dirige hacia el puerto, se cruza con el bote.

* * *

Montalbano se sintió satisfecho de la reconstrucción. Y sobre todo se alegró de haber conseguido no pensar durante una hora larga en Laura, en Laura abriendo los ojos y sonriéndole a Mimì, tendido a su lado...

Diez

Subió al coche y fue directamente a la Jefatura Superior de Montelusa, sin pasar por la comisaría.

Por suerte, el despacho al que quería ir estaba en el lado opuesto al que ocupaba el jefe superior, de manera que no corría ningún peligro de encontrarse con el pesado de Lattes.

De todos modos, puesto que antes o después volverían a verse, ¿cómo podía resolver el asunto de una vez por todas? Le había prometido a Livia que le diría a Lattes la verdad, o sea, que no tenía ni mujer ni hijos, y que era soltero aunque estaba comprometido desde hacía años, pero ¿acaso no se lo había dicho y repetido al menos cinco veces y él parecía no oírlo, y cuando se encontraban de nuevo cara a cara volvía a las andadas y le preguntaba cómo estaba la familia? Así que intentar convencer a Lattes era malgastar saliva.

Aunque quizá hubiera una manera: presentarse ante él una mañana vestido de luto riguroso y con barba de varios días, y decirle entre lágrimas que su mujer y sus hijos habían muerto en un accidente de tráfico. Sí, esa parecía la única solución. Pero ¿no le echaría Livia otra bronca? ¿No lo acusaría como mínimo de haber exterminado a la familia? ¿Valía la pena? No; tenía que pensar en otra cosa.

Mientras tanto, había llegado. Entró por una puerta trasera, subió dos tramos de escalera y se detuvo ante una mesa tras la cual estaba sentado un agente al que conocía.

—¿Está el *dottor* Geremicca?

—Sí, el comisario está en su despacho. Puede pasar.

Llamó a la puerta y entró.

Attilio Geremicca, un cincuentón flaco como un palo que fumaba unos puros apestosos (Montalbano estaba convencido de que se los preparaban ex

profeso mezclando tabaco con mierda de gallina), estaba mirando un billete de cincuenta euros a través de una especie de microscopio gigante colocado sobre un mostrador.

Levantó los ojos y, al ver a Montalbano, fue a su encuentro con los brazos abiertos. Ambos se abrazaron, contentos de volver a verse.

Después de haber charlado un poco de esto y lo otro, Geremicca le preguntó si necesitaba algo. Y el comisario, tendiéndole el pasaporte de Lannec, lo puso al corriente del caso.

—¿Y qué quieres de mí?

—Saber si este pasaporte es auténtico o no.

Geremicca lo observó atentamente mientras encendía un puro.

Montalbano pensó que no podría aguantar mucho tiempo sin respirar, de modo que fingió estornudar para llevarse el pañuelo a la nariz y ya no lo apartó de ahí.

—No resulta fácil darte una respuesta —dijo Geremicca—. Pero, si no es auténtico, en parte lo ha falsificado un verdadero maestro. Mira cuántas fronteras ha cruzado sin despertar sospechas.

—Entonces, ¿te inclinas por la autenticidad?

—Yo no me inclino por nada. ¿Sabes cuántos andan por ahí durante años con pasaportes falsos? ¡Decenas y decenas! Y este Lannec...

—Sobre el nombre quería decirte una cosa que quizá signifique algo.

—Dispara.

—He descubierto que Émile Lannec, nacido en Ruán, comparte nombre y lugar de nacimiento con el protagonista de una novela de Simenon. ¿Puede ser útil este dato?

—No sé qué decirte. Oye, ¿podría quedármelo unos días?

—No muchos. ¿Con una semana tienes suficiente?

—Sí.

—¿Qué quieres hacer?

—Hablar con un colega francés que es especialista en la materia.

—¿Se lo mandarás?

—No hace falta.

—Pero ¿cómo se las va a arreglar tu colega para averiguar si el papel y los...?

Geremicca sonrió.

—Pero, Salvo, ¡un pasaporte no es un billete de banco! Por regla general, los falsificadores de pasaportes trabajan con documentos auténticos, robados a alguien o sustraídos ilegalmente de algún organismo oficial, todavía vírgenes. Por eso he dicho que me parece obra de un maestro solo en parte. Además, si mi colega francés necesita más información, está internet. No te preocupes; te he dicho que con una semana tengo suficiente. Una semana como máximo.

* * *

Una vez en la comisaría, lo primero que hizo fue mandar que Fazio se presentara inmediatamente en su despacho.

—¿Los carabinieri nos han devuelto a Chaikri?

—Sí, señor *dottore*. Está aquí.

Iba a decirle que se lo llevara al despacho cuando sonó el teléfono.

—Espera un momento —dijo, levantando el auricular.

—¡Ah, *dottori*! Está al *tilífono* el fiscal Gommaseo, que quiere hablar con...

—Está bien, pásamelo.

—¿Montalbano?

—Dígame, *dottore*.

—Oiga, quería advertirle que ayer por la tarde estuvo aquí, bastante enfadada, la señora Giovannini, la propietaria del Vanna... una bellísima mujer, ¿la tiene presente?

—Sí, la tengo presente, *dottore*.

—Es una dominadora, estoy convencido.

Montalbano no lo entendió.

—¿Dominadora de qué?

—¡Pues de su pareja, amigo mío! En la intimidad seguro que usa látigo, pantalones de cuero y tacones de aguja, seguro que trata a su compañero como a un animal, que llega incluso a ponerle el bocado y montarlo...

A Montalbano le entró la risa, pero consiguió contenerse. Las palabras del fiscal le hicieron ver, por un instante, a Mimì desnudo, tumbado sobre la alfombra, y a la señora Giovannini poniéndole el pie en la espalda... ¡Ah, las

fantasías sexuales del fiscal Tommaseo! ¡Al cual, pobrecillo, no se le conocía ninguna mujer! En ese momento, mientras se imaginaba a Livia Giovannini, debía de tener los ojos desorbitados, las manos trémulas y un hilillo de baba en las comisuras de la boca.

—Sea como sea, le decía que ayer vino a verme. Afirmó que estamos reteniendo su barca en el puerto más allá de todo límite, que estamos cometiendo un auténtico abuso de autoridad, que ellos no tienen nada que ver con el homicidio; lo único que hicieron fue recoger un cadáver del mar. Y efectivamente...

—¿Y cuáles son sus conclusiones?

—A eso voy: quería comunicarle que me siento más que inclinado a decirles que pueden irse cuando quieran.

—Pues yo no estaría...

—Montalbano, mire que no tenemos nada para seguir reteniéndola. Además, ¿para qué? Estoy convencido de que ni ella ni nadie de la tripulación está implicado en el delito. Si usted lo ve de otro modo, dígamelo, pero motivándolo. ¿Y bien?

Teniendo en cuenta que Tommaseo no sabía nada de la supuesta Vanna y las sospechas que había suscitado sobre el velero, su conclusión era más que correcta. Sin embargo, el comisario no podía permitir que el Vanna se le escapara.

—¿Puede concederme dos días más?

—Solo uno. Es el máximo que puedo concederle. Pero explíqueme el motivo de su petición.

—¿Puedo pasar por su despacho pasado mañana?

—Lo espero.

Tenía que conformarse con un día. Colgó y le dijo a Fazio que fuera a buscar a Chaikri.

Un solo día. Aunque si Mimì actuaba con habilidad, quizá consiguiera retener a la señora Giovannini una semana.

* * *

Ahmed Chaikri era un hombre de veintiocho años al que costaba identificar como magrebí porque era calcado a un marinero siciliano. Parecía

experimentado, tenía una mirada inteligente y una elegancia natural. A Montalbano le cayó bien.

—Quédate y siéntate —le dijo el comisario a Fazio, que se disponía a irse.

—Y usted también tome asiento, Chaikri.

—Gracias —dijo educadamente.

Montalbano abrió de nuevo la boca para hablar, pero el magrebí se le adelantó.

—Antes que nada, quisiera pedir perdón al señor aquí presente por haberle dado un puñetazo. —Hablaban un italiano perfecto—. Le ruego que acepte mis disculpas. Desafortunadamente, a mí el vino...

—El siciliano —lo interrumpió Montalbano.

Chaikri lo miró desconcertado.

—No comprendo.

—Decía que será el vino siciliano, o como mucho el griego, el que le produce ese efecto.

—No; verá...

—Oiga, Chaikri, no pretenderá decirme que el vino de... no sé... de Alexander Bay, en Sudáfrica, por decir la primera ciudad que me viene a la cabeza, lo coloca tan fácilmente...

Chaikri parecía atónito.

—Pero yo no...

—Voy a ponerle un ejemplo clarificador. El vino que bebe en Alexander Bay no lo obliga a emprenderla a puñetazos con... no sé... los policías locales. ¿No es así?

Las palabras de Montalbano tuvieron un efecto doble. En Fazio, que aguzó el oído al advertir que el comisario no hablaba por hablar sino que perseguía un objetivo concreto. Y en Chaikri, que al principio se sobresaltó por la sorpresa y después se esforzó en fingir que no lo entendía.

—Está bien, puede irse —dijo Montalbano.

Esta vez, Chaikri se quedó boquiabierto.

—¿No va a denunciarme?

—No.

—Pero si he provocado y pegado a un...

—Por esta vez lo dejaremos pasar. Los carabineros ya se han encargado de denunciarlo, ¿no?

—Sí.

—Y ayer lo interrogaron en el cuartel, ¿verdad?

—Sí.

Montalbano se echó a temblar por dentro. Había llegado al punto en que debía decir la frase decisiva, la que le permitiría saber si se había equivocado en toda la línea de investigación o había dado en el clavo.

—Si vuelve a verla, y estoy seguro de que volverá a verla o al menos a hablar con ella, dele recuerdos de mi parte.

Chaikri palideció y se agitó en la silla.

—¿A quién?

—A la señorita... disculpe, a la persona que ayer lo, llamémoslo así, interrogó.

En la frente de Chaikri aparecieron unas gotas de sudor.

—No... no comprendo.

—No tiene importancia. Buenos días. —Dirigiéndose a Fazio, el comisario añadió—: Ponlo en libertad.

* * *

Naturalmente, en cuanto Chaikri se hubo ido, Fazio regresó al despacho de Montalbano.

—¿Me explica qué es toda esa historia?

—Después de haber hablado con el teniente Sferlazza, he llegado a la conclusión de que Chaikri es la persona que informa a la supuesta Vanna de lo que sucede a bordo del velero. Seguro que fue él quien la avisó de que habían tenido que cambiar de ruta a causa del temporal y que por esa razón se dirigían hacia Vigàta.

—¿Y cómo lo hizo?

—No sé; quizá con un móvil por satélite. Y Vanna se trasladó para encontrarse con él. Pero la zódiac con el cadáver impidió que se produjera la cita. Entonces Chaikri se las arregló para que lo detuvieran los carabineros, reveló quién era y lo pusieron inmediatamente en contacto con Vanna. Y ayer ella pudo verlo por fin.

—¿Y por qué se lio a puñetazos también conmigo?

—Porque es un chico bastante inteligente. Quiere aparentar ante sus compañeros que el vino de esta zona le produce siempre el mismo efecto: pelearse con los agentes del orden, sean carabineros o policías.

—Pero entonces, ¿esa Vanna quién es?

—Sferlazza apuntó hacia la lucha antiterrorista, pero creo que me mintió. Seguro que en ese velero hay algo sospechoso y Vanna anda detrás de ello. ¿Y sabes qué?

—Dígame.

—En mi opinión, los del As de corazones están metidos hasta el cuello en el asunto del muerto de la lancha.

Fazio se sentó.

—Cuéntemelo todo.

* * *

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Fazio cuando el comisario acabó de ponerlo al corriente.

—Mientras que del Vanna sabemos bastantes cosas, respecto al As de corazones estamos a oscuras. Así que es preciso averiguar algo cuanto antes.

—Puedo encargarme.

—De acuerdo, pero necesitas un punto de inicio. Haz una cosa: ve a Capitanía y habla con la teniente Belladonna. Que te diga todo lo que saben sobre el As de corazones. Ve ahora mismo; cuanto menos tiempo perdamos, mejor.

No se sentía con ánimos para ir personalmente. No habría soportado ver a Laura, sobre todo después de haber pasado la noche con Mimì, como sin duda había hecho.

—¿Y si me pregunta para qué necesitamos esa información?

—Creo que puedes hablar libremente con ella. Dile que tenemos sospechas fundadas de que el homicidio se produjo a bordo del barco.

* * *

Eran las doce y media cuando sonó el teléfono directo. Era Mimì Augello.

—La cosa está encarrilada.

—¿En qué sentido?

—En el sentido que queríamos. Laura me ha llevado a bordo y se ha marchado enseguida; yo he contado la mentira del carburante y he ordenado llenar un bidón. Livia Giovannini no se ha apartado de mí ni un momento. Entre otras cosas, he llegado al convencimiento de que entiende realmente de motores.

—¿Desde dónde llamas?

—Desde el muelle. He bajado para llevar el bidón al coche, pero tengo que volver a bordo porque me han invitado amablemente a comer. La señora me ha echado el ojo y no quiere soltarme.

—¿Qué piensas hacer?

—El capitán comerá con nosotros, pero confío en encontrar un momento para invitarla a cenar esta noche a ella sola. Creo que vendrá; me parece que esa quiere comerme vivo.

—Oye, Mimì, Livia Giovannini ha ido a ver a Tommaseo para protestar porque, según ella, están reteniendo el velero ilegalmente. Tommaseo quería darle permiso para irse, pero he conseguido un día. Así que disponemos de muy poco tiempo, ¿me explico?

—Perfectamente.

* * *

Hacía un día espléndido; debían de haberle dado al cielo una mano de pintura fresca durante la noche, pero en cuanto se metió en el coche para ir a la *trattoria* de Enzo, a Montalbano lo asaltó tal ataque de melancolía que, de repente, todo, cielo, casas y personas, se volvió gris, como en el más profundo invierno.

Hasta la poca hambre que tenía se le pasó de golpe. No, no era cosa de ir a ningún sitio a comer; lo único que podía hacer era volver a Marinella, desconectar el teléfono, desnudarse, meterse en la cama, taparse la cabeza con la manta y suprimir de esa forma el mundo entero. Pero ¿y si Fazio tenía algo importante que decirle?

Bajó en busca de Catarella.

—Si preguntan por mí, estoy en casa. Volveré a la comisaría hacia las cuatro.

Montó de nuevo en el coche y se fue.

* * *

Naturalmente, pese a estar más tapado que una momia, no pudo conciliar el sueño.

No hacía falta preguntarse por la causa de ese acceso de melancolía. Lo sabía perfectamente. Tenía un nombre preciso: Laura. Quizá hubiera llegado el momento de considerar el asunto del modo más desapasionado, siempre y cuando consiguiera razonar desapasionadamente.

Laura le había gustado mucho a primera vista, había sentido con emoción, casi con turbación, algo que solo había experimentado en los años de juventud. Pero eso no debía de sucederle solamente a él; probablemente les sucedía a muchos hombres que habían traspasado con creces la frontera de los cincuenta. ¿De qué se trataba? Sin duda de un desesperado —e inútil— intento de volver a sentirse joven, como si ese sentimiento pudiera borrar los años.

Y era precisamente eso lo que enturbiaba las aguas, porque uno ya no conseguía distinguir si el sentimiento era verdadero, auténtico, o falso, artificial, porque nacía de la ilusión de poder retroceder en el tiempo. ¿No le había ocurrido lo mismo con la amazona? Con Laura no había habido manera de aclararse las ideas. Estaba dejándose arrastrar por la corriente que él mismo había creado cuando sucedió lo imprevisible. Es decir, cuando Laura le dijo que sentía por él la misma atracción.

¿Y cuál había sido su reacción? Sentirse asustado y feliz al mismo tiempo. ¿Feliz porque la joven lo quería o porque había conseguido, a su edad, enamorar a una joven? Había una diferencia abismal entre ambas cosas. Y estar asustado por las consecuencias, ¿no significaba que la intensidad de ese sentimiento era tan baja que aún le permitía razonar? En el amor, la razón se deja a un lado, no se le presta oídos. Si puedes existir, estar presente, obligarte a ver los aspectos negativos de la relación, eso significa que no se trata de verdadero amor.

Aunque quizá las cosas no eran exactamente así. Quizá el miedo procedía de la sensación experimentada al oír las palabras de Laura: la de no estar a la altura de la situación, la de no tener ya fuerzas para resistir la violencia de un sentimiento auténtico.

Y esta última consideración, tal vez la más acertada de todas, despertó en él una sospecha. Cuando pensó utilizarla para poner a Mimì en contacto con la propietaria del velero, ¿acaso no lo había hecho con otra intención inconfesable?

«¿Te atreves a decirlo claramente, Montalbà? ¿No sabías que haciendo que Laura y Mimì se conocieran todo el asunto corría el peligro de tomar otro cariz? ¿No lo habías calculado? ¿O bien (pero trata de ser sincero) lo habías calculado al milímetro? ¿No albergabas la secreta esperanza de que Laura acabase en la cama de Mimì? ¿No se la has servido prácticamente en bandeja?».

A esta última pregunta no supo dar respuesta.

Estuvo media hora más acostado y luego se levantó. Y descubrió que había obtenido un magnífico resultado: la melancolía, en vez de pasársele, había aumentado hasta transformarse en un estado de ánimo sombrío. El ánimo sombrío del ocaso, como decía Vittorio Alfieri.

Once

—¡*Dottori*, ah, *dottori*! El *dottori* Pisquano llamó porque quería hablar con usía personalmente en per...

—¿Te dijo si volvería a llamar?

—... sona. No, *siñor dottori*. Fue otra cosa lo que me dijo.

—¿Qué?

—Que lo llame usía al Instituto de *Midicina* Letal.

Montalbano tardó un momento en comprender.

—No es «*midicina* letal», Catarè; es «medicina legal».

—Lo que es es, *dottori*; basta con que usía me entienda.

—Llama al Instituto, y cuando tengas al doctor en línea me lo pasas.

El teléfono sonó al cabo de diez minutos.

—Doctor, ¿qué pasa? —preguntó el comisario.

—¿Le sorprende?

—Ya lo creo. Una llamada suya es algo tan raro, tan especial, que igual es que mañana va a haber un terremoto.

—¡Qué ingenioso! Pues verá, como la montaña no ha ido a Mahoma, Mahoma va a la montaña.

—Doctor, pero en este caso concreto la montaña no tenía ningún motivo para ir a Mahoma.

—Es verdad. Razón por la cual esta vez me ha correspondido a mí ir a tocarle los cojones.

—¡Adelante! Será a cambio de las veces que se los he tocado yo a usted.

—¡De eso nada, amigo mío! ¡No se pase de listo! ¡Yo todavía tengo crédito! No puede comparar las continuas y superlativas tocadas de cojones que he tenido que soportar de usted con...

—Vale, vale... No me tenga en ascuas.

—¿Ve como la vejez le afecta? Antes no aguantaba las frases hechas y ahora las emplea. En fin, dejémoslo. Estoy escribiendo el informe sobre el desconocido encontrado en la zódiac.

—Por cierto, aprovecho para comunicarle que ya no es desconocido. He encontrado su pasaporte, donde pone que se llama Émile Lannec, que es francés, que nació en...

—Oiga, a mí me la refanfinfla.

—¿El qué?

—Pues cómo se llama, que es francés... Para mí es un simple cadáver y punto. Quería decirle que he realizado un segundo examen autopsico porque había algo que no me convencía.

—¿Y qué era?

—Observé, pese a que le habían destrozado la cara, ciertas cicatrices... En pocas palabras, que se la había cambiado.

—¿Cambiado?!

—¿Ese «cambiado» expresa asombro o es que no entiende a qué me refiero?

—Doctor, he entendido perfectamente que se refiere a la cara.

—¡Menos mal! ¿Ve como todavía es capaz de comprender alguna cosa?

—¿Está seguro de que le habían hecho esa operación?

—Más que seguro. Y no fueron pequeños retoques, mire lo que le digo, sino una transformación sustancial.

—Pero entonces, ¿por qué...?

—Oiga, a mí no me interesan sus porqués. No soy yo quien debe proporcionarle respuestas. Es usted quien debe dárselas a sí mismo. ¿O acaso, debido a la avanzada edad, sus células cerebrales se han dividido tanto que...?

—Doctor, ¿sabe lo que le digo?

—No siga. Intuyo perfectamente lo que quiere decirme, y yo le digo lo mismo.

* * *

Aunque la información facilitada por Pasquano fuera correcta, no alteraba mucho el cuadro general. Que la cara fuese la que la madre naturaleza había

concedido al francés o que, en cambio, se tratara de una falsa, cambiada, ¿qué diferencia suponía desde el punto de vista de la investigación? Quienes lo habían matado querían que la cara del cadáver, tal como era, no fuese reconocida enseguida. ¿Por qué?

Ya se había formulado esa pregunta, pero quizá valiera la pena volver sobre ella: sin duda porque se dieron cuenta, al registrarlo después de muerto, de que Lannec no llevaba encima el pasaporte. Y con toda la razón, dedujeron que lo había dejado en el hotel. Por consiguiente, si la cara del muerto aparecía en la televisión o los periódicos, a los del hotel les resultaría...

¡Un momento, Montalbà!

Buscó en la guía telefónica el número del hotel Bellavista. Una vez encontrado, lo marcó.

Contestó una voz desconocida. Debía de ser el recepcionista de día.

—Soy el comisario Montalbano.

—Dígame.

—¿Está el señor Toscano?

—Ha llamado para decir que hoy no pasará por aquí. Puede encontrarlo en la inmobiliaria.

—¿Le importa darme el número?

El empleado se lo dio y él llamó.

—¿Señor Toscano? Soy Montalbano.

—Buenas tardes, comisario.

—Tengo que hacerle una pregunta muy importante para mí.

—Estoy a su disposición.

—Piénselo bien. El día que llegó Lannec, ¿sucedió algo extraño en el hotel durante la noche?

Toscano guardó silencio un momento.

—Pues... ahora que lo pienso, sí. Pero fue una cosa que... en la cual no...

—Dígame.

—Verá, el hotel está más o menos aislado. Tres meses después de inaugurarlos, una noche en plena temporada entraron unos ladrones que

desvalijaron la caja fuerte donde teníamos el dinero y las joyas de los clientes.

—¿No estaba el recepcionista de noche?

—Claro que sí. Pero, verá, eran las tres de la madrugada. Las tres y las cuatro son horas tranquilas; todos los clientes habían vuelto y Scimè se había tumbado en un camastro que hay en el cuartito contiguo a la dirección. Debieron de narcotizarlo, porque despertó dos horas después con un terrible dolor de cabeza.

¿Cómo es que no había tenido ninguna noticia de ese suceso?

—¿Denunciaron el robo?

—Por supuesto. A los carabineros.

—¿Y a qué conclusión llegaron?

—Como no se había producido ninguna efracción, salvo la de la caja fuerte, los carabineros concluyeron que los ladrones tenían un cómplice entre los huéspedes del hotel. Fue esa persona la que narcotizó con un aerosol al recepcionista y la que abrió la puerta a los demás. Pero no pasaron de ahí. ¡Menos mal que estábamos asegurados!

—¿Y la otra noche qué sucedió?

—Verá, después del robo contratamos a un vigilante nocturno que cada media hora da una vuelta alrededor del hotel. La noche a la que usted se refiere, el vigilante vio un coche parado, con las luces apagadas, frente a la puerta posterior del hotel. Pero, al acercarse, el coche se alejó. Esta vez, como no había pasado nada, no consideramos... ¿Cree que tiene alguna relación con el homicidio?

Montalbano no tenía ninguna intención de decirle que efectivamente había una relación, y muy estrecha.

—En absoluto. Pero ya sabe lo que dicen: todo grano hace granero.

¡Mierda! ¡Tenía razón Pasquano! ¡Cuanto más viejo se hacía, más recurría a las frases hechas!

En fin, volviendo al asunto, gente del As de corazones había intentado conseguir el pasaporte de Lannec sin éxito. En cuanto vieron al vigilante, salieron por piernas. Demasiado peligroso para dejarse sorprender. Porque una vez identificados como hombres de ese barco, las investigaciones sobre

el homicidio habrían llevado sin ninguna duda a ellos. No podían arriesgarse tanto.

No obstante, la idea había sido correcta: el pasaporte era lo único que podía permitir la identificación del muerto. Deshacerse del documento significaba que el cadáver podía quedar, tal vez para siempre, sin nombre. Pero al no conseguir robarlo, tuvieron que conformarse con destrozarle la cara al muerto.

No le extrañaría que la cara falsa fuera más conocida que la verdadera. Por si acaso, decidió que lo mejor era comunicar a Geremicca la noticia del cambio de rostro.

Se disponía a llamarlo cuando entró Fazio.

—He hablado con el teniente.

Montalbano experimentó una súbita envidia. Fazio había tenido la posibilidad de ver a Laura, había estado a su lado, aspirado su perfume, hablado con ella...

—¿Qué has averiguado? —Notó que se le quebraba la voz.

—¿Está ronco? —le preguntó Fazio.

—No es nada; me noto la garganta seca. Dime.

—En primer lugar, me he enterado de que el As de corazones pertenece a una sociedad italo-francesa que...

—Eso no es una sorpresa, no suelen figurar a nombre de un particular; lo hacen para pagar menos impuestos. ¿A qué se dedica esa sociedad?

—A la importación y exportación.

—¿De qué?

—De un poco de todo.

—¿Y para qué necesita ese pedazo de barco?

—El teniente me ha explicado que esa sociedad opera en toda el área del Mediterráneo, desde Marruecos y Argelia hasta Siria, Turquía, Grecia...

Los mismos sitios que figuraban en el pasaporte del francés.

—Y también me ha dicho que no es la primera vez que esa embarcación hace escala en Vigàta, aunque habitualmente pasa un día, como máximo dos. Esta vez, en cambio, se han quedado más tiempo porque les fallan los motores y han tenido que llamar a un técnico de fuera para revisarlos.

—¿Y no sería mejor que utilizaran un avión?

—*Dottore*, ¿qué quiere que le diga? Pregúnteselo a ellos.

—El otro día vi a bordo a una especie de hércules que saludaba a la propietaria del Vanna y al capitán.

—Es el director general de la sociedad. Se llama Matteo Zigami y mide un metro noventa y uno.

—¿Cuántas personas van en el barco?

—Cinco. Zigami, su secretario, que se llama François Petit, y tres tripulantes. Y la sociedad se llama SMIE.

—¿Qué significa?

—Sociedad Mediterránea de Importación y Exportación. Según el teniente Matticca...

—¿No hablaste con la teniente Belladonna?

—No, señor.

—¿No estaba?

—No, señor. El suboficial que está en la entrada de Capitanía me dijo que la teniente Belladonna había pasado la noche ocupada...

Pero ¿cómo? ¡Era increíble! ¿Hasta en Capitanía sabían que ella y Mimì...? ¡Madre mía, qué vergüenza!

—... porque desembarcaron unos cien inmigrantes y ella tuvo que quedarse de servicio hasta la mañana.

¡Entonces Laura no había pasado la noche en casa de Mimì! ¡No había podido ni poner los pies allí!

Alguien lanzó al vuelo un par de campanas, que resonaron sin cesar dentro de su cabeza. Pero no eran solo campanas: había también un millar de violines. Veía a Fazio abrir y cerrar la boca, pero no lograba oír las palabras que articulaba. Demasiado ruido.

—¡Fazio, lo has hecho de maravilla! —exclamó, levantándose de pronto.

Y Fazio se dejó abrazar, absolutamente atónito, preguntándose si el comisario había perdido de repente el juicio. Cuando Montalbano lo soltó por fin, Fazio se aventuró a preguntar con un hilo de voz:

—¿Cómo procedemos?

—¡Luego hablamos, luego hablamos!

Mientras salía, Fazio lo oyó canturrear. Y, casi cantando, Montalbano le contó a Geremicca lo del cambio de cara.

* * *

De golpe y porrazo le entró un hambre voraz.

Miró el reloj; se habían hecho las ocho y media. Los violines habían dejado de sonar; las campanas continuaban, pero a un volumen más bajo.

Se levantó, salió del despacho y pasó por delante de Catarella con los ojos cerrados, como un sonámbulo. Catarella se alarmó.

—¿Se encuentra bien, *dottori*?

—Muy bien, muy bien.

Se preocupaban por su salud, cuando en ese preciso momento se sentía de nuevo un chaval. Un joven de veinte años. No, mejor no exagerar, Montalbà; dejémoslo en un hombre de cuarenta.

Subió al coche y se dirigió a Marinella. Nada más entrar, fue a abrir el frigorífico. Nada, vacío, con excepción de un plato de aceitunas y un tarrito de anchoas. Se apresuró a mirar en el horno. Nada. Fue entonces cuando vio una nota encima de la mesa de la cocina.

Comu no me encuentru muy bien porque me duele la caveza no puedu cocinar y me vuelvu a casa disculpe adelina.

No, no podría pasar aquella noche especial con el estómago vacío. No conseguiría pegar ojo. La única solución era meterse otra vez en el coche e ir a cenar a la *trattoria* de Enzo.

* * *

—¿Esta noche lo ha traicionado Adelina? —le preguntó Enzo al verlo entrar.

—No se encontraba bien y no ha podido preparar nada. ¿Qué me ofreces tú?

—Lo que usía quiera.

Empezó con unos entrantes marineros variados, y el pescadito frito estaba tan crujiente que pidió otro plato solo de eso. Siguió con un generoso plato de espaguetis con sepia en su tinta, y terminó con una ración doble de salmonetes y herreras.

Al salir, vio clarísimo que necesitaba un paseo nocturno hasta el faro. No hizo el recorrido largo para ver los dos barcos. El muelle estaba desierto.

Había dos grandes buques atracados, completamente a oscuras. Caminó a paso lento, sin prisa.

Era una noche en paz consigo misma. El mar respiraba despacio.

Al llegar a la roca plana, se sentó y encendió un cigarrillo. Y concluyó con amargura que, si bien como policía era bastante bueno, como hombre era una calamidad.

Porque mientras se dirigía hacia el faro, no había hecho otra cosa que pensar en Laura y en su propia reacción ante la noticia de que ella no había podido ir a casa de Mimì.

Un pensamiento lo había asaltado a traición para acabar de golpe con su alegría: «Pero tú, Montalbà, ¿en qué consideración tienes a esa joven? ¡Estabas convencido de que ella, la misma persona que el día antes no había querido quedarse a solas contigo, asustada por el sentimiento que estaba empezando a experimentar, caería al día siguiente indefectiblemente en los brazos de Mimì! ¡Y esa idea te desesperaba!

»Pero ¿cómo estabas tan seguro? Desde luego, el comportamiento sincero y leal de Laura contigo no te autorizaba a estarlo.

»¿Entonces? Entonces, ¿no nacería quizá esa convicción de un prejuicio tuyo no solo respecto a Laura, sino respecto a la naturaleza de todas las mujeres? En otras palabras: que en el fondo basta un ligero empujoncito para convencerlas de que digan que sí. ¿No es eso lo que piensas de ellas en tu fuero interno? ¿Y no es una solemne gilipollez propia de alguien que no conoce en absoluto a las mujeres? ¿Quieres hacer la prueba? Cuéntale a Laura que habías pensado que acabaría en la cama con Mimì y verás cómo reacciona. Como mínimo, dándote una torta y exigiéndote disculpas».

—Laura, te pido perdón —dijo en voz alta.

Y adquirió consigo mismo el firme compromiso de llamarla por teléfono a la mañana siguiente.

* * *

Después de fumar otro cigarrillo, se levantó y emprendió el camino de regreso. Había llegado a la mitad del muelle cuando oyó el ruido de una patrullera que estaba entrando en el puerto. Se volvió para mirar.

La embarcación de la Guardia Costera apuntaba con un foco una barcaza a la que remolcaba. A bordo de la barcaza se entreveía una masa oscura. Era una treintena de inmigrantes, pegados unos a otros, muertos de frío y hambre.

Vio también que en el muelle de poniente, donde solían desembarcar a los inmigrantes ilegales, habían encendido dos potentes focos. Allí debían de estar los colegas de la policía con autobuses, ambulancias y coches, además de un montón de curiosos.

Para su desgracia, una vez se había encontrado justo en medio del desembarco de un grupo de esos desdichados, y desde entonces había decidido no presenciar jamás otro. Por suerte, ese asunto era ajeno a la competencia de su comisaría; de él se ocupaba directamente la Jefatura Superior de Montelusa.

Ante una escena semejante, conseguía soportar la visión de esos ojos, desorbitados por el miedo vivido y por la incertidumbre de su futuro, conseguía soportar la visión de los cuerpos macilentos que no se tenían en pie, las manos temblorosas, las lágrimas mudas, las caras de los niños que se convertían en caras de viejos en un momento... Lo que no conseguía soportar era el olor. Aunque quizá no había olor; quizá era cosa de su imaginación. En cualquier caso, fuera o no fantasía, él lo percibía; lo dejaba paralizado, le traspasaba el corazón.

No era un olor nacido de la falta de limpieza, no; era algo completamente distinto. De su piel emanaba el olor fuerte y antiguo, pero presente, de la desesperación, la resignación, las desgracias padecidas, los abusos sufridos, las agresiones consentidas agachando la cabeza.

Eran, efectivamente, los dolores del mundo ofendido, como había leído en un libro de Elio Vittorini, los que desprendían ese olor hiriente.

Sin embargo, en esta ocasión, sus pasos, desobedeciendo al cerebro, se dirigieron hacia el muelle de poniente.

* * *

Llegó cuando la patrullera acababa de atracar y se quedó a cierta distancia, sentado en un noray.

Parecía una película muda a medias. Las personas asignadas a esa tarea ya sabían lo que tenían que hacer; no había necesidad de dar ni recibir

órdenes. Solo se oían ruidos: portezuelas que se cerraban, pasos, sirenas de ambulancias, motores que se ponían en marcha.

Y los habituales cámaras de televisión, que filmaban inútilmente la escena. Habrían podido emitir de nuevo el material filmado un mes antes; total, todo era exactamente igual y nadie se daría cuenta.

Montalbano esperó hasta que los focos se apagaron y la oscuridad pareció volverse más densa. Entonces se levantó, dio la espalda a las tres o cuatro sombras que seguían hablando entre sí y se dirigió hacia su coche.

De pronto oyó unos pasos que corrían detrás de él.

Se detuvo y se volvió.

Era Laura.

Sin saber cómo, se encontraron estrechamente abrazados. Ella hundió la cabeza en su pecho. Y Montalbano la notó temblar ligeramente de arriba abajo. No acertaron a hablar.

Luego Laura se desasíó de su abrazo, le volvió la espalda y echó a correr hasta perderse en la oscuridad.

Doce

Lo primero que hizo al volver a Marinella fue desenchufar la clavija del teléfono. Si Livia, Dios no lo quisiera, lo llamaba, sería incapaz de cruzar una palabra con ella; cada sílaba suya sería una puñalada de punzante remordimiento, así como de vergüenza por verse obligado a mentir.

—¿Qué has hecho hoy?

—Lo de siempre, Livia.

—Sí, pero cuéntamelo.

Y a partir de ese momento ponte a soltar una mentira tras otra, mentiras cada vez más gordas. Y luego las reticencias, las medias palabras... No, a su edad ya no podía prestarse a ese juego.

Necesitaba reflexionar con calma, con toda la lucidez posible, sobre el milagro que le había sucedido, y después tomar una decisión clara y definitiva. Y si decidía rendirse a ese milagro, a esa gracia que lo llenaba de alegría y espanto a un tiempo, su deber era comunicárselo de inmediato, cara a cara, a Livia.

Pero por el momento no estaba en condiciones de razonar. La excitación le causaba una gran confusión mental. Si al principio habían sonado campanas y violines, después de lo ocurrido en el muelle la música había cesado; ahora solo oía correr su sangre, veloz y límpida como el agua de un arroyo alpino, palpar deprisa su corazón. Necesitaba descargar toda esa energía que se acumulaba de minuto en minuto hasta resultar casi insoportable.

Se desnudó, se puso el bañador, bajó a la playa, fue hasta la orilla, donde la arena era compacta, y empezó a correr.

* * *

Volvió a casa cuando su reloj marcaba las doce y media pasadas. Había corrido dos horas seguidas, sin parar ni un minuto, y le dolían las piernas.

Se metió en la ducha, estuvo un buen rato bajo el chorro y después se fue a la cama, extenuado por la carrera y por la felicidad. La cual, cuando es verdaderamente grande, puede paralizarte exactamente igual que un gran dolor.

Despertó con la impresión de que la persiana del dormitorio era sacudida por el viento. ¡Qué raro! ¿De dónde había salido semejante vendaval tan de repente?

Abrió los ojos, encendió la luz y vio que la persiana no se movía. ¿Qué era, entonces, lo que golpeteaba? Al cabo de un instante oyó el timbre. Llamaban a la puerta. Miró el reloj: las tres y diez. Se levantó y fue a abrir.

Era Fazio el que estaba armando aquel escándalo.

—*Dottore*, le pido disculpas. He llamado, pero no me contestaba nadie; debe de tener el teléfono desconectado.

—¿Qué ha pasado?

—Han encontrado muerto a Chaikri.

En cierto sentido, se esperaba algo así.

—Un momento, que me visto.

Lo hizo en un abrir y cerrar de ojos; cinco minutos después estaba sentado al lado de Fazio, que conducía el coche de servicio.

—Dime cómo ha muerto.

—*Dottore*, no sé nada. A mí me llamó Catarella. Por cómo lo llamaba, Craqui, tardé en comprender que hablaba del magrebí. Y sin perder tiempo, después de estar llamándolo en vano, he venido a buscarlo.

—Pero ¿sabes al menos adónde tenemos que ir?

—Claro. Al muelle, a donde está atracado el Vanna.

* * *

En el muelle, justo delante de la pasarela del velero, estaban el teniente Matticca, un marinero de Capitanía y el capitán Sperli. Se dieron la mano.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Montalbano a Matticca.

—Quizá sea mejor que hable el capitán —contestó.

—Estaba en mi camarote —dijo Sperli— e iba a acostarme cuando me pareció oír un grito.

—¿Qué hora era?

—Las dos y cuarto. Miré el reloj instintivamente.

—¿De dónde provenía?

—Ahí está la cosa. A mí me pareció que venía del alojamiento de la tripulación, que se encuentra precisamente, como ve, en este costado, el más cercano a tierra.

—¿Fue solo un grito? ¿No oyó ningún otro ruido?

—Solo eso. Un grito cortado a la mitad, como interrumpido bruscamente.

—¿Qué hizo usted?

—Salí del camarote y fui al de la tripulación. Álvarez, Ricca y Digiulio dormían profundamente. La litera de Chaikri, en cambio, estaba vacía.

—¿Qué más?

—Entonces pensé que quizá el grito venía del exterior. Subí a cubierta con una linterna encendida, pero el muelle, por lo que se podía ver a la luz de las farolas, estaba desierto. Me apoyé en esa barandilla, la que está justo encima de la pasarela, y al moverme la linterna se inclinó hacia abajo. Y así, de forma casual, lo descubrí.

—Enséñemelo.

—Puede verlo desde aquí, sin necesidad de subir a bordo.

Se acercó al borde del muelle e iluminó la estrecha zona de unos cincuenta centímetros que había entre el cemento y el costado del velero. Montalbano y Fazio se inclinaron para mirar.

Había un cuerpo encajado cabeza abajo, sumergido hasta las caderas; solo la pelvis y las piernas absurdamente abiertas quedaban fuera del agua.

A Montalbano se le ocurrió una pregunta y se la hizo al capitán:

—Pero, dada la posición del cuerpo, ¿cómo supo que se trataba de Chaikri?

Sperli no mostró la menor vacilación.

—Por el color de los pantalones. Los llevaba a menudo.

Eran unos pantalones de un amarillo tan intenso que parecían fosforescentes.

—¿Ha avisado a la señora Giovannini?

Esta vez el capitán no consiguió disimular un instante de titubeo, aunque solo un instante.

—N... no.

—¿No se encuentra a bordo?

—Sí, pero... está durmiendo. No quisiera molestarla. Total, ¿de qué serviría?

—¿Y se lo ha dicho a la tripulación?

—Verá, a esos la mona les dura un buen rato. Y anoche debieron de beber bastante. Lo único que harían es armar jaleo.

—Quizá tenga razón. No creo que puedan decirnos mucho. En su opinión, capitán, ¿cómo ha ocurrido?

—¿Cómo quiere que haya ocurrido? El pobre Ahmed, con la curda que debía de llevar, seguramente dio un paso en falso, cayó al agua y quedó encajado cabeza abajo. Se habrá ahogado.

Montalbano no hizo ningún comentario.

—¿Qué hacemos? —preguntó Matticca mirando al comisario.

—Si las cosas han sucedido como dice el capitán, este asunto no es de mi competencia sino de la suya, teniente. Se trata de una desgracia ocurrida dentro del recinto portuario. ¿No está de acuerdo?

—Sí —admitió de mala gana el teniente.

Esta vez le tocaría a él pasar la noche en blanco. En cuanto a la señora Giovannini, ya podía ir olvidándose de marcharse enseguida.

* * *

Mientras acompañaba al comisario a Marinella, Fazio le preguntó:

—¿Cree que ha sido realmente una desgracia?

Montalbano contestó con otra pregunta:

—¿Quieres explicarme por qué el capitán sintió la necesidad de coger una linterna para ver si en el muelle había alguien? El muelle está iluminado, ¿o no?

—Sí. Entonces, ¿por qué la cogió?

—Para poder contarnos la tontería del descubrimiento casual del cadáver. Sin linterna, no habría podido ver el cuerpo de ninguna manera.

—Entonces, ¿usted no cree que haya sido una desgracia?

—Estoy convencido de que no.

Fazio no salía de su asombro.

—¿Y por qué no...?

—Porque es mejor así, hazme caso. Dejémosle creer que nos hemos tragado su historia. Total, el cadáver irá a parar a manos de Pasquano. Y mañana por la mañana pienso hacerle una llamada.

* * *

Cuando se desnudó otra vez eran casi las cinco. Pero ya no tenía ni pizca de sueño.

Preparó la cafetera, se bebió una buena taza y se sentó a la mesa de la cocina con una hoja y bolígrafo en mano.

Se puso a pensar cómo habrían descubierto los asesinos que el pobre magrebí era una especie de quinta columna en medio de ellos. Quizá había cometido alguna imprudencia, como, por ejemplo, provocar que lo arrestaran dos veces seguidas.

Mientras pensaba, su mano trazaba líneas al azar en el papel. Al mirarlo, se dio cuenta de que había intentado hacer un retrato de Laura. Pero, como no sabía dibujar, el retrato parecía hecho por un oscuro imitador de Picasso en un momento de embriaguez total.

* * *

A las seis, pese al café que había tomado, le dio un ataque de sueño al que no pudo más que sucumbir. Se fue a la cama, durmió tres horitas y despertó oyendo ruido de cacerolas en la cocina.

—¿Adelina?

—¿Ya se ha despertado? Ahora le llevo el café.

Mientras se lo bebía, Montalbano le preguntó:

—¿Cómo te encuentras? ¿Se te pasó el dolor de cabeza?

—Sí, señor *dutturi*.

¡Bendito fuera el dolor de cabeza de Adelina! De no ser porque la asistente no había podido prepararle la cena, él no habría ido a la *trattoria* de Enzo, no habría dado el paseo por el muelle y no habría visto a Laura.

* * *

Salió de casa a las diez pasadas. Nada más entrar en el despacho, llamó por teléfono a Pasquano.

—El doctor está trabajando y no quiere...

—Oiga, ¿puede decirle una cosa de mi parte?

—Por supuesto.

—Dígale que la montaña necesita a Mahoma.

El telefonista se quedó atónito.

—Pero... pero...

El comisario colgó. Inmediatamente después se presentó Mimì Augello. Parecía bastante agotado.

—Una noche dura, ¿eh, Mimì? —dijo Montalbano en tono irónico.

—Calla, calla...

—¿Es que las cosas te han ido mal?

—En cierto sentido...

—¿Te dijo que no?

—Pero ¡qué dices!

—¡Pues cuéntame!

—Paciencia, Salvo; antes de hablar necesito un café doble. Se lo he pedido a Catarella.

—Y un buen *zabaglione* para recuperar fuerzas, ¿no? Te noto un poquito mustio.

Augello no contestó. Permaneció sentado en silencio, esperando la llegada de Catarella. No habló hasta que se hubo tomado el café, tal como había anunciado.

—Anoche, creo que te lo mencioné cuando hablamos por teléfono, llevé a cenar a Livia.

Montalbano, que en ese preciso momento tenía a Laura en la cabeza, saltó de la silla.

—¿A Livia?!

—Salvo, ¿ya no te acuerdas de que la señora Giovannini se llama así? No era tu Livia, tranquilo. Bien, pues la llevé a un restaurante de Montelusa. Se

puso las botas comiendo y se bebió una botella y media de vino. ¿Está previsto el reembolso de los gastos?

—¿No lo has recibido ya en especies? Continúa.

—A la vuelta fue ella quien tomó la iniciativa.

—¿Cómo?

—Oye, preferiría ahorrarme los detalles.

—Cuéntame solo el principio. ¿Qué te dijo?

—¿Decirme? ¡No abrió la boca!

—Entonces, ¿qué hizo?

—Menos de cinco minutos después de subir al coche, me puso la mano donde puedes imaginar.

¡Ante todo romántica, la señora Giovannini!

—Y luego me preguntó adonde tenía intención de llevarla. Yo le contesté que si quería podíamos ir a mi casa, pero ella dijo que se sentiría más cómoda en su camarote.

—¿Qué hora era?

—No miré el reloj, pero alrededor de las doce pasadas. Subimos a bordo, y nada más meternos bajo cubierta nos encontramos con el capitán.

—Pero ¡si dicen que Sperli es el amante de Livia Giovannini! ¿Se cabreó? ¿Se mosqueó? ¿Dijo algo?

—En absoluto. Nos deseó buenas noches cortésmente y subió a cubierta.

—A lo mejor son amantes en el sentido de que, cuando ella no tiene a nadie, recurre a él.

—Puede ser. El caso es que no hizo ninguna escena. En cuanto entramos en el camarote, Livia se desnudó y...

—¿Me haces un favor, Mimì?

—Claro.

—No la llames Livia.

—¿Por qué?

—Me da impresión.

—Está bien. Resumiendo, se lanzó al ataque enseguida. Y ya no paró. Créeme: no es una mujer, es una picadora de carne eléctrica permanentemente enchufada. A lo mejor por eso el capitán, al verme con ella,

me sonrió. ¡Iba a ahorrarle un pesado trabajo! Por suerte, hacia las dos y media oímos que había sucedido algo grave.

—¿Cómo que por suerte?

—Porque se desenchufó, aunque por poco tiempo.

—En pocas palabras, *mors tua vita mea*.

—Salvo, lo siento, pero la situación era exactamente esa.

—Oísteis un grito.

—¿Qué grito? No hubo ningún grito.

—¿Qué oísteis?

—Al capitán, que hablaba por teléfono en voz alta y decía que había ocurrido una desgracia.

—¿Y qué pasó luego?

—Entonces Liv... la señora Giovannini se levantó, se puso una bata y salió del camarote. Al regresar, me dijo que no era nada importante, que un tripulante borracho se había caído al agua, pero que lo habían sacado.

—¿Sabes que ese hombre está muerto?

—Sí, me enteré después, pero ella me contó otra cosa.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? ¡Porque quería seguir picando en el mortero! Temía que si yo me enteraba de que ese no solo estaba muerto sino que seguía encajado ahí, a unos metros de nosotros, se me pasaran las ganas.

—¿Cuándo pudiste bajar del velero?

—Esta mañana a las seis y media, después de que se llevaran el cadáver. Fui a casa, eché un sueñecito y aquí estoy. Pero ahora me voy otra vez a dormir, porque Liv... la señora Giovannini ha reclamado el segundo asalto para esta noche.

—¿Conseguiste hablar con ella durante alguna breve pausa?

—Sí. Como se interesó por lo que ganaba, me inventé una cifra un poco más alta que la que nos paga el Estado.

—¿Hizo algún comentario?

—No. Quiso saber si estaba casado y si tenía hijos. Le dije que no. ¡Menos mal que no fuimos a mi casa! Habría visto los juguetes de Salvuzzo.

—A mí me parecen preguntas normales.

—Sí, pero llegué a la conclusión de que apuntaba a algo concreto, así que le dije que estaba descontento con mi trabajo, que me encantaría cambiar y que le estaría muy agradecido a quien me ofreciera otro... O sea, le manifesté mi disponibilidad. Creo que le está dando vueltas a algo.

—Oye, ¿y cómo te las arreglaste?

—Modestamente, me parece que estuve a la altura.

—No, no me refiero a la excelencia de tus prestaciones, sobre las cuales no albergo ninguna duda, sino a que no pudiste dar el repaso sobre los carburantes con la teniente Belladonna.

—¡Ah!, ¿te enteraste? Pero el repaso lo dimos igualmente. Una cosa rápida; había poco tiempo.

Si le hubiera caído una viga en la cabeza, lo habría dejado menos aturdido.

—¿Cu... cuándo? ¿Do... dónde?

—¡La pobre! Después de pasar toda la noche en pie, me telefoneó a las seis de la mañana.

—¿Y fu... fue a tu ca... casa?

—Salvo, ¿qué te pasa? ¿Te has vuelto tartamudo? No; me citó en Capitanía.

Din don dan, din don dan.

—¡Querido Mimì! ¡Queridísimo amigo! —exclamó, levantándose de golpe y yendo a abrazarlo—. Ahora vete a dormir y recupera fuerzas para esta noche.

Fazio, que entraba en ese momento, se quedó de piedra. ¿Qué le pasaba al comisario, que ahora abrazaba a todo el mundo?

—¿Qué quieres? —le preguntó Montalbano después de que Augello hubiera salido.

—He venido a recordarle lo de esa llamada al doctor Pasquano.

—Ya la he hecho. ¿Qué crees, que estoy tan viejo que no me acuerdo de las cosas?

—Pero ¿qué dice, *dottore*? Yo no...

—Mira de lo que soy capaz todavía. —Y saltó con los pies juntos encima de la mesa—. ¡Hop!

Fazio lo miró boquiabierto. No había duda de que el comisario necesitaba una visita al loquero cuanto antes.

* * *

—¡Ah, *dottori!* Es el doctor Pisquano, que...

—Déjame hablar con él.

—Montalbano, aquí no funcionan los teléfonos, no hay línea.

—Disculpe, pero ¿desde dónde me llama?

—Estoy llamándolo con una mierda de móvil. Pero no me gusta hablar mucho rato con estos aparatos. ¿Qué quiere de Mahoma?

—Le han llevado a un marinero que cayó...

—He trabajado con él esta mañana temprano.

—¿Puede darme detalles?

—Con el móvil, no. Si viene dentro de media hora, lo espero.

Trece

A mitad de camino entre Vigàta y Montelusa había dos grandes camiones parados, uno en un sentido y otro en el contrario, de modo que los dos carriles, ya bastante estrechos, estaban obstruidos. Los únicos vehículos que podían colarse y pasar eran los ciclomotores.

Los camioneros, que debían de ser viejos amigos que no se veían desde hacía tiempo, habían bajado de sus respectivas cabinas; charlaban tranquilamente y reían dándose palmadas en la espalda. Les traía totalmente al fresco haber interrumpido el tráfico. Detrás del comisario, que se encontraba justo al abrigo del camión que iba hacia Montelusa, se iba formando una gran cola de automóviles que armaban un estruendo tremendo con las bocinas.

En otro momento Montalbano también habría armado la de Dios es Cristo a base de bocinazos y maldiciones, habría bajado del coche decidido a pelearse con quien hiciera falta. En cambio, aquel día se quedó esperando, con una sonrisa un tanto bobalicona estampada en la cara, a que los camioneros se pusieran de nuevo en marcha cuando hubieran terminado con sus cosas.

Din don dan.

¿Y cómo es que el doctor Pasquano también estaba de buen humor? Lo había saludado e invitado a ir a su despacho sin decirle ni una sola palabrota, ni un solo insulto, como acostumbraba. Seguro que la noche anterior había ganado al póquer en el Círculo.

Pero ¿estaba realmente el doctor de buen humor, o se lo parecía a él porque todo lo que veía estaba como rodeado de una aureola de color rosa caramelo?

—Así que quiere saber algo sobre el marinero, ¿no? ¿Y por qué?

—¿Cómo que por qué? Es mi trabajo.

—¿La vejez no lo vuelve menos diligente?

Montalbano pasó por alto esa primera provocación; debía armarse de paciencia y fingir que no la había entendido, porque seguirían otras, y tal vez peores.

—¿Le importa decirme qué piensa del asunto?

—Aparentemente, una desgracia.

—¡Vamos, doctor! ¡No juegue conmigo al gato y el ratón! Usted no puede decirme «aparentemente», sino que debe darme certezas.

—¿Y por qué?

—Porque creo que lo que usted hace no se basa en hipótesis, indicios, suposiciones, en resumen, cosas vagas...

—¿Eso piensa de nosotros? Pero ¿acaso no sabe que en el mundo no hay nada más vago que el hombre? ¿Cree que hay muchos pequeños Papas que poseen el don de la infalibilidad?

—Doctor, no he venido a discutir con usted los límites de la medicina. Si no puede darme certezas, deme medias certezas.

Pasquano pareció convencido.

—Empiezo por una pregunta. ¿Usted nota olor a chamusquina en este asunto?

—Sinceramente, sí.

—¿Usted sabe que, cuando alguien muere ahogado, normalmente se encuentra mucha agua en sus pulmones?

—Lo sé. Y en los del muerto no había.

—¿Quién le ha dicho eso? Había agua.

—Entonces murió ahogado.

—Pero ¿por qué tiene ese vicio de sacar conclusiones tan precipitadamente? ¿La vejez todavía no lo ha vuelto más cauto y prudente?

A fuerza de oír hablar de su vejez, el comisario empezó a ponerse nervioso.

—Doctor, ¿tenía o no tenía agua?

—No se cabree; si no, cierro la boca y no digo nada más. Tenía, pero no la suficiente para morir ahogado.

—Entonces, ¿cómo murió?

—Como consecuencia de un fuerte golpe en la nuca que lo mató en el acto. Una barra de hierro. Compatible.

—¿Compatible con qué?

—Con una especie de gancho que vi sobresaliendo del embarcadero aproximadamente medio metro por encima del agua. ¿No se fijó?

—Doctor, cuando yo estuve allí, el gancho estaba tapado por el cuerpo.

—Entonces me explicaré mejor. El pobrecillo, borracho como estaba, porque había bebido bastante, dio un paso en falso, cayó en el estrecho espacio entre el embarcadero y el costado del velero, se golpeó la cabeza con el gancho y la palmó.

—Doctor, no entiendo nada.

—Normal, dada la...

—¿Lo mató el gancho o el golpe con la barra de hierro?

—El hecho de que no lo entienda se debe evidentemente a su edad, y no a una falta de claridad en mi exposición. Estoy diciendo que han sido muy astutos. Querían hacernos creer que fue el golpe con el gancho lo que lo mató. Pero el gancho está cubierto de musgo, totalmente verde, y alrededor de la herida no había ni rastro de musgo.

—¿Y cómo se explica la presencia de agua?

—Como medida precautoria.

—No comprendo.

—¿Ve en qué condiciones se encuentra? ¿Por qué no se jubila? ¿No se da cuenta de que su tiempo ha acabado? En mi opinión, las cosas fueron así: los asesinos, porque eran al menos dos, lo sujetan y le mantienen la cabeza bajo el agua hasta que está a punto de ahogarse...

—Pero allí el embarcadero está a una altura considerable.

—¿Y quién le dice que lo mataron allí?

—Entonces, ¿dónde?

—¡Pues a bordo! Le meten la cabeza en un balde o algo similar lleno de agua de mar, le hacen beber, lo sacan medio ahogado, le asestan el golpe mortal, lo llevan al sitio exacto y lo tiran cabeza abajo desde el embarcadero.

—Sigo sin entender por qué ha dicho lo de la medida precautoria.

—¿Ve como su estado cerebral es grave? Para que pareciera que había tragado agua después del golpe, en los pocos instantes que todavía le

quedaban de vida.

No había nada más que saber. Además, Montalbano ya no aguantaba más sin reaccionar a las palabras de aquel maldito provocador.

—Muchísimas gracias, doctor. Perdone, ¿ha puesto a la Jefatura Superior al corriente de los resultados de la autopsia?

—Por supuesto. He cumplido con mi deber inmediatamente después de haber terminado el trabajo.

Si el razonamiento de Pasquano se sostenía, y parecía sostenerse muy bien, el asesinato, con todo ese trajín de meter la cabeza de la víctima en un cubo de agua de mar, no podía haberse cometido a bordo del velero. Mimì Augello, por muy ocupado que estuviera en ese momento haciendo gimnasia con la señora Giovannini, seguro que habría oído algo. No; habrían corrido un riesgo demasiado alto.

Quizá en un primer momento habían pensado cometer el homicidio en el Vanna, pero el hecho de que la señora Giovannini apareciera con Mimì obligó a todos a cambiar de plan. De modo que cuando el capitán Sperli, que aguardaba el regreso de Chaikri, vio subir a bordo a Augello, no pudo hacer otra cosa que ir corriendo al As de corazones para avisarlos del contratiempo.

Porque no tenía vuelta de hoja: el asesinato, si no se cometió en el velero, tuvo que cometerse en el otro barco. Desde luego, no en el embarcadero, donde se produjo solo la última parte, es decir, el traslado del cadáver hasta allí y su lanzamiento al agua.

Y aquí surgía un punto bastante importante para la investigación, que era el siguiente: entre el Vanna y el As de corazones había una correspondencia de amorosos sentimientos; entre las dos embarcaciones había sin duda fuertes afinidades electivas. En palabras menos poéticas, debían de ser cómplices en asuntos tan sucios como para llegar al homicidio.

Pero si las cosas habían ido así, eso tenía una consecuencia imprevista, es decir, que la señora Giovannini se hallaba al margen del proyectado homicidio. De lo contrario, no habría llevado a Mimì a su camarote, sino que habría ido a casa de él.

Por tanto, ¿era Livia Giovannini inocente?

«Un momento, Montalbà. Recuerda, como te ha dicho Pasquano, que no debes sacar conclusiones precipitadas».

En realidad, podía elaborar una hipótesis opuesta basándose precisamente en el hecho de que la señora Giovannini llevara a Mimì al Vanna. Mientras están cenando en Montelusa, a ella se le ocurre una manera de conseguir una coartada perfecta: estar en el velero con un extraño mientras se comete el asesinato y...

No, no funcionaba.

No funcionaba porque habría tenido una coartada muy sólida si hubiera ido a casa de Mimì.

¿Entonces?

Quizá la señora Giovannini no estaba de acuerdo en que la eliminación del magrebí se produjera en su barco. No es que fuera contraria al homicidio, pero quería permanecer al margen en cierto modo. La invitación a cenar de Mimì fue providencial, le brindó una ocasión única. Al llevarlo a su camarote, obligó a todos a actuar de un modo diferente al planeado.

Según Mimì, el encuentro con el capitán en la sala común fue casual, pero eso no significaba nada: en caso de no haberlo encontrado, la señora Giovannini habría ido a buscarlo con un pretexto cualquiera para advertirle que un extraño iba a pasar la noche con ella.

* * *

Entró en su despacho, cerró la puerta con llave y llamó a Laura con el teléfono directo.

Mientras marcaba el número, el corazón le latía tan fuerte que temió que le diera un síncope. ¿Sería posible que, a su edad, se comportara como un adolescente enamorado?

—Hola, ¿cómo estás? —le preguntó con la garganta seca.

—Yo bien, ¿y tú?

—Muy bien. Quería decirte que... —¡Mierda! Se lo había preparado de cabo a rabo, pero nada más oír su voz se le olvidó.

—Dime.

—Como voy a salir ahora a comer, ¿no podrías...? —Se quedó sin habla de golpe; imposible seguir.

Ella acudió en su ayuda.

—¿Ir contigo? Me gustaría mucho, pero no puedo moverme de aquí. Tengo trabajo. Podríamos...

—¿Sí?

—... vernos esta noche, si te apetece.

—Cla... claro que me apetece. ¿Dónde?

—Voy a tu casa y lo decidimos.

¿Cómo es que ahora ya no tenía dudas? ¿Qué diablos...? No, nada de preguntas. Disfruta del sonido de las campanas. Din don dan, din don dan...

* * *

En la *trattoria* de Enzo se dio un atracón.

Evidentemente, el amor le abría el apetito, así que el paseo por el muelle se presentaba como una cuestión de vida o muerte.

Hizo el recorrido más largo, y al llegar a la altura del Vanna se percató, horrorizado, de que el As de corazones no estaba en su atraque y tampoco en otro lugar del puerto.

Estuvo a punto de sufrir un síncope de verdad.

¡Virgen santísima! El barco se había ido, y a él ni se le había pasado por la cabeza que podía largarse cuando le diera la gana, puesto que, hasta ese momento, oficialmente no tenía ninguna relación con el homicidio.

Volvió a toda prisa, pasó por delante de un Catarella perplejo al verlo sin resuello, y le ordenó:

—¡Ponme inmediatamente con la teniente Belladonna de Capitanía!

—No es *tiniente, dottori*.

—¿Y qué es?

—Mujer.

No podía perder tiempo con Catarella, así que siguió hasta su despacho. Acababa de sentarse cuando le pasaron la comunicación.

—¿Qué ocurre, Salvo?

La voz de Laura le produjo el habitual descoloque, pero sacó fuerzas de flaqueza y se rehízo.

—Perdona si te molesto, Laura, pero es importante. Que tú sepas, ¿el As de corazones ha zarpado?

—No me consta.

—Pero no está en el ataque.

—No está porque continúan comprobando los motores. Probablemente están haciendo recorridos de prueba en alta mar.

Montalbano soltó un profundo suspiro de alivio.

—En caso de que partieran, ¿deben avisaros?

—Desde luego. Pero ¿por qué te...?

—Después te lo digo. Hasta esta noche.

* * *

Debían de ser poco más de las cuatro cuando recibió una llamada de Augello.

—Tengo que hablar contigo urgentemente.

—Ven.

—¿A la comisaría? ¡Ni en sueños! No quiero que me vean entrando o saliendo de allí.

—Tienes razón.

—¿Qué hacemos?

—¿Te va bien dentro de media hora en Marinella?

—De acuerdo.

Camino de la salida, le dijo a Catarella:

—Estaré fuera una hora. Si por casualidad telefona la teniente Belladonna, dile que me llame al móvil. ¿Puedo estar tranquilo?

—Tranquilísimo, *dottori*.

Así, si Laura llamaba por cualquier contratiempo, sabría cómo localizarlo.

* * *

Mimì fue puntual.

—He estado comiendo con Liv... con la señora Giovannini.

—¿Dónde?

—Esa ha sido la primera sorpresa. Habíamos quedado en vernos de nuevo esta noche para cenar, pero me ha llamado al móvil para invitarme a comer a bordo. Yo aún estaba medio dormido, necesitaba descansar más...

—El reposo del guerrero —comentó Montalbano.

Augello, sin embargo, no estaba de humor para ironías.

—Pero ¿qué podía hacer?

—Nada, ir.

—Eso he hecho. Y me he encontrado ante la segunda sorpresa. El capitán Sperli comía con nosotros.

—Qué raro.

—No tanto. Espera. He comprendido que quería hacerme una propuesta oficial y que por eso estaba el capitán.

—¿En calidad de qué?

—No sé. Quizá de testigo, o de socio, vete tú a saber.

—¿Cuál era la propuesta?

—Dice que ha pensado detenidamente en lo que le conté sobre que no estaba contento con mi trabajo, y que quizá haya encontrado una solución. Pero antes debo contarte una cosa que olvidé mencionarte esta mañana.

—¿Qué cosa?

—Cuando ella me preguntó cuánto ganaba, le dije una cifra, pero también insinué que la redondeaba.

—¿Cómo?

—Alterando el ajuste del suministrador de carburante.

—Comprendo. Tus credenciales contemplaban cierta disposición a la falta de honradez.

—Exacto. Y me ha propuesto trabajar ocupándome de una parte de sus intereses.

—Por lo tanto, está dispuesta a ponerlos en manos de alguien que se declara no honrado. Bueno es saberlo. ¿Y de qué intereses se trata?

—No lo ha especificado. Dice que me hablará de ellos en su debido momento, en caso de que acepte. Pero una cosa sí me ha dejado clara: que tengo veinticuatro horas para aceptar o rechazar la oferta. Ella quiere irse como mucho dentro de tres días, en cuanto se celebre el funeral de Chaikri.

—¡Coño!

—Y ha añadido otra cosa: que el trabajo comporta prácticamente trasladarse a otro país.

—¿Cuál?

—Sudáfrica.

—¿A un lugar llamado Alexander Bay?

—¿Qué has dicho? —repuso Augello estupefacto.

—Dejémoslo por el momento. ¿Y cuánto te pagarán?

—Dice que la cifra mensual sería superior a mis expectativas.

—Y durante todo ese tiempo ¿qué hacía el capitán Sperli?

—No ha abierto la boca. ¿Qué debo hacer?

—¿Esta noche tienes el segundo asalto?

—¡Mierda, sí!

—Dile que aceptas.

—¿Por qué?

—Porque se sentirá más segura. Tú intenta averiguar cuáles son sus intereses en Sudáfrica y en qué consistirá tu trabajo. ¿Y cómo ha acabado el asunto del carburante?

—Le he dicho que están realizando el análisis y que mañana por la mañana le daré una respuesta.

—Mimì, tengo que preguntarte algo sobre tu noche con la señora Giovannini.

—Ya te he dicho que no quiero entrar en detalles.

—No me interesan los detalles amorosos. Dices que te diste cuenta de que había ocurrido algo porque oíste a Sperli hablando por teléfono. ¿Es así?

—Exacto.

—¿Y antes? ¿No oíste algún ruido, como el de un cuerpo al ser arrastrado, gemidos...?

—Nada de nada.

—¿Estás seguro? Quizá estabas demasiado ocupado y...

—¡Salvo, pero si las paredes son finísimas! ¿Sabes qué? ¡Tuve que estar todo el rato tapándole la boca a Liv... a la señora Giovannini; si no, la habría oído toda la tripulación!

* * *

Una vez que se quedó solo, le dio pereza volver a la comisaría.

—¿Catarella? Me quedo en Marinella. Si recibes alguna llamada importante, como la de la teniente Belladonna, dices que telefoneen aquí. ¿Has entendido?

—A la perfectísima perfección, *dottori*.

Reparó en que el suelo de la galería no estaba limpio. A saber por qué, Adelina, que le tenía la casa reluciente como un espejo, consideraba la galería zona extramuros y no se ocupaba de ella. A Montalbano no le pareció bien dejarla así, sobre todo pensando que iba a ir Laura. Cogió una escoba, barrió el suelo y luego lo fregó hasta dejar las baldosas brillantes.

Después fue a abrir el frigorífico. Ensalada de mar. Siguió la apertura del horno. Pasta con brócoli y salmonetes en salsa. Laura decidiría si cenaban en casa o salían.

Fue a darse una ducha caliente para que se le pasara el nerviosismo. Se cambió de ropa interior y de traje.

Cogió un libro, se sentó en la galería y se puso a leer. Pero no lograba entender nada, porque cada vez que pasaba de línea se le olvidaba lo que había leído en la anterior.

Gracias a Dios, a las ocho menos cuarto sonó el teléfono.

—Laura, ¿cuándo vas a venir?

—Soy Bonetti-Alderighi —dijo un Bonetti-Alderighi inconfundible.

Catorce

Sintió que se le venía el mundo encima.

No tenía vuelta de hoja: si el señor jefe superior le tocaba las pelotas hasta en su propia casa, y a esa hora, debía de tratarse de un asunto muy grave. Un asunto que le haría perder tiempo y, en consecuencia, fallar a la cita con Laura.

El horizonte, de hallarse sin una nube, empezó a ponerse negro. Estaba perdido.

—Montalbano, ¿qué hace? ¿No contesta?

—Estoy aquí, señor jefe superior.

—He llamado a la comisaría. —Pausa significativa.

—¿Y...?

—¡Y me han dicho que se había ido usted a casa hacía ya un buen rato!

Subrayó la última parte de la frase. ¿Estaba acusándolo de ser un manta, un zángano, de rehuir el trabajo? Montalbano se picó.

—¡Señor jefe superior, yo no soy un gandul! ¡Yo...!

—No lo llamo por eso.

¡Ya sabía él que se trataba de algo grave! Más valía no poner la directa y andar con cautela.

—Dígame.

—Quiero verlo inmediatamente.

¡Coño! «Gana tiempo, Montalbà».

—¿Dónde?

—Pero ¿qué preguntas me hace? ¡Pues aquí!

—¿En la Jefatura?

—¿Y dónde quiere que sea? ¿En el bar?

—¿Ahora?

—¡Ahora!

¡Pero si Laura iba a llegar dentro de nada! ¡Ya podía ir olvidándose el señor jefe superior de que él se metiera en el coche para ir a Montelusa! ¡Ni harto de vino!

—No puedo; se lo aseguro —dijo con voz apesadumbrada.

—¿Por qué?

Tenía que inventarse una trola que justificara su imposibilidad de moverse de casa. Decidió abandonarse a la improvisación.

—Verá, al volver a casa he resbalado y me he hecho un esguince que no...

—¡Que no le impide ver a una tal Laura! —lo cortó, irónico, Bonetti-Alderighi.

Montalbano se picó de nuevo.

—Aparte de que esa tal Laura es la fisioterapeuta que va a intentar ponerme en forma con unos masajes, cosa que entre paréntesis no imagina usted cuán ardientemente deseo, si su intención es aludir a un encuentro de cierto tipo, le advierto que un esguince no me impediría...

Afortunadamente, Bonetti-Alderighi lo interrumpió; si no, habría empezado a decir groserías.

—¿No puede moverse?

—No.

—¿Y si mando a alguien a buscarlo?

—No creo que pudiera tampoco.

Breve pausa de reflexión por parte del señor jefe superior.

—Entonces iré yo a su casa.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—¡Ahora noooooo! —Se le escapó una especie de aullido lobuno. Debía evitarlo como fuera, a toda costa.

—¿Por qué grita así?

—Me ha dado una punzada en el pie.

Si Bonetti-Alderighi acudía, inevitablemente se encontraría con Laura, que quizá fuera de uniforme. Resultaría difícil convencer al jefe superior de

que las fisioterapeutas llevaban el mismo uniforme que los oficiales de la Marina. Y la cosa acabaría mal.

—No se moleste, señor jefe superior; intentaré levantarme e ir a su despacho.

—Lo espero.

¿Y ahora qué hacía?

Para empezar, avisar a Laura. Telefoneó a Capitanía y le dijeron que ya se había ido; la llamó al móvil, pero lo tenía desconectado. A continuación llamó a Gallo y le dijo que fuera a buscarlo con el coche de servicio.

Maldiciendo, se quitó el zapato y el calcetín del pie izquierdo, fue al cuarto de baño, se puso medio paquete de algodón alrededor del tobillo y lo sujetó con un rollo entero de gasa y esparadrapo. Había hecho un trabajo fino: toda la zona parecía realmente hinchada como consecuencia de un esguince.

Después intentó ponerse una zapatilla, pero no hubo manera de meter el pie, así que la cortó con unas tijeras. Ahora el pie entraba, pero la zapatilla era demasiado ancha y se le caía a cada paso. Desesperado, cogió un rollo de cinta adhesiva y envolvió con ella pie, tobillo y zapatilla.

Para hacer más creíble la cojera, debía apoyarse en un bastón. En casa no tenía ninguno; buscó en el trastero y encontró un mango de escoba de plástico rojo.

Ahora tenía toda la pinta de un pastor del Campidano.

Al verlo, Gallo se quedó estupefacto.

—*Dottore*, ¿qué le ha pasado?

—No me toques los cojones y llévame a Jefatura.

Estaba tan negro que, a su lado, la tinta de sepia parecía gris. Gallo no se atrevió a volver a abrir la boca en todo el viaje.

* * *

Bonetti-Alderighi no pareció advertir el atavío pastoril. No le ofreció asiento, pero Montalbano se sentó de todos modos, emitiendo, como era de prever, lamentos y suspiros.

Sin embargo, el jefe superior no los oyó o fingió no oírlos. Levantó la mano derecha y, sin hablar, mostró los dedos índice y corazón separados.

Montalbano miró primero los dedos y luego, con gesto interrogativo, la cara de cabreo del jefe superior.

—Dos —dijo entonces este último.

—¿Quiere jugar a la morra? —preguntó Montalbano, adoptando la expresión de un inocente angelito. ¿Por qué no se habría mordido la lengua?

La mano de Bonetti-Alderighi se cerró, y el puño golpeó la mesa con tal fuerza que estuvo a punto de partirla.

—¡Por el amor de Dios, Montalbano! ¡Usted está loco de atar! Pero ¿cómo es que no se da cuenta?

—¿De qué?

—¡Ha habido dos homicidios en Vigàta! Y usted... —La ira lo ahogó, lo hizo toser.

Tuvo que levantarse, abrir el minibar y beber un vaso de agua. Volvió a sentarse un poco más calmado.

—¿Admite tener conocimiento de que el hombre encontrado en el bote había sido asesinado?

—Sí. Y lo cierto...

—¡Punto en boca! ¿Admite tener conocimiento de que un marino magrebí ha sido asesinado?

—No sé por qué no debería...

—¡Cállese! ¿Admite haber iniciado una investigación sobre estos hechos?

—Desde luego. Era mi deber...

—¡Silencio!

Punto en boca, cállese y silencio. Montalbano admiró la variedad de intimaciones del jefe superior. Quiso averiguar si era capaz de encontrar más.

—Verá, señor jefe superior...

—¡Ni una palabra! Por el momento, hablo solo yo.

Punto en boca, cállese, silencio y ni una palabra. Hizo otro intento.

—Pero quisiera...

—¡Shhhh! —dijo el jefe superior, acercándose el índice a la nariz.

No, shhhh no valía; tenía que ser una palabra. Y Montalbano no quiso seguir jugando, así que no dijo nada más.

—Ahora, responda a la pregunta que voy a hacerle, pero sin tergiversar, sin divagar, sin...

—¿... desviarse, titubear, ganar tiempo, jugar sucio...? —sugirió Montalbano de un tirón, con más recursos que el diccionario de sinónimos.

El jefe superior lo miró perplejo.

—¿Está tomándome el pelo?

Montalbano puso cara de compungido.

—¡Jamás me lo permitiría!

—¡Entonces no diga gilipolleces y responda!

—¿Me permite una observación?

—No.

Montalbano se calló.

—¡Responda!

—Si no me deja hacer la observación...

—¡Adelante! ¡Hágala y responda!

—La observación es esta: debo señalarle humildemente que se le ha olvidado hacerme la pregunta.

—Ah, sí. ¿Lo ve? Usted es el único capaz de sacarme de mis casillas hasta el punto de...

—¿Confundirlo? ¿Trastornarlo? ¿Desorientarlo? ¿Hacerle perder el norte?

—¡Basta, por el amor de Dios! ¡No necesito sus estúpidas sugerencias! En pocas palabras: ¿por qué no se ha dignado poner al corriente de esa investigación ni al ministerio público ni a mí? ¿Puede explicármelo?

—¿Y usted cómo se ha enterado?

—¡No haga preguntas necias! ¡Limítese a responder y punto!

A fuerza de hablar, Bonetti-Alderighi iba a conseguir que no llegara a tiempo a la cita con Laura. Montalbano decidió cortar por lo sano.

—Se me ha olvidado por completo.

—¡¿Se le ha olvidado?! —repitió, atónito, el jefe superior.

Montalbano abrió los brazos.

Bonetti-Alderighi se puso más colorado que un tomate, y emitió primero un rugido y luego un berrido que parecieron salidos directamente del zoo.

—Pero ¿usted qu... qué se cree? ¿Que gestiona una agencia pri... privada de investigación? —gritó, balbuciendo a causa de la ira, a la vez que se levantaba apuntándolo con un dedo.

—No, pero...

—¡Punto en boca!

¿Qué hacía? ¿Iba a empezar otra vez con esa letanía de punto en boca, silencio, ni una palabra? ¡Así no acabarían en toda la noche!

—¡Y escúcheme bien! —prosiguió el jefe superior—. ¡Desde este momento queda usted relevado!

—¿De qué?

—De la investigación. Se ocupará de ella el *dottor* Mazzamore.

No lo había oído nombrar en su vida. Debía de haber llegado hacía poco. Cambiaban cada quince días. La Jefatura Superior de Montelusa parecía una estación de paso. El único que nunca se iba era el plomazo de Bonetti-Alderighi.

Iba a protestar cuando pensó que así tendría más tiempo para dedicarle a Laura.

—Entonces, si me permite, me retiro —dijo Montalbano, que tenía prisa por irse.

Se apoyó en el mango de escoba y se levantó, quejándose y torciendo la boca como quien sufre un agudo dolor, pero el jefe superior no se conmovió.

—¿Adónde va?

—Voy a casa a tumbarme porque...

—¡Ja, ja, ja! —Rio como si fuera el propio Mefistófeles.

—Perdone, ¿por qué se ríe?

—¡Usted no se va a su casa!

Montalbano palideció. Por un instante temió que Bonetti-Alderighi quisiera arrestarlo. Ese era muy capaz. Pero el jefe superior continuó:

—Ahora va a ir usted al despacho del *dottor* Lattes, que está esperándolo. Deben comprobar qué documentos fueron destruidos.

Y en vista de que Montalbano, anonadado, no se movía, lo animó:

—¡Vaya! ¡Vaya!

El recorrido que hizo por la antesala, cojeando para no salirse del papel, fue una retahíla interminable de blasfemias.

Al verlo, Lattes ni siquiera se percató del atavío de pastor sardo, sino que le preguntó:

—¿Cómo está su pequeño?

—Ha muerto —respondió Montalbano, lúgubre. ¡Con lo que le habían hinchado las pelotas, al infierno la promesa hecha a Livia!

Lattes se levantó y fue a abrazarlo.

—Mi más sentido pésame.

Quizá había una escapatoria. Montalbano hundió la cabeza en su hombro y emitió una especie de sollozo.

—Y en vez de estar con mi pequeño... tengo que estar aquí con usted...

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Lattes, abrazándolo todavía más fuerte—. ¡Vaya a casa! Ya hablaremos otro día.

Montalbano estuvo en un tris de besarle la mano.

* * *

Salió del despacho de Lattes a las diez pasadas. Bajó a toda pastilla la escalera en vez de utilizar el ascensor, que era lento, y montó precipitadamente en el coche.

—¡A Marinella! ¡Deprisa!

—¿Pongo la sirena? —preguntó Gallo, encantado.

—Sí.

En un coche de carreras en Indianápolis, Montalbano habría sufrido menos. Al cabo de un momento cayó en la cuenta de que, si ya no tenía que ocuparse de la investigación, era inútil que Mimì pasara otra noche haciendo gimnasia con la señora Giovannini. Podía ahorrársela.

Marcó el número del móvil de Augello.

—Soy Montalbano. ¿Puedes hablar?

—¡Queridísimo Gianfilippo! —exclamó Augello—. ¿Desde dónde llamas? ¡Es un placer oírte! Dime.

O sea, que no podía hablar. Seguramente tenía al lado a la señora Giovannini.

—Quería decirte que no es necesario que sigas con lo que estás haciendo.

—¿Por qué?

—Porque el jefe ha decidido retirarme del caso. Así que el asunto ya no es cosa nuestra.

—Oye, Gianfilippo, no creo que ahora puedas retirarte, ¿me explico? Es demasiado tarde. Si estás en el baile, debes bailar. Lo siento, pero así es como

yo lo veo. Hablamos mañana. Adiós.

Lo que significaba que su llamada había llegado fuera de tiempo.

Vio que el coche de Laura no estaba en la explanada. Se despidió deprisa de Gallo, abrió la puerta y entró.

Laura no estaba en la galería, como la otra vez.

No lo había esperado, o debía de haberlo esperado hasta convencerse de que ya no iría, y se había marchado.

Fue a poner la cabeza debajo del grifo para que se le pasara el cabreo y después se armó de valor y la llamó.

—Soy Salvo.

—¿Sí? —dijo ella en tono glacial.

Debía mantener la calma e intentar explicar bien lo que había sucedido.

—Discúlpame, Laura, te pido perdón, pero es que me ha llamado el jefe superior y...

—He supuesto que habías tenido un contratiempo.

Y entonces ¿por qué hablaba como si estuviese mosqueada?

—Oye, podemos arreglarlo así. Si dentro de un cuarto de hora bajas a la calle, paso a recogerte.

—No.

No lo había dudado ni un segundo. Un «no» seco y limpio como un disparo en el pecho. Insistió.

—Piensa que, después de todo, no es tan tarde. ¿Has cenado?

—Se me ha pasado el hambre.

Ahora tenía una voz rara; ni de indiferencia ni de enfado, sino como una pared lisa sobre la cual toda palabra resbalaba sin dejar huella.

—Venga, yo haré que vuelva a entrarte.

—Demasiado tarde.

—Vale, pero voy igualmente.

—No.

—¡Por lo menos estemos media horita juntos!

—No.

—¿Te has enfadado? Te he llamado para avisarte del retraso a Capitanía y al móvil, y no...

—No me he enfadado.

—Vale. ¿Nos vemos mañana?

—No creo.

—Pero ¿por qué?

—Porque he estado pensando y he llegado a la conclusión de que la llamada del jefe ha sido providencial.

Una llamada de Bonetti-Alderighi en ningún caso podía ser providencial. Sería algo contra natura.

—No te entiendo. ¿En qué sentido?

—En el sentido de que el destino quería que sucediese así. Ha sido una señal precisa.

¿Deliraba?

—Oye, explícate mejor.

—Significa que entre nosotros dos ni puede ni debe haber nada.

—¡No me digas que crees en esas estupideces!

Ella no contestó, y Montalbano se subió a la parra.

—¿Qué haces, lees todas las mañanas el horóscopo en el periódico?

Laura colgó.

Montalbano volvió a marcar el número, pero el teléfono sonó en vano.

* * *

Naturalmente, perdió el apetito.

No le quedaba otra que sentarse en la galería provisto de tabaco y *whisky*, a la espera de que remitiese el cabreo para poder irse a dormir.

«Un momento, Montalbà. ¿No te parece extraño que el sentimiento que estás experimentando ahora sea solo de cabreo, y no de disgusto o dolor?».

«Y si solo estoy cabreado, ¿significa algo?».

«Sí, señor, significa algo».

«¿Y si posponemos el razonamiento hasta haber comprobado si tienes suficiente *whisky* y tabaco?».

Tabaco tenía tres paquetes, *whisky*, en cambio, menos de media botella. Mejor comprar otra.

Fue al bar de Marinella, volvió, y cuando se disponía a abrir la puerta oyó el teléfono. Con las prisas, se hizo un lío con las llaves y tuvo que dejar la botella en el suelo para abrir.

Por descontado, cuando levantó el auricular oyó la señal de línea disponible.

¿Sería posible que nunca llegara a tiempo de coger una llamada?

Seguro que era Laura.

¿Y ahora qué? ¿La llamaba él? ¿Y si no había sido Laura? En ese momento el teléfono empezó a sonar de nuevo.

—¡Laura!

En el otro extremo, silencio total. A ver si iba a ser otra vez el capullo de Bonetti-Alderighi...

—¿Quién es?

—Soy Livia.

Al instante quedó empapado de sudor.

—Y quisiera saber quién es esa Laura —añadió ella.

Desesperado, sin saber qué decir, Montalbano se echó a reír.

—¡Ja, ja, ja!

—¿Te parece una pregunta divertida?

—Conque celosa, ¿eh?

—Claro. Contesta sin hacer el idiota.

Lo dijo en un tono clavado al de Bonetti-Alderighi.

—No me creerás, pero, cuando has llamado, no recordaba el nombre de la amada de Petrarca, y me he acordado justo al levantar el... la... lo...

—... los... las —completó Livia—. ¿Y me consideras tan tonta como para tragarme semejante explicación?

El sudor ya inundaba los ojos de Montalbano, le nublabla la visión, y el auricular le resbalaba de la mano.

—Perdona, ¿puedo llamarte dentro de cinco minutos?

—No —contestó Livia, y acto seguido colgó.

Quince

Esa llamada de Livia era justo lo que no necesitaba. Abatido, regresó a la puerta a buscar la botella, la dejó en la mesa de la galería, fue a lavarse y finalmente se sentó.

¿Sobre qué tenía que razonar?

Ah, sí, sobre por qué experimentaba solo un sentimiento de cabreo y no de disgusto o dolor.

Pero ¿era necesario afrontar ese asunto en ese momento, mientras tenía una gran confusión mental? ¿No se podía aplazar?

«No; creo, por el contrario, que es el momento oportuno. Y no busques excusas como un niño. Así que valor y adelante. ¿Cuándo se siente uno cabreado? Responde».

«Bueno, son infinitos los motivos por los que...».

«No, no te vayas por las ramas, no tergiverses, como diría el jefe superior. Cíñete al caso concreto. La pregunta es clarísima: ¿por qué te has cabreado ante la negativa de Laura?».

«Bueno, porque tenía muchas ganas de verla y...».

«¿Seguro?».

«Claro que sí».

«No; te estás mintiendo a ti mismo. Eres como los que hacen trampas con los solitarios».

«Entonces, ¿por qué?».

«Te lo voy a decir. Simplemente porque no has conseguido hacer lo que tenías en mente».

«No; dicho así lo conviertes en algo vulgar. Como si yo solo quisiera...».

«¿Ah, sí? ¿No era ese tu propósito?».

«¡Anda ya, hombre, no digas chorradas!».

«¿Chorradas? ¡De eso nada! Si quisieras de verdad a Laura, a estas horas estarías afligido, desolado, todo lo que quieras, pero no cabreado».

«Explícate mejor».

«Si estás cabreado, significa que lo que sientes por Laura no es verdadero amor. En realidad, el cabreo significa que la consideras como algo que deseas retener, mientras que ella, en el último momento, consigue escapar».

«Quieres decir que la considero como una... un...».

«Digamos como un pez que deseas pescar con un esparavel. Consigues que entre en la red, pero, cuando vas a sacarlo, el pez da un brinco y se lanza de nuevo al mar. Y tú te quedas con el esparavel vacío en la mano, como un idiota. Por eso te cabreas».

«Entonces, lo que siento por ella ¿qué es?».

«Atracción. Deseo. Vanidad. O quizá la consideras una especie de balsa a la que agarrarte desesperadamente para no morir ahogado en el mar de la vejez».

«O sea, que no es amor».

«No. ¿Y sabes qué te digo? Que si estuvieras enamorado en serio, intentarías entender incluso las razones de Laura, sus dudas».

* * *

Continuó así durante dos horas más, hasta que, vacía la botella, apoyó la cabeza en los brazos cruzados sobre la mesa y cayó en una especie de duermevela inquieto.

Lo despertó el fresco del amanecer.

Se levantó, entró en casa, se dio una ducha bien caliente, se afeitó y se tomó la habitual taza de café.

No podía parar de darle vueltas a una pregunta: ¿sería capaz de no volver a ver a Laura? ¿Tendría fuerzas para ello?

La conclusión a la que había llegado era que respetaría sus sentimientos, que no la forzaría, que no tomaría ninguna iniciativa.

Pero, por el momento, tenía que pasar el rato hasta que fuese la hora de ir a trabajar. Decidió coger el *Cancionero* de Petrarca y leerlo a la primera luz de la mañana.

Estuvo un buen rato leyendo, pero cuando llegó a la poesía que decía: «Surca mi nave llena de olvido / un mar bravío, a medianoche y en invierno, / entre Escila y Caribdis...» no pudo más; se le había hecho un nudo en la garganta.

¿No se encontraba él también como en una tormenta, entre Escila y Caribdis?

Cerró el libro y miró el reloj. Las siete.

* * *

Fue entonces cuando llamaron a la puerta. ¿Quién podía ser tan temprano? Por un momento tuvo la esperanza de que fuese Laura, que pasaba por su casa antes de incorporarse al servicio. Fue a abrir. Era Mimì Augello.

Somnoliento, extenuado, sin afeitarse.

—¿Cómo te encuentras, Mimì?

—Hecho picadillo. —Y a continuación, su primera pregunta fue—: ¿Tienes café? —La segunda—: ¿Puedo darme una ducha? —Y la tercera, a modo de conclusión—: ¿Puedo utilizar tu maquinilla de afeitarse?

Finalmente, limpio, despejado y sentado en la galería, empezó a contar lo acaecido.

—Cuando me llamaste anoche, ya estaba a bordo y no tenía ninguna excusa para irme. ¿Por qué lo hiciste?

—¿El qué?

—Llamarme.

—Para ahorrarte la noche.

—No lo creo.

—Entonces, según tú, ¿por qué?

—Porque te entraron remordimientos.

—¿Por ti? ¡Ja, ja, ja! ¡No me hagas reír, anda!

—Por mí, no. Por Beba. Comprendo por qué me llamaste. Te sentiste culpable de haberme mandado a la cama con Liv... con la señora Giovannini.

Montalbano comprendió que Mimì tenía razón. A decir verdad, no había pensado abiertamente en Beba; había hecho la llamada siguiendo un impulso que en aquel momento no supo explicarse. Había actuado y punto. ¡Bien por Mimì! ¡Había dado en el clavo! Pero no tenía ganas de darle esa satisfacción.

—Yo no te dije en ningún momento que te acostaras con ella.

—¿No? ¡Menudo hipócrita estás hecho! ¡Es una mujer, y tú viste que es de las que se ponen el mundo por montera! No me lo dijiste, pero estaba implícito. Dejémoslo correr, será mejor. ¿Todavía te interesa saber lo que pasó?

—Claro.

—Pero ¡si el jefe superior te ha quitado el caso!

—Tú cuéntamelo de todos modos.

—Cenamos a bordo.

—Perdona que te interrumpa. ¿Hablasteis de Chaikri?

—Solo de pasada. La señora Giovannini le dijo al capitán...

—¿Cenó con vosotros?

—Sí, pero si me interrumpes cada...

—Disculpa.

—Le dijo al capitán que solicitara la entrega del cadáver; así lo entierran y pueden irse. Continúo. Tu llamada llegó demasiado tarde porque ya les había dicho a Livia y Sperli que aceptaba trabajar con ellos.

—¿Te explicaron mejor de qué se trataba?

—Solo me quedó una cosa clara. Livia dijo que había pensado mucho en mi posible participación y que, en lugar de tener mi base en Sudáfrica, era mejor que me estableciese en Freetown.

—¿Dónde está eso?

—En Sierra Leona. Yo le contesté que no tenía ninguna importancia, que lo esencial para mí era ganar cuanto más dinero, mejor. E insinué claramente que estaría dispuesto a cerrar no uno, sino los dos ojos.

—Pero ¿te dijeron qué intereses tienen en esos países?

—Sí, plantaciones de café y tabaco, además de una elevada participación, que no se hace pública, en actividades extractivas.

—¿Actividades extractivas? ¿Y eso qué significa?

—Mineras, creo.

—¿Averiguaste algo más?

—No. Estoy convocado hoy a las cinco para definir los términos del contrato. Tal vez en ese momento me digan más. ¿Qué opinas? ¿Debo volver a bordo o no? Si ya no tenemos el caso...

—Déjame pensar un momento. ¿Y durante la noche?

—¿Quieres los detalles de lo que le gusta a Livia?

—¡Ya te he dicho que no la llames así! No; solo quiero saber si pasó algo que...

—Espera. Sí, algo pasó. Hacia medianoche, el capitán llamó a la puerta. Liv... la señora Giovannini fue a abrir tal como estaba, desnuda. Hablaron él fuera y ella dentro; luego la señora cerró la puerta, fue a la caja fuerte que tiene en el camarote, y que es bastante grande, la abrió, sacó un legajo, se puso una bata y salió. Yo me levanté y eché un vistazo al interior de la caja fuerte, pero sin tocar nada.

—¿Y qué había?

—Bastante dinero, euros, dólares, yenes... Y carpetas y legajos todos amontonados, cinco o seis libros de registro, y también un cartapacio gordísimo en que ponía «Proceso de Kimberley».

—¿Y eso qué significa?

—Ni idea. Oye, entonces, ¿qué hago?

—Teóricamente, deberías desaparecer de escena. Ya no tienes las espaldas cubiertas; si vuelves al Vanna, lo harás sin estar autorizado.

—Pero es una lástima abandonar ahora.

—Estoy de acuerdo, pero ¿qué quieres hacer?

—Ir a la reunión de las cinco. Estoy seguro de que me dirán algo que nos servirá para joderlos.

—¿Y después cómo te quitas de en medio? No puedes decirles que lo sientes mucho, pero que has cambiado de idea y no vas a ir con ellos.

—¡Eso ni pensarlo! ¡Me matan!

—¡Ya lo tengo! —exclamó de pronto Montalbano.

—¿El qué?

—Cómo poner tierra de por medio. Utilizando el método Chaikri.

—O sea...

—¡Te detengo!

—Pero ¿qué tonterías dices de buena mañana?

—Mimì, créeme, es la única solución. Tú me llamas cuando vayas a subir a bordo del Vanna. Fazio y Gallo fingen estar de servicio en el puerto. Si tienes noticias importantes, mientras bajas por la pasarela, te sueñas. Un

minuto después estás esposado. Reaccionas armando un buen escándalo, pues tienen que enterarse los del Vanna y los del As de corazones; así sales de escena y me cuentas en la comisaría lo que has averiguado. Si no te suenas, eso querrá decir que no tienes nada nuevo que contarnos y no serás arrestado. ¿Está claro? Te veo dubitativo, ¿qué pasa?

—Esperemos que me acuerde de llevar un pañuelo en el bolsillo. Siempre se me olvida.

* * *

Augello se marchó y Montalbano fue a la estantería por el Calendario Atlante, que ya había consultado días atrás. Su ignorancia geográfica resultaba vergonzosa, a veces hasta era capaz de equivocarse en la posición de los cinco continentes.

Lo primero que hizo fue buscar Sudáfrica. Y enseguida se topó con Kimberley, que era donde se encontraban los mayores yacimientos de diamantes, tan grandes que el sitio se había convertido en monumento nacional. Además, había minas de platino, hierro, cobalto y de muchas otras cosas de las que no tenía ni idea.

Producían tabaco, pero no café.

Las plantaciones de café estaban, junto a otras de tabaco, en Sierra Leona. Y en cuanto a diamantes, platino, cobalto y demás, también allí estaban bien provistos.

Bueno, estaban bien provistos los propietarios de las minas, todas pertenecientes a sociedades extranjeras, puesto que el Calendario Atlante decía que la esperanza de vida de la población —ponía literalmente eso: esperanza de vida— era de treinta y siete años para los hombres y treinta y nueve para las mujeres.

Por tanto, lo que la señora Giovannini le había contado a Augello coincidía con la realidad.

Sin embargo, en su interior había empezado a sonar una especie de timbre de alarma machacón. En un intento de silenciarlo, volvió a leerlo todo desde el principio, con el resultado de que el timbre se puso a sonar más fuerte, tanto que temió que estuviera pasándole algo en el cerebro. Hasta que se percató de que era el teléfono.

En un primer momento decidió no contestar; después pensó que podía ser Laura y se precipitó hacia el aparato.

—*Dottori*, discúlpeme si me permito molestarlo mientras usía está en su casa.

—Dime, Catarè.

—Acaba de *tilifonear* ahora mismito el *dottori* Micca.

El único Micca que conocía era el piemontés Pietro, aquel que salía en los libros de historia.

—¿Te ha dicho el nombre?

—Sí, *siñor dottori*. De nombre se llama Hierba.

—¿Como la que crece en el campo?

—Eso mismísimo, *dottori*.

Hierba Micca. ¡Geremicca!

—¿Y qué te ha dicho?

—Ha dicho que usía vaya a verlo.

—Oye, Catarè, como debo ir a Montelusa, tendrías que hacerme un favor mientras tanto.

—¡A sus órdenes, *dottori*!

Seguro que se había puesto de pie y estaba en posición de firmes.

—Tendrías que buscarme «Proceso de Kimberley» en internet.

—Ningún problema, *dottori*. Basta con que usía me diga cómo *si* escribe.

—Lo intentaré. La primera letra es una ka.

Pasó un momento sin que Catarella hablara. Quizá había ido a buscar un bolígrafo.

—¿Catarè?

—¡Aquí estoy, *dottori*!

—¿La has escrito ya?

—Todavía no, *siñor dottori*.

—¿Por qué?

—Estaba pensando si las letras sudacas son como las nuestras o son diferentes, porque si son...

—¡Catarè! ¡No he dicho «sudaca», he dicho «es una ka»! ¡Una ka, como la de kilómetro!

—¿Y cómo *si* escribe kilómetro?

A ese paso tardaría una semana. ¡Si conseguía superar el escollo de la ka, después estaba la i griega del final!

—Oye, Catarè, haremos esto: ahora te lo escribo en un papel, paso por la comisaría antes de ir a Montelusa y te lo dejo.

* * *

Mientras se dirigía a Vigàta, pensó que la llamada de Geremicca venía al pelo. Si quería verlo, es que debía de haber recibido noticias del colega francés. Lo que significaba que la investigación se enriquecería con nuevos elementos y él podría dedicarse a ella en cuerpo y alma. Se la traía floja que el jefe superior lo hubiera relevado; él continuaría trabajando en el caso. Necesitaba esa investigación más que el comer por una razón sencillísima: porque así no tendría tiempo para pensar en Laura.

Llegó a la comisaría, paró el coche sin aparcar, bajó dejando la puerta abierta, entró, le dio a Catarella el papel en que había escrito «Proceso de Kimberley» y dijo:

—Vuelvo dentro de una hora.

—¡Espere, *dottori*!

—¿Qué pasa?

Catarella estaba incómodo, porque se miraba la punta de los zapatos y abría y cerraba las manos.

—Bueno, ¿qué?

—Verá, *dottori*, debería decirle una cosa, pero no *mi* gusta decirla y por eso no sé si decírsela o no.

—Vale, cuando decidas lo que debes hacer, me mandas un telegrama.

—¡*Dottori*, no es para tomárselo a risa!

—¡Entonces habla y acabemos de una vez!

—*Dottori*, por favor, entre en su despacho.

Si esa era la manera de no perder más tiempo... Catarella fue detrás de él. La puerta del despacho estaba cerrada. Montalbano giró la manija y entró.

Dentro estaba Fazio de espaldas, plantado delante de la mesa. Al oír que llegaba alguien, se volvió apartándose a un lado. Entonces el comisario vio que en el centro de la mesa había una corona fúnebre de flores blancas, de esas que se ponen encima del ataúd.

Se quedó blanco como el papel; de pronto recordó el sueño de su funeral.

—¿Qué... qué...?

No podía hablar. Miró a Fazio, que tenía el semblante sombrío y parecía bastante preocupado.

—*Dottore*, ¿qué quiere que sea? Es una clásica advertencia mafiosa.

Era cierto. Montalbano se acercó al archivador, sobre el cual tenía una botella de agua, y se bebió un vaso mientras el cerebro le funcionaba a toda velocidad.

Solo había una explicación posible para esa amenaza. Sin duda la mafia tenía algo que ver con la investigación sobre el Vanna y el As de corazones. Mandándole esa corona querían decirle que, si no abandonaba el caso, lo matarían. ¡Ni los Cuffaro ni los Sinagra habían llegado nunca tan lejos con él! A ver si al final el sueño iba a acabar haciéndose realidad...

—Hay que informar de inmediato al jefe superior —dijo Fazio.

Montalbano no contestó. Le dio un fuerte manotazo a la corona y la tiró al suelo.

—Catarella, cógela y tirla a la basura.

Catarella se agachó, la cogió, y estaba a punto de salir cuando Montalbano le preguntó:

—¿Cuándo la han traído?

—Justo cinco minutos antes de que usía *lligara*.

—¿Has visto quién la traía?

—Sí. Ciccino Pànzica, el florista.

—Fazio, dentro de cinco minutos quiero delante de mí a ese tal Pànzica.

Debía reconocerlo: estaba un poco impresionado. Pero no lo estaría en absoluto si no hubiese tenido aquel maldito sueño.

* * *

Ciccino Pànzica era un sexagenario de piel rosada como de cerdo. Entró, saludó y empezó a hablar.

—Le pido disculpas si...

—Las preguntas las hago yo.

—Como usía quiera.

—¿Quién te encargó esa corona?

—No me dijo quién era. Recibí una llamada.

—¿Cómo quedasteis para el pago? —intervino Fazio.

—El que llamó dijo que pasaría alguien a pagar.

—¿Y pasó?

—Sí, señor, anoche.

—¿Lo reconocerías?

—Si lo veo, desde luego. Iba de uniforme.

Montalbano y Fazio se miraron, perplejos.

—¿Qué uniforme llevaba? —preguntó de nuevo Fazio.

—El suyo.

¡Un mafioso disfrazado de policía! El asunto resultaba cada vez más preocupante.

—¿Puedo decirles lo que quería decir al principio? —preguntó el florista.

—Dilo.

—El agente también me dio una nota, pero se me olvidó mandarla con la corona.

«Pero normalmente este tipo de amenaza no incluye mensajes escritos», pensó Montalbano.

—Dámela —dijo.

El hombre le tendió un sobre. El comisario lo abrió. Contenía una tarjeta de visita con una frase manuscrita: «Mis más sentidas condolencias. Lattes».

Dieciséis

Cuando Montalbano entró en el despacho de Geremicca, no sabía que al cabo de muy poco, entre aquellas cuatro paredes, se pronunciaría una palabra, una sola, que bastaría para guiarlo hacia el camino correcto.

Al ver a Montalbano, Geremicca se levantó y, sonriente, sacudió la mano derecha en el aire varias veces para expresar que había sucedido algo importante.

—¡Montalbà, has abierto la caja de los truenos!

—¿Yo? ¿Cómo?

—Le mandé a mi colega francés a través de internet unas imágenes del pasaporte que me diste. Y después le dije que, según tú, el nombre del sujeto pertenecía a un personaje de una novela de Simenon, si no recuerdo mal.

—Así es. ¿Y qué pasó?

—Pasó que empezó a contarme que hace un mes arrestaron a un falsificador importante, un maestro en la materia, que no reveló los nombres de sus clientes. No obstante, consiguieron incautarse, entre otras cosas, de dos pasaportes terminados. Con el tuyo, los pasaportes pasaron a tres. Y fue así, siguiendo la pista que nosotros le habíamos dado, como finalmente mi colega logró descubrir que ese falsificador tenía la costumbre de poner nombres ficticios tomados de personajes de la literatura francesa. ¡Imagínate!

—Por lo visto le gustaba leer.

—¡Y te digo más! Los nombres que escogía guardaban relación, de un modo u otro, con algo de la vida del cliente.

—¿Puedes explicarte mejor?

—Claro. Para que lo entiendas: mi colega me dijo que Émile Lannec, el personaje de la novela, es propietario de un pequeño barco. ¿Es así?

—Así es.

—Pese a la cara destrozada, mi colega ha reconocido, por los otros datos, al hombre del pasaporte. Se llama Jean-Pierre David, sin antecedentes penales pero al que seguían los pasos desde hacía tiempo.

—¿Y qué es lo que tiene alguna conexión con su vida?

—El padre de David poseía un pequeño barco que se hundió. Tu observación ha permitido a los franceses llegar hasta la verdadera identidad de los otros dos que tenían los pasaportes a punto. Te lo agradecen sinceramente, porque tu descubrimiento está ayudándolos mucho.

—¿Y por qué seguían los pasos de David?

—Parece que formaba parte de una gran organización que se dedica a traficar.

—¿Con qué?

—Diamantes.

Montalbano saltó de la silla. Durante un instante no vio absolutamente nada. El relámpago que le había atravesado el cerebro era tan fuerte que lo había cegado.

* * *

¿Y ahora qué?

Su primer deber sería correr al despacho de Mezzamore o Mozzamore, o como leches se llamara, y referirle de pe a pa todo lo que había averiguado. Ojo: «sería», condicional. Porque, conforme a la orden que le había dado el jefe superior, él no debería haber ido a ver a Geremicca esa mañana. Debería haberle dicho por teléfono: «Amigo mío, te estoy muy agradecido, pero toda la información que tengas debes pasársela al compañero Mizzamore; él es quien se ocupa ahora del caso».

En cambio, había ido, lo que suponía un acto de insubordinación. Si ahora le contaba a Mozzamore la historia de la identificación, el jefe superior podría acusarlo de insubordinación, de...

«Pero ¿no te avergüenzas de esgrimir excusas tan ridículas? —lo reprendió la voz de la conciencia—. La verdad es que eres tan egoísta, tan mezquino, que no quieres compartir con nadie...».

«¿Quieres hacerme reflexionar un poco?», respondió Montalbano.

¿Referir o no referir? Esa era la cuestión.

Al final, la conciencia salió vencedora. Rodeó el edificio, entró por la puerta principal y preguntó por el despacho del *dottor* Mezzamore.

—¿Mazzamore? —lo corrigió el de información, que conocía a Montalbano—. Mire, está justo al lado del despacho del *dottor* Lattes.

Ay, ay, ay... Habría que proceder con suma cautela.

En vez de montar en el ascensor, subió por la escalera. Al llegar al rellano, asomó la cabeza al pasillo. Y vio precisamente a Lattes, plantado allí en medio, hablando con uno.

No, no podría seguir adelante con la historia del inexistente hijo muerto. Dio media vuelta y se marchó. A Mazzamore lo llamaría por teléfono. Pero en su debido momento, sin prisas.

«¡Menuda excusa te has buscado!», le dijo, irónica, su conciencia.

Él la mandó a un sitio al que quizá, y hasta sin quizá, la mandaba demasiado a menudo.

* * *

—¡Ah, *dottori*, *dottori*! ¡Ah, *dottori*!

Montalbano sabía lo que significaba esa quejumbrosa letanía.

—¿Ha llamado el jefe superior?

—Sí, *signor*, ahora mismito ha *tilifoneado*.

—¿Qué quería?

—Dijo que usía debe ir con urgentísima urgencia al despacho de él, el *signor* jefe *supirior*.

¡Pues solo le faltaba eso! Ni hablar, no podía arriesgarse a un cara a cara con Lattes. Como mínimo, tendría que darle las gracias por la corona fúnebre.

—Dile a Fazio que venga a verme inmediatamente. Ah, oye, ¿has encontrado algo sobre el Proceso de Kimberley?

—Sí, *signor dottori*, ahora *si* lo imprimo.

Al entrar en su despacho, vio que una flor se había desprendido de la corona al darle el manotazo y se había quedado en el suelo. Se agachó, la recogió y la arrojó por la ventana. Nada debía recordarle el sueño de su funeral.

—A sus órdenes —dijo Fazio, entrando en el despacho.

—Tienes que hacerme un favor. Debes telefonar al jefe superior.

Fazio lo miró sorprendido.

—¿Yo?!

—Sí, tú, ¿qué pasa? ¿Te ofende? ¿Te avergüenza?

—No, señor *dottore*, pero...

—Nada de peros. Tienes que contarle una mentira.

—¿Sobre qué?

—Quiere verme enseguida, pero yo, por motivos personales, no puedo ir en este momento.

—¿Y qué le cuento?

—Dile que, mientras venía a la comisaría, he chocado con el coche y has tenido que acompañarme a Urgencias y luego a Marinella.

—¿Le importa decirme, por si acaso me lo pregunta, qué se ha hecho en el accidente? ¿Algo grave o poca cosa?

—Como ya le había contado una trola, dile que he vuelto a hacerme daño en el pie del esguince.

—¿Y cómo se hizo ese esguince?

—De la misma forma que ahora.

—Entendido.

—Y ahora me voy corriendo a casa, por si acaso me llama allí.

—Está bien —dijo Fazio, disponiéndose a salir.

—¿Adónde vas?

—Voy a llamar desde mi despacho.

—¿No puedes hacerlo desde aquí?

—No, señor. Las mentiras las digo mejor cuando estoy solo.

Fazio volvió al cabo de menos de cinco minutos.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Montalbano.

—Que en los últimos tiempos usía tiene demasiados accidentes y que debe estar un poco más atento a su salud.

—¿No se lo ha creído?

—En mi opinión, no. *Dottore*, será mejor que se vaya ahora mismo a Marinella. Ese fijo que lo llama.

—¿Te ha dicho algo más?

—Sí, señor. Que usía debe volver a encargarse de la investigación porque el *dottor* Mazzamore está muy ocupado con otro asunto.

—¿Y me lo dices ahora?

—¿Y cuándo tenía que decírselo?

—¡Lo primero de todo!

Se quedaron mirándose un momento.

—No me cuadra —dijo Montalbano.

—A mí tampoco. Pero no es la primera vez que el jefe superior vuelve a darle un caso que previamente le había quitado.

—Sigue sin cuadrarme. De todos modos, te informo que el muerto del bote ha sido identificado: se llamaba Jean-Pierre David y la policía francesa le seguía los pasos.

—¿Por qué?

—Al parecer, estaba implicado en el tráfico de diamantes.

Fazio cerró los ojos hasta reducirlos a una ranura.

—Entonces, los del As de corazones...

—... están metidos hasta el cuello. Pondría la mano en el fuego. Habrá que ver cómo los acorralamos. Y debemos hacerlo rápido; pueden irse de un momento a otro. ¡Ah!, otra cosa.

—Usted dirá.

—Gallo y tú estad preparados. Después de comer, hacia las cinco, tenemos que hacer una cosa.

—¿De qué se trata?

—Probablemente tengamos que arrestar a Augello.

Fazio abrió la boca y volvió a cerrarla. Primero se puso colorado como un tomate y después más blanco que el papel. Se dejó caer sobre una silla.

—¿Po... por qué? —preguntó con un hilo de voz.

—Después te lo explico.

En ese momento entró Catarella con un puñado de papeles en la mano.

—Lo imprimí todo, *dottori*.

Montalbano se metió las hojas en el bolsillo.

—Hasta luego —dijo.

Y se fue a Marinella.

* * *

Pero ¿cómo es que el teléfono tenía ahora la bonita costumbre de ponerse a sonar mientras él abría la puerta? De todos modos, como había perdido la esperanza de que lo llamara Laura, se lo tomó con calma.

Fue a abrir la cristalera de la galería y luego entró en la cocina.

Tendría que comer forzosamente en casa, y por eso quería ver qué le había preparado Adelina. Abrió el horno.

Un auténtico hallazgo: pasta *'ncasciata*, con ese toque especial que le daba al plato terminar la cocción en el horno, y salmonetes a la livornesa.

El teléfono, que había dejado de sonar, empezó de nuevo. Esa vez fue a contestar.

Era el señor jefe superior.

—Montalbano, ¿cómo está?

¡El muy cabronazo, tal como habían previsto Fazio y él, quería asegurarse de que había tenido de verdad un accidente! Y Montalbano estaba preparado para darle lo que quería.

—Bueno, el choque ha sido...

—No hablaba de eso —lo cortó con sequedad.

¿Ah, no? ¿Y de qué, entonces? Lo mejor era quedarse callado y ver por dónde iban los tiros.

—Hablaba de su salud mental, que me tiene muy preocupado.

¿Qué novedad era esa? ¿Le estaba diciendo que creía que se había vuelto loco? Pero ¿cómo se permitía semejante insinuación?

—Oiga, señor jefe superior, yo lo acepto todo, pero sobre mi salud mental, como usted dice, no tolero...

—Déjeme hablar. Y conteste únicamente a mis preguntas.

—Oiga, no estamos...

—¡Montalbano, por el amor de Dios, basta! —explotó Bonetti-Alderighi.

Parecía realmente enfadado. Más valía dejar que se desahogara. Pero Montalbano estaba muy lejos de imaginar lo que iba a preguntarle.

—¿Es cierto que ha sufrido usted una grandísima pérdida estos días?

Montalbano se quedó anonadado. ¡Estaba claro que el lenguaraz de Lattes le había contado lo de la muerte del niño!

—O sea, ¿que ha muerto un hijo suyo? —concretó el jefe superior con voz gélida.

¿Cómo puñetas podía escurrirse?

—¿Y que su mujer está desesperada?

La voz del jefe superior estaba ya bajo cero.

—¿Y le importa explicarme cómo es que en ninguna parte consta usted como casado y con hijos?

Una banquisa polar.

¿Y ahora cómo coño salía de ese berenjenal? Le pasaron por la mente cien posibles respuestas a velocidad supersónica, pero las descartó todas; no le parecieron convincentes. Abrió la boca, pero no consiguió articular palabra. El jefe superior, en cambio, continuó:

—Comprendo.

Un hielo como ese solo era posible obtenerlo en un laboratorio.

—Espero que algún día me revele el motivo de esa vulgar y mezquina tomadura de pelo a un caballero como el *dottor* Lattes.

—No era una... —consiguió articular por fin.

—No creo que de algo tan miserable y grave se pueda hablar por teléfono. Dejémoslo así por ahora. ¿Le han dicho que he tenido que reasignarle el caso?

—Sí.

—Si hubiera sido por mí, no... pero me he visto obligado, contra mi voluntad, a... Se lo digo con todas las letras: si esta vez falla, me lo cargo. Y manténgame constantemente informado del desarrollo de la investigación. Buenos días.

Buenas noches habría sido más apropiado.

¡Madre mía, qué humillación! ¡Como para desear que se lo tragara la tierra! Con todo, la cosa tenía un lado bueno: el *dottor* Lattes nunca más le preguntaría por su familia.

Por otra parte, con el cabreo, al jefe superior se le había escapado un detalle importante: que le había devuelto el caso no por voluntad propia sino por obligación. Por tanto, había intervenido alguien. Pero ¿quién? Y sobre todo, ¿por qué?

Sin embargo, considerando que la llamada del jefe superior ya se había producido y que para sus preguntas no era posible encontrar una pronta respuesta, decidió ir a comer a la *trattoria* de Enzo.

* * *

Fue mientras se acercaba al puerto para dar el habitual paseo cuando se le ocurrió una idea. Quizá pudiera hacer algo que facilitara que a la señora Giovannini se le soltase la lengua y le revelara finalmente a Mimì lo que hacía navegando de acá para allá, y confirmar de ese modo sus chanchullos.

Hizo el recorrido largo, y al llegar a la altura del Vanna se dirigió decidido hacia la pasarela y subió a la cubierta.

—¿Hay alguien?

Le respondió el capitán Sperli desde abajo:

—¿Quién es?

—El comisario Montalbano.

—Venga, venga.

Bajó a la sala común por la escotilla. El capitán estaba terminando de comer; a su lado se hallaba Digiulio, que hacía de camarero.

—¡Ah! —exclamó Montalbano—. Si está comiendo, vuelvo más tarde.

—¡Por favor! Si ya he acabado... ¿Toma un café conmigo?

—Con mucho gusto.

—Siéntese.

—¿No está la señora?

—Sí, pero está descansando. Si quiere...

—¡No, no; déjela dormir! Me he enterado de que han tenido problemas por el carburante. ¿Cómo está la situación?

—Al parecer ha sido una falsa alarma.

—Entonces, ¿piensan zarpar pronto?

—Si mañana por la mañana nos entregan al pobre Chaikri, como nos han asegurado, celebramos el funeral y por la tarde zarpamos.

Digiulio llevó el café. Lo tomaron en silencio. Luego Montalbano empezó a rebuscar en uno de sus bolsillos. Para encontrar más fácilmente lo que necesitaba, sacó los papeles que le había dado Catarella y los dejó sobre la mesa. En el primero estaba impreso en grandes caracteres: «Proceso de Kimberley». Aún no había tenido tiempo de leerlos, pero, cualquiera que fuese su contenido, debían de tener un significado preciso para el capitán, dado que la señora Giovannini guardaba en la caja fuerte una carpeta

etiquetada con ese nombre. Y efectivamente, en cuanto Sperli posó la vista en el papel, Montalbano vio que se sobresaltaba. Finalmente sacó del bolsillo un paquete de tabaco, encendió un cigarrillo y volvió a guardarse los papeles.

Así pues, Sperli se había puesto nervioso.

—Si quiere hablar con la señora, puedo...

—Deje, deje —dijo Montalbano, levantándose—. No es nada importante. Volveré a pasar dentro de un rato. Buenas tardes.

Subió a la cubierta y bajó al muelle. Sperli no se había movido; parecía haberse transformado en piedra.

Quizá fuera oportuno enterarse de qué era el Proceso de Kimberley, puesto que había causado tan hondo efecto en el capitán. Pero lo haría más tarde, en el despacho. Ahora tocaba el paseo.

* * *

Mientras estaba sentado en la roca plana, de repente el pensamiento de Laura lo asaltó con la violencia de un perro rabioso. Sintió un auténtico dolor físico. Tal vez esa violencia se debía a que durante un tiempo había conseguido no pensar en ella gracias a la investigación; tal vez era una especie de venganza. Pero ahora su ausencia se había vuelto lacerante, una herida.

No, no podía llamarla, no debía. Pero al menos podía hacer una cosa sin que tuviera consecuencias.

Subió al coche y se dirigió hacia Capitanía. Delante de la puerta estaban el centinela y dos marineros hablando. Pasó de largo y aparcó más adelante, de modo que por el retrovisor podía ver quién entraba o salía.

Estuvo allí un cuarto de hora, fumando un cigarrillo tras otro. Hasta que, en un momento de lucidez, sintió vergüenza de sí mismo.

¿Qué hacía allí? Esas cosas no las había hecho ni cuando tenía dieciséis años, ¿y las hacía ahora que tenía cincuenta y ocho? ¡Cincuenta y ocho, Montalbà! No lo olvides, ¿o acaso es la estupidez de la vejez lo que te empuja a actuar así?

Humillado y entristecido, arrancó y se fue a la comisaría.

* * *

Nada más sentarse, sacó los papeles de Catarella para empezar a leerlos, pero sonó el teléfono.

—¡Ah, *dottori*! Está al *tilífono* el *dottori* Lattes, que dice que...

—¡No estoy!

Lo dijo tan fuerte que Catarella dio un respingo.

—¡Virgen santísima, *dottori*! ¡*Mi* ha dejado sordo!

Montalbano colgó. No se sentía con ánimos de hablar. ¿Qué justificación podría darle a Lattes? ¿Cómo iba a pedirle disculpas? ¿Con qué palabras? ¿Por qué había sido tan cabronazo y no había seguido el consejo de Livia?

El Proceso de Kimberley era...

El teléfono sonó de nuevo.

—Disculpe, *dottori*, pero hay una *signorita* que dice que querría hablar con usía personalmente en per...

—¿Está al teléfono?

—No, *signor*, está aquí.

No tenía tiempo; debía leer sin falta aquellos papeles.

—Dile que venga mañana por la mañana.

El Proceso de Kimberley era...

De nuevo el teléfono.

—*Dottori*, pido comprensión y perdón, pero la *signorita* dice que es urgentísimo.

—¿Te ha dicho cómo se llama?

—Sí, *signor*. Vanna Digiulio.

Diecisiete

Decir que le había sorprendido no era exacto; si acaso, sintió una especie de pequeña satisfacción por haber acertado de pleno, porque en realidad estaba seguro de que, antes o después, la joven se presentaría para explicarle todo el asunto. Pero una cosa sí le sorprendió, y no poco: que Catarella, por primera vez en su vida, hubiera dicho bien un nombre, sin equivocarse ni deformarlo.

Al verla, por un instante pensó que aquella joven no era la misma que él había conocido. Y que la cosa estaba más embrollada de lo que pensaba. Pero ¿cuántas Vanna Digiulio existían?

Esta era rubia, no llevaba gafas, tenía unos preciosos ojos azules y, sobre todo, no ponía aquella cara de perro apaleado que provocaba compasión. Es más, por cómo andaba, parecía una persona decidida y segura de sí misma.

Sonrió a Montalbano mientras le tendía la mano. Y él, de pie, le devolvió la sonrisa.

—La esperaba —dijo el comisario.

—Y yo estaba segura de que me esperaba —repuso ella.

Empatados. Se le daba bien la esgrima. Montalbano le indicó la silla que había delante de la mesa, y ella se sentó después de dejar en el suelo el gran bolso que llevaba en bandolera.

Empezó a hablar sin que el comisario le hubiera preguntado nada.

—Me llamo Roberta Rollo y tengo el mismo grado que usted, pero desde hace tres años dependo directamente de la ONU.

O sea, que se trataba de algo gordo. Y ella podía tener el mismo grado que él, pero seguro que era bastante más importante que un simple comisario de policía. Montalbano quiso hacer la prueba.

—¿Es usted quien ha obligado al jefe superior a que me reasignara el caso?

—Yo personalmente no. Pero he movido algún que otro peón adecuado
—respondió sonriendo.

—¿Puedo hacerle unas preguntas?

—Estoy en deuda con usted. Pregunte, por favor.

—¿Chaikri era su informador en el Vanna?

—Sí.

—¿La persona con la que Chaikri habló en el cuartel de los carabineros era usted?

—Sí.

—El teniente me insinuó que se trataba de terrorismo, pero yo no lo creo.

—Eso no es una pregunta, sino una afirmación. De todos modos contestaré. Hace bien en no creerlo.

—Porque se trata de tráfico de diamantes.

A Roberta se le pusieron los ojos como platos, unos ojos que se convirtieron en dos lagos azul celeste.

—¿Cómo se las ha arreglado para averiguarlo tan deprisa? Me habían dicho que era usted buen policía, pero no creía que...

—Usted no va a la zaga; consiguió convencerme totalmente con aquella historia de que era la sobrina un poco marginada de la rica propietaria de un velero... ¿Sabe? Hasta llegó a darme un poco de pena. Pero entonces, ¿por qué al mismo tiempo me proporcionó indirectamente una serie de pistas que me llevarían a concluir que era usted una persona distinta de aquella por la que se hacía pasar?

—Nada me impide contárselo todo. La mañana que nos conocimos, cuando me salvó de una situación inesperada y difícil, usted se presentó como el comisario Montalbano. Y era, casualmente, justo la persona que me habían indicado para colaborar en la operación que debía poner en marcha poco después.

—Es decir...

—Habíamos sabido que Émile Lannec...
Montalbano negó con la cabeza.

—¿Qué pasa?

—No se llamaba Lannec, sino Jean-Pierre David.
Roberta se quedó boquiabierta.

—¡Así que Lannec era David!

—¿Lo conocía?

—Ya lo creo. Pero no sabíamos que eran la misma persona. ¿Cómo lo ha averiguado?

—Después se lo cuento. Ahora continúe.

—Bien, sabíamos que Lannec había salido de París para venir aquí. Entonces...

—¿Cuál era el papel de Lannec?

—Espere. Nosotros creíamos que Lannec era una especie de hombre para las emergencias. Intervenía cuando había dificultades.

—Y cuando era David, ¿qué funciones tenía?

—Era uno de los jefes de la organización. Muy importante. Después recibí un aviso de Chaikri. Me decía que el Vanna, debido al mal tiempo, se dirigía hacia Vigàta. Como ya habrá comprendido, tanto el Vanna como el As de corazones forman parte de la misma organización, aunque con cometidos distintos.

—¿Cuáles?

—El Vanna recoge los diamantes y el As de corazones los distribuye. Para nosotros, tenerlos a los dos en el mismo puerto y saber que estaba también Lannec, ¡y figúrese si hubiéramos sabido que en realidad se trataba de David!, representaba una ocasión única. Por eso me apresuré a venir. Pensaba ver cómo estaban las cosas y después, si era el caso, ponerme en contacto con usted para organizar una operación. Pero había un problema. Esa gente sabe quién soy, sabe que ando detrás de ellos desde hace tiempo... Es gente que no vacila ni un segundo en matar a quien haga falta; ya lo ha visto. Así que le puse a usted la mosca detrás de la oreja por si me pasaba algo.

—Eso lo deduje. ¿Y por qué desapareció?

—Por el descubrimiento imprevisto del cadáver de Lannec en el bote. Comprendí que habría mucho movimiento, y eso no me favorecía. Además, el asesinato de Lannec, cometido sin duda en el As de corazones, cambiaba mucho el panorama. Había que pensar con calma.

—Disculpe, pero ¿qué interés tenían los del Vanna en traer de vuelta el cadáver de Lannec? Si lo habían matado sus propios cómplices del As de

corazones...

—¡No lo reconocieron! ¡No podían! ¡Fue un grave error por su parte traerlo a tierra! De hecho, Chaikri me habló de una furibunda discusión entre Livia Giovannini y Sperli, por una parte; y Zigami y Petit... ¿sabe quiénes son?

—Sí, el supuesto propietario del As de corazones y su secretario.

—Discutieron precisamente porque el Vanna había recogido el cadáver.

—¿Todos los miembros de las dos tripulaciones están implicados?

—Los del As de corazones, sí; a bordo del Vanna, solo Álvarez está al corriente.

Esa era la razón por la que Livia Giovannini había organizado las cosas para que no mataran a Chaikri a bordo de su velero.

—¿Cómo es que solo él?

—Álvarez es angoleño, no español como se cree. Al parecer fue él quien le propuso este tipo de tráfico al difunto señor Giovannini.

—Ya. ¿Y Chaikri?

—Era un agente nuestro al que habíamos conseguido infiltrar. Probablemente, que provocara dos veces su detención en apenas veinticuatro horas despertó algunas sospechas. ¿Sabe cómo lo mataron?

—Sí, primero le metieron la cabeza en un cubo lleno de agua para que pareciese que se había ahogado, luego...

—No. Para que pareciese que se había ahogado también, pero principalmente para torturarlo. Por lo visto no pudo resistir y habló.

—Disculpe, pero...

—¿Por qué no nos tuteamos?

—¿Me explicas qué tiene que ver la ONU con todo esto?

—¿Has oído hablar del Proceso de Kimberley?

—Sí, pero aún no he podido...

—Te lo cuento en pocas palabras. Se trata de un organismo internacional creado en dos mil dos para el control de la exportación y la importación de diamantes. En la actualidad están adheridos sesenta y nueve gobiernos. Pero, como te resultará fácil intuir, el tres o cuatro por ciento de los diamantes extraídos continúa siendo objeto de contrabando.

—De acuerdo. Pero ¿qué pinta la ONU?

—La ONU interviene para evitar que esos diamantes con que se comercia de forma ilegal se conviertan en diamantes de conflictos.

¿Diamantes de conflictos? ¿Y qué quería decir eso? Roberta le leyó la pregunta en la cara.

—Son los diamantes que proceden ilegalmente de zonas controladas por fuerzas contrarias a los gobiernos legítimos: guerrilleros, rebeldes, facciones tribales o políticas, opositores de todo tipo... Con las ganancias, inmensas, compran todas las armas que quieren.

—Y en tu opinión, ¿cómo se presenta aquí la situación?

—Verás, creo que nos encontramos ante una gran oportunidad. Casi irreplicable.

—¿Por qué?

—El As de corazones, que con toda seguridad lleva un cargamento de diamantes, se queda bloqueado en vuestro puerto debido a una avería en los motores. Entonces convocan a Lannec para entregarle el cargamento y que lo lleve probablemente a París. Lannec llega y lo matan.

—Según tú, ¿por qué?

—Eso nos lo dirá Zigami cuando lo hayamos detenido.

—¿Ninguna hipótesis?

—Creo que Zigami no hizo más que obedecer órdenes. Después del asesinato, pedí información a quien sabe de esto más que yo. Parece que los otros miembros de la cúpula de la organización ya no se fiaban de Lannec. O bien se trata de luchas intestinas; no estoy segura. Sea como sea, la situación presente es esta: los diamantes aún siguen en el As de corazones. Y no solo eso: debe de haber también en el Vanna, porque los dos barcos no han podido cruzarse en alta mar para hacer el transbordo. Creo que están buscando desesperadamente a alguien que los saque del apuro.

Un pensamiento que le cruzó la mente de improviso hizo que Montalbano saltara de la silla.

—¿Qué te pasa?

—Creo que ya han encontrado a su hombre.

—¿Y quién es?

—Se llama Mimì Augello y es el subcomisario de Vigàta.

Roberta se quedó atónita.

—¿Y ha conseguido infiltrarse? ¿Cómo lo ha hecho?

—Tiene... digámoslo así... está dotado de... resumiendo, posee unas cualidades extraordinarias.

—¿En qué sentido?

Montalbano prefirió cambiar de tema.

—Antes explícame mejor lo que quieres hacer.

—Sí, pero después me dices hasta dónde has llegado tú.

—De acuerdo.

—Lo que quiero hacer es muy sencillo: he conseguido que me den las órdenes judiciales de registro para los dos barcos. Si la Policía Fiscal, con cuyo comandante ya he hablado, encuentra los diamantes, los detiene a todos con tu colaboración. Y es preciso hacerlo esta tarde; si no, nos exponemos a que zarpen durante la noche o mañana temprano.

—Hay un problema —dijo Montalbano—. ¿Y si los del As de corazones, al ver movimiento en el muelle, sospechan algo y escapan? Tienen motores potentes; con nuestros medios, difícilmente lograríamos alcanzarlos.

—Tienes razón. ¿Qué propones?

—Imposibilitarles la salida del puerto.

—¿Cómo?

—Situemos dos patrulleras de Capitanía en la bocana. Están armadas, y desde luego podrán detenerlo.

—¿Te ocupas tú o me ocupo yo?

—Es mejor que vayas tú a ponerte de acuerdo con los de Capitanía. Tienes más autoridad.

—De acuerdo. Ahora hágame del subcomisario.

—Ha conseguido infiltrarse con la complicidad de una teniente de Capitanía, Belladonna, que lo presentó a los del Vanna como representante de la empresa suministradora de carburante.

Roberta Rollo torció la boca.

—Me parece muy debilucho.

—Espera. La excusa era que la calidad del carburante que habían suministrado no era buena debido a una infiltración y podía dañar los motores. El subcomisario tomó una muestra de carburante de sus depósitos para analizarlo. Entretanto, trabó amistad con la señora Giovannini.

—¿Qué tipo de amistad?

—Íntima. Y le ha hecho creer que es alguien dispuesto a lo que sea para ganar dinero. La señora Giovannini le ha propuesto trabajar para ella.

—¿Dónde?

—Primero en Sudáfrica y después en Sierra Leona.

—Sierra Leona ha sido y continúa siendo un punto neurálgico del tráfico de diamantes. ¿Y qué ha dicho el subcomisario?

—Ha aceptado.

—¿Y piensa irse con ellos? —preguntó atónita.

—¡Qué va! Hoy a las cinco, después de comer, tiene una última entrevista con la señora Giovannini y Sperli. Intentará obtener la mayor cantidad de información posible.

Roberta se quedó callada unos momentos y finalmente dijo:

—Quizá sea mejor oír lo que tenga que decirnos antes de pasar a la acción.

—Yo también lo creo.

—¿Y qué hará después el subcomisario para quitarse de en medio?

—Voy a arrestarlo. Como hacía Chaikri contigo.

Roberta se echó a reír.

—Me parece una buena idea —dijo, levantándose—. Nos vemos aquí hacia las cuatro. Yo voy primero a Capitanía a hablar con el comandante, y luego volveré a la sede de la Policía Fiscal para ultimar algunos detalles.

Montalbano envidió sus ojos, que verían a Laura.

* * *

En cuanto Roberta Rollo se hubo ido, el comisario llamó a Fazio.

—Siéntate.

Entonces vio que tenía cara de funeral.

—¿Qué te pasa?

—Cuando me dijo que quizá tendríamos que arrestar al *dottor* Augello, ¿bromeaba?

—No.

—Pero ¿por qué? ¿Qué ha hecho? Mire, el *dottor* Augello y yo no es que simpaticemos demasiado, pero no creo que sea una persona...

—Debemos arrestarlo en su propio interés.

Fazio abrió los brazos, resignado.

—¿Dónde? —preguntó.

—En el puerto. Y tenéis que armar el máximo alboroto posible.

—Pero ¿no puede arrestarlo usía personalmente? Aquí, en la comisaría, sin armar tanto escándalo. Haya hecho lo que haya hecho, ese hombre no se merece...

—Si me dejas hablar, te explico por qué y cómo hay que arrestarlo.

* * *

Mimì Augello reapareció en la cubierta del Vanna poco antes de las seis. Lo acompañaba el capitán Sperli. Mimì bajó por la pasarela, y el capitán se quedó a bordo.

Nada más poner los pies en el muelle, Augello sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó. Luego se encaminó hacia su coche.

No había dado ni tres pasos cuando un coche de policía, con la sirena puesta, se interpuso en su camino con un ruidoso chirrido de neumáticos. Mimì, rapidísimo, rodeó el vehículo y echó a correr a toda pastilla hacia la entrada norte del puerto. Fazio y Gallo bajaron pistola en mano y corrieron tras él.

—¡Alto! ¡Policía! —gritó Fazio. Y en vista de que el subcomisario seguía huyendo sin darse por enterado, disparó al aire.

Mimì continuó su carrera. Pero en cuanto el agente de la Policía Fiscal que estaba de guardia en la entrada norte lo vio, lo apuntó con el fusil:

—¡Alto o disparo!

Augello se asustó. Igual ese le disparaba de verdad, ignorante de que aquello era puro teatro. Se detuvo en seco y levantó las manos.

—*Dottore*, ¿no podría haber corrido menos rápido? —le preguntó Fazio sin resuello mientras lo esposaba.

Augello hizo el camino de vuelta hasta el coche patrulla entre Fazio y Gallo. La tripulación del As de corazones, atraída por el disparo y las voces, estaba en cubierta mirándolo todo. Los espectadores del Vanna, en cambio, solo eran dos: Livia Giovannini y Sperli. Pero eran suficientes.

—¡Virgen santísima! —le dijo jadeando Mimì a Montalbano, que no había bajado del coche—. ¡Ese de la Policía Fiscal me ha pegado un susto de muerte!

En las dependencias policiales ya estaba Roberta Rollo. El comisario la presentó a Augello y Fazio y les explicó quién era. Luego Mimì se dirigió a Montalbano:

—¿Tú has estado hoy a bordo del Vanna?

—Sí. Quería hacer algo que los pusiera nerviosos para que, cuando llegaras tú a las cinco, te...

—¡Pues lo has conseguido con creces! ¡Los has puesto más que nerviosos! Livia... —se le escapó. Se sonrojó y miró a Roberta, que le sonrió con amabilidad.

—No se preocupe.

—La señora Giovannini le ha dicho a Sperli que estaba segura de que tú lo habías descubierto todo y que no había que darte tiempo de actuar. ¿Qué les has dicho?

—Como por casualidad, he dejado que Sperli viera unos papeles que llevaba en el bolsillo sobre el Proceso de Kimberley, del que tú me habías hablado. Y seguramente les habrá parecido que sabía más de lo que en realidad... Pero cuéntame qué ha pasado.

—Pues nada más llegar, la señora Giovannini, alteradísima, me ha comunicado que habían cambiado de parecer.

—¿Ya no te contrataban?

—No es eso; cambiaba el tipo de trabajo, aunque solo momentáneamente.

—¿Y en qué consistía el cambio?

—Tenía que llevar una maleta a París siguiendo un recorrido determinado que me indicarían esta noche, poco antes de partir. Pretenden zarpar al amanecer. Una vez entregada la maleta, yo tendría que tomar un avión para Sierra Leona.

—¿Y tú qué has dicho?

—Que muy bien.

—¿Qué excusa has puesto para bajar?

—Que necesitaba ir a la comisaría a retirar el pasaporte porque la oficina cerraba a las seis.

—¿Han especificado si se trata de una maleta grande o un maletín? — preguntó Roberta.

—Una maleta bastante grande y pesada, cuyo contenido debería trasladar después a dos maletas más pequeñas.

Roberta Rollo emitió un silbido.

—Es evidente que han metido en una maleta los diamantes que había en las dos embarcaciones. Y pretenden utilizar al *dottor* Augello en sustitución de Lannec, está claro. Pero han decidido poner en sus manos un material de un valor inmenso, una maleta llena de diamantes en bruto, sin ninguna garantía. Me parece muy extraño.

—Un momento —repuso Mimì—. La señora Giovannini me ha dicho que tendría que salir para París mañana a última hora de la mañana. Vendría a recogerme un coche, con otra persona además del conductor.

—O sea, que haríais todo el viaje en coche.

—Sí.

—En conclusión —dijo Roberta—, tenemos la certeza de que los diamantes todavía están a bordo. Es preciso actuar de inmediato. —Miró el reloj: las siete menos cuarto—. Ahora os digo cómo debemos proceder.

Dieciocho

A las ocho en punto, todavía con suficiente luz, un vehículo de Capitanía se detendría al pie de la pasarela del As de corazones y un oficial, con un pretexto cualquiera, subiría a bordo para ver cuántos hombres de la tripulación había en el barco y comunicárselo con el móvil a Roberta Rollo.

Esta, desde su coche aparcado en el muelle, suficientemente lejos para no ser vista pero suficientemente cerca para ver, dirigiría la operación. La información del oficial era muy importante, porque los del As de corazones ya habían matado como mínimo a dos personas y eran tipos capaces de todo. No era necesario hacer lo mismo con el Vanna, ya que los implicados en el tráfico de diamantes eran solo tres: la señora Giovannini, el capitán Sperli y el viejo Álvarez.

Roberta Rollo comunicaría a su vez el número de embarcados a Montalbano, que estaría en el primero de los dos coches de la comisaría, conducido por Gallo. Tanto en el primero como en el segundo, con Fazio al mando, irían cuatro policías.

Los dos coches debían acceder al puerto por la entrada norte, a toda velocidad pero sin sirenas: el primero se detendría a la altura del As de corazones, y el segundo, a la del Vanna. Los hombres debían bajar empuñando las armas, encaramarse como piratas y apoderarse de las dos embarcaciones.

Cuanto más por sorpresa actuaran, tanto mejor.

Sin embargo, la parte más difícil les tocaba a los del primer coche, pues tendrían que vérselas con los del As de corazones. Probablemente encontrarían resistencia.

Una vez inmovilizadas todas las personas a bordo, Roberta llamaría a la Policía Fiscal, preparada ya en la entrada norte, para que fuera a buscar la

gran maleta con los diamantes en bruto.

No obstante, ante la duda de cómo acabaría el asunto, Montalbano había dispuesto que, mientras tanto, Mimì Augello recorriera con un par de hombres las tabernas de Vigàta, con órdenes de arrestar a todos los marineros del Vanna o el As de corazones que encontrara. Todos, incluso los que según Roberta Rollo no estaban en el ajo. Era mejor asegurarse.

Sobre el papel, todo debería funcionar a la perfección. Pero a medida que pasaban los minutos y se acercaba el momento del inicio, Montalbano sentía un nerviosismo cada vez mayor. Y como ignoraba el motivo, no paraba de moverse dentro del coche y de resoplar como si le faltara aire.

Eran cuatro: Gallo a su lado, y detrás Galluzzo y un agente joven y despierto, Martorana. Montalbano llevaba la pistola en el bolsillo, los otros tres iban armados también con metralletas. Gallo tenía el motor encendido y a punto para una salida estilo Fórmula 1.

Montalbano abrió la puerta.

—¿Quiere bajar? —le preguntó Gallo, estupefacto.

—No. Quiero fumar un cigarrillo.

—Entonces es mejor que cierre la puerta y baje la ventanilla. Por si hay que salir...

—Vale, vale —dijo el comisario, renunciando a fumar.

En ese momento sonó su móvil.

—La teniente Belladonna acaba de subir al As de corazones —le comunicó Roberta.

¡Laura! ¡Virgen santa, no había pensado que la meterían en esto! Pero ¿por qué precisamente a ella?

—¿Qué ha dicho? —preguntó Gallo.

¿Y si esos delincuentes asesinos reaccionaban mal? ¿Y si le hacían daño? ¿Y si...?

—¿Qué ha dicho? —insistió Gallo.

—Que la... que el... que la... la... ha subido. ¡Joder! Pero ¡qué ocurrencia! ¡Es la rehostia!

El comisario estaba tan cabreado que Gallo se mordió la lengua y no se atrevió a hacer más preguntas.

Pero ¿cómo se les ocurría asignar una misión tan peligrosa a una joven como Laura? ¿Es que se habían vuelto locos?

El móvil sonó de nuevo.

—A bordo hay cinco hombres, dos en los motores y tres en cubierta, pero la teniente...

Montalbano no siguió escuchando.

—¡Adelante!

Gritó tan fuerte que su propio grito lo ensordeció a él y a los otros tres. Mientras Gallo salía disparado, el comisario miró por el retrovisor: el coche de Fazio iba detrás, prácticamente pegado al suyo.

Roberta había calculado que para llegar hasta el As de corazones desde la entrada norte se necesitaban menos de cuatro minutos, pero Gallo se había reído diciendo que le bastaría con la mitad de tiempo. Roberta también había decidido que, para no despertar sospechas, el tráfico portuario debía continuar como siempre.

El resultado fue que, en cuanto el coche de Montalbano, desde el callejón donde estaba escondido, llegó a la entrada norte, la encontró obstruida por un camión.

El conductor había bajado y le mostraba un papel al policía de guardia.

Montalbano no se lo pensó dos veces: en un abrir y cerrar de ojos, maldiciendo, abrió la puerta, saltó del coche y echó a correr por la calzada peatonal hacia el As de corazones.

E inmediatamente, desde lejos, vio una cosa que no habría querido ver. Uno de los marineros acababa de soltar el cabo de amarre del noray y estaba volviendo a subir a bordo. Y ese ruido sordo y continuo que oía, ¿era su sangre o el rugido de los potentes motores del As de corazones?

Aceleró todo lo que pudo, pese al intenso dolor que sentía en el costado.

Sin saber cómo, se encontró en lo alto de la pasarela que había sido abandonada en el muelle; la cubierta del barco estaba a la misma altura, pero ya a más de medio metro de distancia. Estaban escapando.

Montalbano cerró los ojos y saltó.

Reparó en que llevaba la pistola en la mano, pero no sabía cuándo la había sacado del bolsillo. Actuaba por instinto.

Aterrizó en la popa, completamente al descubierto. El primer tiro que le dispararon desde la cabina le pasó junto a la cabeza. Reaccionó disparando dos veces al azar, a la buena de Dios, hacia el puente de mando, mientras corría a esconderse detrás de un gran rollo de maroma, aunque servía de poco como protección.

Descubrió que estaba muy cerca de la escotilla por donde se bajaba al interior de la nave. Tenía que llegar hasta allí. Desde la cabina le dispararon de nuevo, pero el barco se balanceaba debido a la velocidad que iba ganando y era difícil dar en el blanco.

El comisario, disparando tres veces seguidas, dio un gran salto y se encontró rodando por los peldaños de la escalera que llevaba bajo cubierta.

Al levantarse se quedó paralizado.

Delante de él, pegada contra una pared, estaba Laura, mirándolo muda, con el miedo pintado en los ojos.

Pero ¿cómo es que estaba todavía a bordo?

Por un instante se ahogó en el azul de aquellos ojos. Y ese instante le bastó al hombre que estaba detrás de él para apoyarle una pistola en medio de la espalda.

—Si te mueves, te mato —dijo una voz con un ligero acento francés.

Debía de ser Petit, el secretario de Zigami, que sin embargo ignoraba de cuánto desesperado valor habían armado a Montalbano los ojos de Laura.

Sin que su cuerpo hiciera el menor ademán de girarse, el pie izquierdo del comisario se levantó por voluntad propia con la misma rapidez que la pata de un animal salvaje y golpeó, no solo con fuerza sino con ferocidad, los huevos del francés, el cual, gritando de dolor, se dobló por la cintura al tiempo que soltaba el arma. Para mayor seguridad, el comisario le propinó otra patada en plena cara. El hombre se desplomó.

Acto seguido, Montalbano se plantó de un salto junto a Laura y la empujó por los hombros hasta el pie de la escalera. Se agachó para recoger la pistola del francés. Ahora podía hacer fuego sin escatimar disparos.

—Yo subo hasta arriba y me pongo a disparar contra la cabina de mando. Al primer tiro, tú echas a correr por la cubierta y te lanzas al agua. Pero por el costado; debes evitar las hélices. ¿Entendido?

Ella asintió con la cabeza. Luego, haciendo un gran esfuerzo para hablar, preguntó:

—¿Y tú?

—Me lanzo detrás de ti. Vamos.

Pero ella lo retuvo por el brazo. Montalbano comprendió. Se inclinó y le dio un suave beso en los labios. Después subió los seis peldaños y empezó a disparar. Laura pasó por su lado y Montalbano dejó de verla. Pero desde la cabina respondían a sus disparos y no había un segundo que perder.

Se puso en pie, llegó hasta la borda saltando como un canguro, pasó por encima y se zambulló.

De pronto advirtió que Laura no estaba en las inmediaciones: habían bastado unos pocos segundos de diferencia entre un salto y otro para que la gran velocidad del barco pusiese entre ellos bastante distancia. Además, había anochecido. Sin embargo, orientándose por las luces que veía, se dio cuenta de que estaba justo en medio del puerto.

Soltó las armas, que ya no le servían de nada, se quitó la chaqueta y los zapatos, y empezó a nadar a contramano de la estela blanca dejada por el barco.

Llamó gritando lo más fuerte que podía:

—¡Laura! ¡Laura!

Silencio. ¿Cómo es que no contestaba? ¿Quizá la violenta caída al agua la había dejado aturdida?

Iba a llamarla de nuevo cuando, de improvviso, llegó un gran estruendo de ráfagas de ametralladora desde la bocana del puerto. Parecía una auténtica batalla naval. Seguramente el As de corazones estaba intentando romper el bloqueo de los guardacostas y llegar a mar abierto.

De repente se produjo una fuerte explosión y el agua se iluminó de rojo, con el resplandor de un gran incendio.

«Adiós, As de corazones», pensó Montalbano; quizá le habían dado donde llevaba el carburante.

Y precisamente a aquella luz en continuo movimiento, bajo la que parecía que el agua misma se estaba transformando en llamas, Montalbano vio, a unos veinte metros, el cuerpo de Laura flotando, desplazado únicamente por el ligero movimiento del mar.

El miedo que sintió no le impidió nadar hacia ella con todas sus energías.
—Señor... Señor... te lo ruego, Señor...

¿Estaba rezando? No lo sabía; y si era verdad que rezaba, era la primera vez que le sucedía en toda su vida.

La alcanzó. Laura tenía los ojos abiertos, como si mirara las primeras estrellas aparecidas en el cielo, y apenas respiraba, con la boca también muy abierta. Ni siquiera reparó en que Montalbano estaba a su lado y la sujetaba pasándole un brazo por los hombros.

Y fue la mano de aquel brazo la que tocó la horrible herida que tenía Laura. Debían de haberle dado cuando ya estaba en el agua. Pero lo importante era que todavía respiraba. Había que llevarla de inmediato a tierra.

Montalbano se sumergió bajo el agua, se deslizó bajo el cuerpo de la joven y emergió de nuevo, quedando espalda contra espalda; la mantuvo inmóvil sobre él con un brazo mientras empezaba a nadar con el brazo libre y con los pies.

Al cabo de menos de cinco minutos lo iluminó un foco, el motor de una patrullera al ralentí sonó a su lado y oyó la voz de Fazio:

—*Dottore*, suéltela. Nosotros nos ocupamos de la teniente.

* * *

Más tarde, en la comisaría, se cambió de ropa y se puso los zapatos que Gallo había ido a buscarle a Marinella. De la botella de *whisky* que mandó comprar a Catarella, se bebió la mitad antes de que llegara una feliz y triunfal Roberta Rollo.

—Felicidades, comisario. Gracias a su valor... Los del As de corazones han muerto todos en la explosión.

¿Por qué no lo habían dejado subir a la ambulancia con Laura?

—La Policía Fiscal ha encontrado la maleta con los diamantes en bruto. Livia Giovannini, el capitán Sperli y Álvarez han sido arrestados.

¿Sufría mucho? ¿Conseguirían salvarla?

—El golpe que hemos asestado al tráfico de diamantes de conflictos es durísimo. No se recuperarán fácilmente. En mi informe a la ONU destacaré su valiosa contribución, comisario.

Le había pedido un beso. ¿Presentía acaso lo que iba a sucederle?

—Mañana ofreceremos una conferencia de prensa en la Jefatura Superior de Policía.

¡Cómo lo había mirado al verlo aparecer en el As de corazones!

—Mejor no ha podido ir.

¿En serio? ¿Mejor? ¿Mejor para quién?

* * *

Cuando salió de la comisaría, pasaba de medianoche.

Durante todas aquellas horas, apenas había abierto la boca tres o cuatro veces para responder a alguna pregunta. Y Fazio debía de haber notado que le pasaba algo, porque de vez en cuando lo miraba.

Por su parte, Montalbano solo le había hecho dos preguntas a Roberta.

—Pero ¿tú sabías que la teniente Belladonna se había quedado a bordo?

—¡Claro! ¡Y te lo dije!

Era verdad. Ahora se acordaba. Roberta había empezado la frase: «Pero la teniente...», pero él no había seguido escuchando.

La segunda pregunta fue:

—¿Y habrías ordenado que dispararan contra el barco sabiendo que estaba allí la teniente?

—No. De hecho, dije a los guardacostas que no abrieran fuego, aunque eso significara perder la partida. Pero tú resolviste la situación. Solo cuando os vi lanzaros al mar, les di vía libre para disparar.

* * *

No, no podía irse a Marinella sin tener noticias de Laura. Montó en el coche y se dirigió a Montelusa.

A aquellas horas no se podía entrar en el hospital, pero quizá consiguiera alguna información en Urgencias.

Sin embargo, nada más entrar comprendió que no era posible. Un autobús lleno de turistas había caído por un precipicio, y había una treintena de heridos que necesitaban atención urgente.

Salió de Urgencias muy desmoralizado. Se dirigía hacia el aparcamiento cuando oyó que alguien lo llamaba. Se volvió; era Mario Scala, un colega de

la Brigada Antimafia.

—Hola, Salvo. Hace un rato, en la Jefatura, he oído hablar de tu actuación. Enhorabuena. ¿Qué haces aquí?

—Quería preguntar por una teniente de Capitanía, Belladonna, una chica que... —Se le secó la garganta y no pudo seguir. Solo consiguió preguntar—: ¿Y tú?

—Tengo un arrepentido, un colaborador de la justicia, ingresado aquí con nombre falso. Pero no estoy tranquilo y de vez en cuando vengo a echar un vistazo... ¿Cómo has dicho que se llama esa teniente?

—Belladonna.

—Espérame aquí.

Volvió al cabo de diez minutos, durante los cuales Montalbano se fumó cinco cigarrillos seguidos.

Mario Scala tenía el semblante serio.

—La han intervenido de urgencia. Ha llegado viva al hospital de milagro; había perdido mucha sangre. Ahora está en reanimación.

—Pero ¿se salvará?

—Esperan que sí. Pero está muy grave.

* * *

Como el aparcamiento se hallaba casi vacío, subió al coche, lo puso en marcha y lo situó de manera que le permitiese ver bien la entrada principal del hospital. En la guantera tenía dos paquetes enteros de tabaco.

Podía pasar la noche allí. Y allí la pasó.

De cuando en cuando bajaba del coche, paseaba, miraba la fachada del hospital y volvía a subir.

A las primeras luces malva del día, vio salir a un hombre de uniforme que se puso a hablar por un móvil. Lo reconoció. ¡Era el teniente Matticca!

Bajó del coche, corrió hacia él y le apartó con brusquedad la mano que sostenía el teléfono.

—¿Cómo está Laura?

El teniente estuvo a punto de contestarle de malos modos, pero por suerte lo reconoció.

—Ah, es usted. Aguarde. —Se acercó el móvil al oído—. Te llamo dentro de un momento.

—¿Cómo está? —repitió Montalbano.

Matticca llevaba el uniforme arrugado y tenía cara de no haber pegado ojo en toda la noche. Abrió los brazos, y Montalbano sintió que se le venía el mundo encima.

—¿Qué quiere que le diga, comisario? Está más allá que aquí. He pasado toda la noche a su lado; cuando la llevaron al quirófano, me quedé en el pasillo esperando. Antes de la intervención tuvo un momento de lucidez. Después, nada más.

—¿Pudo decir algo?

A Montalbano le pareció que el teniente se sentía un tanto incómodo.

—Sí. Repitió dos veces un nombre. —Vaciló un instante antes de preguntar—: Usted se llama Salvo, ¿verdad?

Por el tono que empleó, más que una pregunta era una afirmación. Ambos se quedaron en silencio. Luego, Matticca dijo:

—Hemos avisado a su prometido. No podrá venir; no le parece adecuado pedir permiso.

Montalbano recordó al instante que, en aquel sueño que tuvo, Livia tampoco había querido ir a su funeral. Pero ¿qué tenía eso que ver? ¿Qué ocurrencia era esa? ¿Quizá un efecto del cansancio? Aquello era un sueño y...

—El doctor me ha dicho que le parece muy extraño que Laura no colabore.

—¿En qué sentido?

—Dice que, tratándose de alguien tan joven, el cuerpo debería reaccionar instintivamente, colaborar, incluso en un nivel inconsciente. En cambio... En fin, vuelvo dentro.

«No quiere reaccionar, no quiere colaborar en su salvación —pensó Montalbano mientras se dirigía hacia el coche, con un nudo en la garganta y el corazón en un puño—, porque quizá ha hecho una elección. O más probablemente, quiere quitarse de en medio para siempre para no tener que elegir».

Una hora más tarde, la puerta del copiloto se abrió y alguien subió al coche y se sentó. Montalbano no se volvió para mirar de quién se trataba; ya no era capaz de apartar los ojos de la entrada del hospital.

—He ido a buscarlo a Marinella, pero no estaba. He pensado que lo encontraría aquí y he venido —dijo Fazio.

Él no contestó.

Al cabo de media hora vio salir a Matticca.

Caminaba encorvado, se tapaba la cara con las manos y lloraba.

—Llévame a casa —le pidió Montalbano a Fazio.

Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró finalmente los ojos.

Nota del autor

En esta novela, lo único que se corresponde con la realidad es la existencia del Proceso de Kimberley. Todo lo demás, desde los nombres de los personajes hasta las situaciones en que se encuentran, es fruto de mi imaginación.

A. C.

Última revisión por UMDN: 20 de junio de 2022

